

TIMÓN

SINTESES DE ORIENTACION POLITICO-SOCIAL

6
CenInCl

S U M A R I O

Notas del Mes * CARLOS DE BARAIBAR: *Los Estados del Norte de Europa y la guerra* * RUDOLF ROCKER: *El pensamiento liberal de los Estados Unidos* * JOSÉ GABRIEL: *Aclaraciones a la cultura* * JUAN ANTONIO SALINAS: *Bolivia en la encrucijada* * ENRIQUE ESPINOZA: *Antonio Machado y su conciencia poética* * A. A. SCHADZUNSKY: *Turquía se inclina hacia Occidente* * J. GARCÍA PRADAS: *Cómo terminó la guerra de España* * J. G.: *Una guía en nuestra política nacional* * *Ante un manifiesto del Partido Comunista de España (La Direc.)* * *Bibliografía.*

M A Y O
1 9 4 0

Para la comprensión de la guerra de España

POR QUÉ PERDIMOS LA GUERRA

Una contribución a la historia de la tragedia española

por *D. A. DE SANTILLAN*

Por primera vez se descubre el velo de la guerra española con documentos desconocidos fuera del círculo más íntimo de los actores del terrible drama de 1936-39.

La intervención rusa en España ¿obedecía ya a sugerencias y a proyectos del estado mayor nazi?

El heroísmo de un pueblo y su capacidad constructiva en la vida económica.

Un libro sincero que no oculta nada, ni siquiera los propios errores, y que acusa a los que pusieron, por encima de los intereses del pueblo español, bastardos intereses de partido.

Un vol. de 304 páginas (15x21) Precio \$ 3.—

Pídalo en quioscos y librerías.



En breves días:

COMO TERMINO LA GUERRA DE ESPAÑA

por *J. GARCIA PRADAS*

Uno de los mejores periodistas de la guerra y la revolución española, actor destacado en las últimas fases de la contienda. Reportaje vivo y bellamente escrito.

UN VOLUMEN DE 200 PAGINAS (15x21) Precio \$ 2.—

EDICIONES IMAN

Sarmiento 1320

U. T. 38-3885

BUENOS AIRES

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto \$ 1.00
(En Estados Unidos)..... \$ 0.50 dol.

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina, Centro y Sud América \$ 10.00
(por semestre \$ 5.00)
Otros países ; un año..... 4 dólares

CeDInCI

Dirección y Administración:

Sarmiento 1320
BUENOS AIRES

Impreso en los Talleres Gráficos Argentinos L. J. ROSSO - Doblas 955.

PRINTED IN ARGENTINE

TIMÓN

SINTESIS DE ORIENTACION POLITICO-SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Dirigida por

D. ÁBAD de SANTILLAN
y CARLOS de BARAIBAR

CeDInCI

MAYO DE 1940

AÑO I - N° 6 (2ª Etapa)

SUMARIO

<i>Notas del mes</i>	
CARLOS DE BARAIBAR: <i>Los Estados del Norte de Europa y la guerra</i>	
RUDOLF ROCKER: <i>El pensamiento liberal en los Estados Unidos</i>	
JOSÉ GABRIEL: <i>Aclaraciones a la Cultura</i>	
JUAN ANTONIO SALINAS: <i>Bolivia en la encrucijada</i>	
ENRIQUE ESPINOZA: <i>Antonio Machado y su conciencia poética</i>	
A. A. SCHADZUNSKY: <i>Turquía se inclina hacia Occidente</i>	
J. GARCÍA PRADAS: <i>Cómo terminó la guerra de España</i>	
J. G.: <i>Una guía en nuestra política nacional — Ante un manifiesto del Partido Comunista de España. (La Direc.)</i>	
<i>Bibliografía</i>	

NOTAS DEL MES

DE LA CAPITULACIÓN DE FINLANDIA A LA INVASIÓN NAZI EN NORUEGA

CON palabras cálidas de simpatía y promesas de ayuda a los que combaten, no se acude en socorro de una causa. Finlandia fue abandonada a su suerte y a sus propias fuerzas, muy restringidas, no obstante los elogios a su heroísmo y los estímulos retóricos para que se desangrase hasta el fin en la lucha epopéyica contra un enemigo cincuenta veces más numeroso. Y así, abandonada, prefirió capitular, perder una parte en lugar de perderlo todo. Estaba en su derecho. . . .

Se acusa a los países escandinavos, Suecia y Noruega, de haberse comportado pasivamente ante la tragedia finesa, sabedores de que después de Finlandia les habría de tocar a ellos el turno.

Pero hay que tener en cuenta algunos atenuantes:

1º. Suecia y Noruega cuentan con una enorme "quinta columna" constituida por los nazis y los comunistas, que obran al dictado de la Wilhelmstrasse y del Kremlin, y su acción entorpeció toda medida de ayuda eficaz a los fineses. Esos países se encuentran en la misma situación interna en que se encuentran más o menos todos los países de Europa y de América: en la posición del asno de Buridan entre el pienso y el agua. Para defenderse contra el peligro de una transformación económica de fondo socialista, amamentaron el fascismo, y el fascismo se constituyó en ellos en una potencia. Con su apoyo organizó Alemania un gobierno noruego, el del mayor Quisling, como Stalin había organizado en Finlandia el gobierno de Kuushinen. Y lo mismo que en Finlandia cooperaban nazis y comunistas, así cooperaron los agentes rusos en Noruega con Quisling, el jefe del partido Unión Nacional Anticomunista. Eso hizo posible la rápida ocupación de los puntos estratégicos noruegos por las tropas alemanas.

2º. Los países neutrales, militarmente débiles, aparte de estar minados por la contradicción a que nos hemos referido, no tienen ninguna razón para fiar en el socorro de los fuertes si no es como dominadores. Se creó la farsa de la Sociedad de Naciones para demostrar que los países que no tienen bastante fuerza para hacerse respetar por sí mismos, son avasallados en medio de la indiferencia de los firmantes del artículo 16 del pacto colectivo. Esa

conducta de la política exterior franco-británica no es propicia a ninguna ilusión ni a una aventura de los neutrales que han visto en tan pocos meses desaparecer del mapa países como Checoslovaquia, Austria, Polonia... Los escandinavos piensan, erróneamente al fin y al cabo, que para seguir la suerte de los otros países pequeños siempre hay tiempo. ¿No habría ganado más Polonia entregándose pacíficamente a los nuevos amos? ¿No habría debido preferir Finlandia las huellas de Checoslovaquia? La ayuda franco-británica, cuando llega, llega siempre tarde. Incluso en propia defensa fueron los aliados tarde a la guerra, que se figuraban poder contener en una ilimitada sucesión de Munichs. En los veinte largos años de tratado de Versalles y de Sociedad de Naciones, Inglaterra y Francia han sido tan culpables de la preparación de la nueva hecatombe como la Alemania hitleriana. Nos recordamos el sadismo con que la política franco-británica exigía al pueblo alemán sacrificios excesivamente penosos como reparación por la guerra de 1914-18, de la que eran todos culpables, alemanes y aliados. De esa manera han tenido que ser barridos gobiernos de todos los matices a quienes sacrificaron despiadadamente Gran Bretaña y el chauvinismo francés, para dejar el camino libre a Hitler. Hitler es una creación franco-británica, creación de la "revancha", de "¡los alemanes pagarán!", con que se tapaban las bocas descontentas en la Francia de veinte años atrás.

¿Cómo puede exigir ahora Mr. Churchill que se fie en los aliados y cómo puede condenar la posición medrosa de los países todavía neutrales? La confianza en Inglaterra y en Francia ha costado a Finlandia 20.000 muertos, la destrucción de numerosas ciudades y aldeas, la pérdida de gran parte de su territorio y de sus posiciones estratégicas, como las islas Hangoe, y su forzada conversión en peón sumiso de la política imperialista de Moscú. Después de la capitulación de Finlandia, último reducto báltico reaccio al protectorado ruso, quedaba Alemania con las manos libres para operar en los países escandinavos. Y no tardó mucho en hacerlo.

Con muy pocas horas de diferencia, ocuparon las tropas alemanas, sin resistencia, las bases militares de Dinamarca, y desembarcaron en los más importantes puertos noruegos, dejando muy malparado, eso del dominio de los mares por la escuadra inglesa.

Las explicaciones ahora son tardías. Alemania no tiene la quinta columna "democrática", en su territorio, y en cambio los países llamados "democráticos" tienen la quinta columna totalitaria en su seno. Alemania es una sola voluntad, un solo pensamiento y un solo brazo; las llamadas potencias democráticas, que simpatizan en sus capas dirigentes con los métodos totalitarios, se ven minadas por

su cobardía para quitarse toda careta y asumir una actitud clara y lógica: con el totalitarismo o con el espíritu de justicia. Al no hacerlo, nada tiene de extraño que el caballo de Troya que tiene de su parte el totalitarismo nazi y comunista en todas partes, se convierta en un factor de derrota o de desmoronamiento. Y a los manejos de la quinta columna nazi-comunista se unen los apetitos y la miopía de los campeones parlamentarios aliados. Todo ello debilita la posición de los beligerantes llamados democráticos frente a los métodos expeditivos de sus adversarios.

El golpe moral había sido demasiado rudo para los aliados, en pocas horas a Gran Bretaña de importantísimas fuentes de abastecimientos alimenticios, porque casi un 30 por ciento de las importaciones de los productos alimenticios más corrientes y populares en el Reino Unido llegaban de Dinamarca y de Suecia. Sin invadir el territorio sueco han cortado totalmente a este sus comunicaciones con el mercado mundial. Los minerales suecos, como los noruegos, no tienen ya otro destino que el de Alemania. O si la intervención aliada en Noruega impide ese abastecimiento, esos minerales no serán para los unos ni para los otros. Con muy pocas fuerzas mantendrá Alemania su nuevo frente de lucha en Escandinavia, y en cambio obligará a la escuadra aliada a concentrar numerosas unidades en aquellas regiones, para asegurar las hostilidades y el aprovisionamiento de las tropas desembarcadas. Con lo que dejará desguarnecidos los frentes eventuales de los Balcanes.

El golpe moral había sido demasiado rudo para los aliados, supuestos dueños del mar y a punto de sofocar —así decían— por el bloqueo marítimo, toda esperanza alemana. Fue preciso echar algo de carne en el asador de la guerra, ya que una parte de Noruega, con el rey Haakon, resiste a la dominación germánica. Del comportamiento de los aliados con Noruega dependía su prestigio en los países neutrales que hubieran podido unir su suerte a Francia y Gran Bretaña. Abandonar a Noruega era perder la guerra, porque los países balcánicos se habrían apresurado a calentarse en masa al fuego de los imperios totalitarios triunfantes, para pasar lo mejor posible el mal rato del reparto postbélico del mundo.

Vamos entrando ya en el octavo mes de guerra y propiamente ésta no ha comenzado más que a través de la radio y de los comunicados oficiales. Algunas escaramuzas en el mar y la lucha en Noruega, —porque los tres meses de la resistencia finlandesa no entran en cálculo—, es todo.

Al capitular Finlandia estalló el descontento en Francia y en Inglaterra contra los métodos suicidas de la dirección de la guerra. Hubo que dar satisfacción a ese descontento. En lugar del gabinete

Daladier-Reynaud, se formó en Francia el gabinete Reynaud-Daladier. En Inglaterra subió un peldaño más, al lado de Chamberlain, Mr. Churchill. Cambios de muy poca monta, ninguno de fondo. Todavía no se sabe por qué se lucha. La obediencia pasiva de los pueblos es bastante fuerte todavía para hacerles responder a los decretos del gobierno, pero esa obediencia tiene sus talones de Aquiles y el día menos pensado pueden fallar sus resortes, no en última instancia por obra de la "quinta columna" nazi-comunista en acecho. Los dirigentes de la guerra de 1914-18, han sido infinitamente más hábiles: supieron preparar el clima moral del sacrificio, prometer el oro y el moro a los pueblos llamados al matadero. Mr. Chamberlain y Mr. Daladier-Reynaud no premeten más que el eterno statu quo económico y social de este bello mundo. A lo sumo se atreven a declarar que lo único que sobra es Hitler, la persona de Hitler, hijo espiritual del la absurda política franco-británica de la postguerra...

A los ocho meses de guerra, si ésta se advierte, es siempre por la iniciativa alemana. A los aliados les ha tocado ir detrás de los acontecimientos, en una defensiva no siempre feliz. Y es tan sabido eso de que el que pega primero, pega dos veces, que nos parece superfluo recordarlo. Mr. Chamberlain podrá inventar muchos recursos para continuar en el poder como "Fuehrer" de Gran Bretaña, pero no descubrirá la pólvora ni el arte de hacer la guerra sin hacerla.

¿QUÉ OCURRE CON LOS ALIADOS?

LA lógica más elemental de una guerra contra la agresividad y la ideología de una potencia totalitaria parece que debiera exigir una posición contraria en métodos, aspiraciones y moral al totalitarismo, en el presente y en el porvenir. Los beligerantes aliados no se han dado cuenta de ello o no han querido darse cuenta y, si por un lado no ven satisfechos el peligro que corre su independencia nacional y sus privilegios de países dueños de vastos mercados y de ricas fuentes de materias primas, por el otro ven con menos satisfacción todavía el peligro de perder la partida ante el despertar de los propios pueblos que han de sacrificarse por esa independencia y esos privilegios. Y en una guerra de esta naturaleza, que ha de ser larga, si no hay alguna maquinación oculta en perspectiva, no sólo ha de ganar la superioridad del armamento, de las materias primas, de los víveres y del crédito internacional, sino también la fe y la esperanza de los pueblos en un mañana mejor. La conclusión lógica de una guerra contra la antirrevolución totalitaria, es una revolución libertadora y justiciera, hecha por las capas sociales más compren-

sivas y más capacitadas, independientemente de su origen y de su educación primera. Un reajuste económico, político y social del mundo es inevitable desde hace una larga serie de años, y llega su hora con una liquidación victoriosa del morbo totalitario. Pero en los pueblos beligerantes no advertimos ningún síntoma todavía de esa solución y de esa orientación.

De ahí que nos alarme un tanto la falta de claridad en la guerra de los aliados contra la Alemania hitleriana y sus colaboradores. No sólo son vagas las declaraciones públicas y los presuntos objetivos de guerra que han expuesto hasta aquí los dirigentes franco-británicos, sino que la tónica entera de la contienda suena de una manera inquietante.

El llamado bloqueo económico no es un sustitutivo de la guerra, sobre todo desde que no es ninguna novedad que ni económica ni militarmente ha de ser vencida Alemania por él, pues aparte de los recursos, que en 1914-18 eran únicos, tiene hoy vastos territorios y países bajo su control o su protectorado, más la amistad y la estrecha colaboración de Rusia. Presentar el bloqueo marítimo —por lo demás muy relativo, como nos lo acaba de testimoniar la invasión de Noruega—, como arma capaz de obtener efectos sensibles sobre el enemigo, es engañarse o engañar. ¿Y cuánto puede durar ese engaño? Alemania resistirá indefinidamente la guerra que le hacen los aliados tanto o más de lo que puedan resistir éstos. Que no se haga ilusiones la sutil diplomacia británica, muy mal informada, a pesar de la fama en contrario.

Mientras no hubo una política internacional frente a la británica, el poderío financiero y marítimo inglés apareció vencedor en todas partes, aunque en el caso de la amenaza napoleónica, pequeños y despreciados países le sacaron las castañas del fuego a fuerza de heroísmo. Pero cuando frente a la diplomacia inglesa aparece otra diplomacia con aspiraciones de predominio y de expansión, se da uno cuenta de que no es tan fiero el león como lo pintan. Si pasásemos revista a su acción internacional a partir tan solo de 1918, veríamos cuántas torpezas, cuántos errores garrafales y cuántos crímenes contra los pueblos independientes y contra el propio poderío mundial ha cargado innecesariamente en su haber la diplomacia de Downing Street.

En más de una ocasión hemos señalado, entre otros, el profundo error de cálculo de los ingleses con respecto a España y a la política de no-intervención; pero durante la misma guerra actual, la presunta agudeza diplomática de Gran Bretaña no le ha permitido ganar una sola batalla a los alemanes, que de día en día van ensanchando su radio de influencia. Los políticos geniales aliados

que fraguaron el Munich de 1938, no han variado en el fondo su línea de conducta.

Circunscribir la guerra es perderla, para los unos y para los otros, pero especialmente para los aliados, menos seguros en su frente interior que los totalitarios.

Podría ocurrir que en todo esto hubiera gato encerrado, y que el propósito de los aliados no sea el de ir realmente a la guerra, a la guerra con todas las consecuencias, y que todo lo que vemos los profanos, desde fuera, sea solo teatralidad estudiada para llegar finalmente, cuando sea posible hacerlo sin excesiva oposición política o popular, a una transacción entre gentlemen, entre el gentleman Chamberlain, el gentleman Hitler y el gentleman Stalin, para el reparto y el dominio del mundo. Sería ese también un falso cálculo británico, pero algún propósito misterioso de esa naturaleza podría explicar la conducta de los aliados en esta contienda en que se juegan el porvenir y la conservación de sus privilegios, legados históricos de sus rapiñas.

Ciertamente no interesa a la justicia en el mundo que Inglaterra sea dueña de las principales materias primas y de inmensas colonias, ni que Francia le siga por cauces semejantes. Pero nos interesa menos aún que esas materias primas y esas colonias vayan a parar a la Alemania hitleriana, que no es solo un imperialismo más, sino un régimen político bestialmente liberticida. Hay en Gran Bretaña alrededor de 80.000 refugiados políticos, más de 74.000 de los países del centro europeo, y pasan en Francia esos refugiados de dos millones, todos de origen antifascista. Ocurra lo que ocurra, ese hecho está ahí, para que lo examinen los que no consideran que han de hacerse distinguos entre los imperialismos rivales.

Estamos bien convencidos de que la organización económica y política actual no responde ya a las exigencias de la vida social moderna y que no solo deben producirse cambios fundamentales en el régimen interno de Alemania, sino también en los de Francia e Inglaterra. Todo esto es sabido de un lado y del otro de las trincheras. ¿Será ese el gato encerrado? La fina perspicacia inglesa ¿proyectará el modo de eludir la subversión de métodos, valores y cimientos de toda construcción, que seguirá a una larga guerra, cediendo a Hitler-Stalin lo que sea preciso antes de aflojar las ligaduras de la sumisión y de la servidumbre de los propios pueblos?

Indudablemente algo ocurre entre los aliados de que no quieren informarnos, algún oculto proyecto se traen entre manos, pues, no obstante los últimos acontecimientos, no vemos que estén resueltos a poner, en el camino de la guerra, toda la carne en el asador. Nos dan la impresión de que quieren nadar, pero guardando la ropa.

Si esta guerra, que tiene ya un nuevo frente, el escandinavo, ha de tener un sentido y mantener el espíritu de sacrificio y los resortes morales de la lucha de parte de los aliados, que son los que flaquean hasta aquí, tiene que transformarse en una cruzada contra la barbarie fascista, contra los regímenes totalitarios, por una nueva estructura económica y social y un nuevo sistema de relaciones mundiales. Pero una guerra como cruzada presupone cambios de fondo en el porvenir, no solo en los imperios totalitarios, sino también en Inglaterra y en Francia. El Comité gubernamental británico de la nutrición colonial ha dado su último informe, del cual el DAILY EXPRESS de Londres reproduce el 26 de julio de 1939 un resumen. Según ese resumen, la población del imperio colonial británico sufre de semi-inanición; no es bastante pagada para comprar alimentos; muchos habitantes de esos dominios no han probado la leche de vaca, la manteca o los huevos, y se encuentran centenares de millares de niños alimentados con agua de arroz y té. La gran mayoría de los 55 millones de habitantes del imperio colonial británico sufre el hambre, sin contar a los 350 millones de hindúes, cuya miseria no tiene límites. No están mucho mejor las poblaciones de las colonias francesas. Pero la miseria de esas colonias ha hecho posible un elevado nivel de vida en las metrópolis, y no se puede ser anti-imperialistas si se disfruta pacíficamente de la explotación despiadada de las poblaciones coloniales.

Se han levantado voces en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos, denunciando esta guerra como una guerra imperialista puramente, y justificando así su actitud hostil. Es tarde para acordarse de ello. Esta guerra imperialista ha sido preparada, no sólo por la Alemania privada de colonias, sino por el disfrute del colonialismo en Francia y en Inglaterra. Para evitar esta guerra había que haber preparado de antemano las condiciones de la paz, y entre esas condiciones está la supresión de los imperios coloniales, de los monopolios de las materias primas y de los mercados para los productos manufacturados. Para evitar la guerra había que haberse preparado organizando la justicia. ¿Quién se ha ocupado de ella? ¿Los obreros y los socialistas ingleses y franceses que consideraban intangibles los dominios coloniales?

Nosotros pedimos a Chamberlain y a Daladier o Reynaud, representantes típicos del capitalismo industrial y financiero de sus respectivos países, que renuncien a sus objetivos, porque con ellos pueden perder la guerra; que transformen esta contienda en una verdadera cruzada popular, por finalidades superiores, de libertad y de justicia. Es una manera de decir. A quien habría que exigir

que tuviesen una posición superior a los Chamberlain y Daladier es a los socialistas franceses, a los laboristas ingleses, a los obreros de Gran Bretaña y de Francia, a los hombres libres de todos los países. ¿Pero es qué rayan a mayor altura los laboristas o los socialistas franceses que los actuales representantes del capitalismo de esos países? ¿Qué diferencia hemos de establecer entre un León Blum o un Reynaud? ¿o entre un Attlee y un Churchill?

Frente a la quiebra total del socialismo y del proletariado, sin cuyos objetivos fundamentales no puede haber un mundo muy distinto esencialmente al totalitario italo-germano-ruso o de las presuntas democracias imperialistas y colonialistas, ¿qué otra actitud nos es permitida que la de elegir el mal menor, o la de ser profetas de mal agüero para los que viven de ilusiones y de comunicados oficiales?

Si no se convierte la guerra de los aliados en una cruzada, con objetivos superiores, capaces de llevarnos a nueva resurrección de la esperanza, todas las probabilidades van apuntando al triunfo de las potencias totalitarias, que han sabido crear un mito de fuerza que mantiene la sugestión y la disciplina en los pueblos que le siguen.

La guerra como bloqueo o como entretenimiento de trincheras fortificadas no exige gran consumo de carne de cañón, es cierto, pero tampoco resuelve nada, porque el bloqueo no es completo, ni sofocante aunque lo fuera, con el respaldo que tiene de su parte Alemania. Si no existe el propósito oculto de llegar a un arreglo como aquél a que hemos aludido, un día será preciso salir de las trincheras bien construídas y lanzarse a la lucha. Y entonces puede correrse el riesgo de los desmoronamientos inesperados. Ya van haciendo creer los agentes del Kremlin en Francia, que es preferible ser alemanes vivos a ser franceses muertos. Para evitar ese desmoronamiento es preciso que los pueblos comprendan claramente por qué se lucha y por qué se muere y que los objetivos de la lucha y de la muerte sean tales que se vaya voluntariamente al sacrificio por ellos. Esos objetivos no pueden ser los del señor Chamberlain ni los del señor Reynaud. ¿Pero dónde está un proletariado o un socialismo organizado capaz de plantearlos y de resolverlos?

Este es el aspecto más trágico de esta guerra. Por un lado un mito de esclavización humana, y por otro una esclavización sin mito. ¿No es presumible que triunfe el mito, que indica por lo menos una voluntad de llegar a alguna parte?

Confiemos que las dificultades de la guerra abran los ojos a los beligerantes aliados y les hagan situarse en el terreno que les

corresponde para lograr la victoria; ese terreno no puede ser el de la reafirmación de los viejos privilegios imperialistas y de clase, sino conforme a las exigencias de la vida total moderna, para la cual el capitalismo en su forma tradicional y en su forma novísima de capitalismo de Estado son anacronismos innecesarios.

Si viviera Herzen, volvería a repetir con amargura aquella frase lapidaria dirigida a los pueblos de Europa: "¿No habéis querido la revolución? Pues tendréis la guerra". La guerra está ahí, como castigo para los pueblos que no han querido la revolución y que se han prestado, dóciles, a sofocarla donde se ha presentado. Se recoge ahora el fruto de una siembra previa de muchos años. ¿Es que no ha de surgir en el horizonte otra luz de esperanza y hemos de sucumbir en las tinieblas de la sumisión esclava y de la renuncia servil?

CeDInCI

Carlos de BARAIBAR

Los ESTADOS del NORTE de EUROPA y la GUERRA

DESPUÉS de haber presentado a los lectores de TIMÓN un sucinto trabajo de vulgarización sobre los Estados del S. E. europeo, en función de la guerra, tomando como base la "entente balcánica", deseábamos hacer otro tanto del conjunto de los países nórdicos, abarcando en un sólo artículo los corrientemente llamados Estados escandinavos y los bálticos. O sea: Islandia, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, ya que Polonia ha sido brutalmente eliminada del concurso de los Estados libres, a más de que a su dramático final dedicamos un trabajo en el primer número de esta segunda etapa de nuestra Revista.

Por razones de espacio y de método, hemos decidido, sin embargo, no hacerlo así. En primer término, como en la tragedia griega con el coro, hay aquí un personaje colectivo, presente siempre en la escena, que desborda en interés a cada uno de los actores en función, por relevante que en ocasiones sea —como acaece, sobre todo, con Suecia— el rol individual representado: el Báltico en sí mismo. Con la sólo excepción de la insignificante Islandia y, en parte, de Noruega, —país plenamente oceánico—, todos los demás Estados precitados tienen su suerte indisolublemente unida a ese gran tema del "Dominium baltici", uno de los "motivos" esenciales de la tantas veces horripilante sinfonía europea. Y aun cuando Noruega no tenga una sola pulgada de sus interminables costas bañada por las legendarias ondas en que se mecieron Frisones y Vikings, su destino está de tal modo ligado al del resto de los paí-

ses escandinavos, ribereños del Báltico occidental, que sería tan necio dividir por ello la unidad de la Península escandinava como separar de la Ibérica a Portugal por el hecho de su oceanidad. (Tan fundamental, por otra parte, que presta más de un rasgo de similitud a esos dos pueblos, aparentemente sin relación alguna, tan tiránicamente pendientes del mar para su vida toda, como si fueran en realidad islas o archipiélagos).

Dentro de esa unidad suprema que imprime el Báltico —y las disputas inherentes a su dominio— a todos sus países ribereños, los dos grupos de Estados implicados tienen, a su vez, una unidad particular cada uno que impide tratarlos en un estudio de conjunto, por superficial que sea. Los escandinavos son una cosa y los bálticos otra muy distinta, histórica, étnica, lingüísticamente... desde cualquier punto de vista que se les enfoque. Queda flotando entre ambos, como veremos, Finlandia, que igual podría ser incluida en un grupo que en otro. Pero Suecia y Letonia, o Lituania y Dinamarca, no hay manera de englobarlas en un sólo estudio, en cuanto se quiera analizar, un poco nada más, las cosas.

Por consiguiente, abordaremos sucesivamente los siguientes temas:

- 1.—La cuestión del Báltico en la Historia.
- 2.—Los Estados bálticos.
- 3.—Los Estados nórdicos o escandinavos.

Finlandia será incluida entre éstos últimos por las razones que en su sazón precisaremos.

I.—LA CUESTION DEL BALTICO EN LA HISTORIA

El Báltico es el último mar europeo que entra en la vida de la civilización. A pesar de la célebre "ruta del ámbar" y de los numerosos testimonios arqueológicos que prueban la existencia de relaciones comerciales antiquísimas entre el N. de Europa y las orillas mediterráneas, cuna de su civilización, los propios geógrafos romanos diseñaban la Escandinavia como un archipiélago. Es en el siglo XI cuando Adam de Bremen dá al Báltico su nombre actual y se demuestra el carácter peninsular de aquella región, aun

cuando mucho antes frisonos y vikings hicieran periplos audaces, llegando no sólo a Islandia y Groenlandia, sino hasta América del Norte.

Estas tribus germánicas se sirven del Báltico para sus aventuras y comercio desde el 500 al 800 de nuestra era. Los primeros se sitúan entre el Rin y el Elba, teniendo por vecinos, al O. los francos, y al E. los eslavos. Al N., los daneses ocupan casi toda Jutlandia. Los frisonos hacen de puente comercial entre todos ellos. El Báltico se torna cada vez más difícil por la audacia e ímpetu de los vikings. Estos "hombres del Norte", son los padres de todos los escandinavos: suecos, noruegos y daneses. Con todo, la actividad comercial es grande: hay incluso una ruta a través de Rusia, hasta Samarkanda y Bagdad, jalonada de monedas árabes de los siglos octavo y noveno. Es la época de esplendor de los vikings, que establecen colonias en la Gran Bretaña, Francia e Islandia, controlando hasta la boca occidental del Mediterráneo, y abriendo grandes horizontes al comercio internacional.

Paulatinamente se va alzando un rival temible para el avance de los pueblos escandinavos. Las ciudades germánicas, que han aprovechado excelentemente su posición, entre el occidente y el oriente, para desarrollarse económicamente, se federan a fin de drenar mejor el comercio, constituyendo, al fin, la Liga hanseática, bajo la dirección de Lübeck. En el siglo XII se reúnen así ya más de cien villas, que engloban desde Gothland, en Suecia, hasta Reval, en Estonia, contando con grandes establecimientos sucursales en Londres, Brujas, Bergen (Noruega), Novgorod (Rusia), etc. Su control del Báltico es casi absoluto, si bien los daneses guardan celosamente el del Sund, el mejor paso para el Mar del Norte. Hasta aquí no hemos aludido más que a empresas de tipo comercial. Paulatinamente va envenenándose el ambiente con otras harto más sangrientas, inherentes a la interferencia de factores de gran violencia pugnativa cual son las luchas de tipo religioso y de franca dominación colonizadora, aun cuando la palabra no suene a todos, aplicada a tan remotos tiempos.

Para caracterizar debidamente el escenario, señalemos de pasada cuáles eran los pueblos fijados en la cuenca oriental báltica

completando el cuadro, tan sumariamente esbozado de la occidental. Son, en primer término, pueblos eslavos, predominantes en la parte oriental de Alemania, hasta el Elba, si bien, en general, no se establecieron en su desembocadura, manteniéndose entre el Oder y el Vístula. En la Pomerania occidental había una población que hablaba un idioma eslavo, desaparecido en el siglo XIX, y en la oriental persistió siempre la polonesa. Desde el Vístula a Memel hubo una población prestamente eliminada y sustituida por los prusianos, de quienes tomó el título de Prusia oriental con que más tarde había de conocersele. Después venían los lituanos, pacíficos agricultores que se vieron precisados a hacerse guerreros, ante la constante amenaza de otros, así como los primitivos moradores de Livonia y Estonia, de cuya idiosincracia bucólica pudo hacerse una idea el mundo occidental europeo al traducirse, no hace muchos años, al francés, una colección de sus "dainas" o canciones mitológicas, de extraordinario encanto. Por fin, en buena parte de la Estonia actual, la Ingria y la Carelia, los fineses, de oscuro origen, que mucho tiempo ha sido enraizado con los pueblos mongólicos, hipótesis que rechazó la crítica moderna, estableciendo su parentesco con los húngaros y constituyendo ese interesante grupo ugro-finés, que es un misterio correlativo al de mi pueblo, los vascos, a caballo sobre los Pirineos.

INICIACION DEL AFÁN DEL "DOMINIUM BALTICI"

Todo este amasijo de pueblos distribuidos por el Báltico oriental se caracterizaba por sus dulces costumbres paganas, en el marco de una cultura primitiva, de tipo fundamentalmente agrario, sin las ambiciones de los vikings o los germanos de la parte anterior del Báltico. Bien temprano empezaron a ser inquietados por las sucesivas ondas de ambiciones que han dado lugar al sueño del "dominium maris baltici", acariciado sucesivamente por varios pueblos, y que aún perdura como una de las amenazas permanentes de guerra que sufre Europa.

Cronológicamente, el primer intento coherente de sometimiento del Báltico a un control único corre a cargo de los daneses, desde

mediados del siglo XII hasta fines de la centuria siguiente. El apogeo de este ciclo es el tiempo de Waldemar II, el Victorioso, quien domina, en el S. del Báltico, a partir de Dinamarca, sobre el Holstein, el Meklemburgo, la Pomerania anterior, y hasta parte de Estonia, englobando ciudades como Lübeck —la más importante comercialmente de la época—, Hamburgo, etc. Más paralelamente se iba gestando un poder rival, que había de pesar, en una forma u otra más tarde hasta nuestros propios tiempos: aludimos a la confederación germánica a que antes nos hemos referido, que si bajo la efigie de Hansa tiene un matiz aparentemente sólo comercial, económico, pronto había de tomar otro muy distinto en su manifestación religioso-guerrera, dando ya en tan lejanos tiempos su síntesis un anticipo fiel de lo que en lo moderno había de ser el pangermanismo, azote permanente de esos pueblos, y sempiterna amenaza para Europa entera. Aludimos a las órdenes militares "colonizadoras" del Báltico oriental, cuyo origen merece una cierta detención, por lo extraordinario de su papel histórico.

LAS ORDENES TEUTÓNICAS: LA COLONIZACIÓN GERMÁNICA.

La primera es la de los Caballeros Porta-Espada. Su origen está en un agustino —Meinhard— que se estableció primitivamente a 35 kilómetros de la desembocadura del río Duna. Su sucesor, el obispo Alberto, se trasladó a la misma orilla del mar, fortificándolo en donde hoy está Riga, y llamando a colonos alemanes, instituyendo para su defensa y expansión la referida orden, con la que emprendió la conquista del país. Ante la briosa resistencia de los estonianos, llamaron en su auxilio a los daneses, repartiéndose el país: el N. para los señores daneses; el S. para la orden y los obispos que en él se establecieron. Más pronto en plena declinación la estrella danesa, en 1345 el rey de Dinamarca vendió sus feudos a los Caballeros, quedando los germánicos dueños del campo. Se constituyeron grandes feudos de la Orden, entreverados de otros episcopales, y las villas comerciales fueron controladas por la Liga hanseática.

Mientras se desarrollaba este proceso, en territorios más pró-

ximos a Alemania, en la región del Vístula, otros elementos germánicos, también de tipo religioso-militar, emprendían una obra similar. En Jerusalem, los cruzados alemanes habían creado una Orden hospitalaria y militar, en 1128, la de los Caballeros Teutónicos, en la etapa aquélla, tan poco pura, a pesar de las apreciaciones románticas en que florecieron estas instituciones, suscitando las menos edificantes luchas entre unas y otras, y un desatar inaudito de ambiciones. En uno de estos embrollos se hizo imposible la permanencia de la susodicha orden, en lucha con los Hospitalarios, los Templarios y el mismo Pontífice, a la postre, siéndoles necesario buscar un nuevo campo para sus hazañas. En estas circunstancias, un príncipe polaco, Conrado de Mazovia, que era impotente para contener las incursiones de las tribus germánicas que continuaban abrazadas al paganismo, llamó para "convertir" la actual Prusia oriental a los Caballeros Teutónicos. La evangelización se realizó a sangre y fuego, a partir de 1225, y, extendiéndose por la orilla del Báltico, se dieron la mano unos y otros, fusionándose las dos empresas de expoliación "cristiana" en 1237. La colonización fue tan "vigorosamente" llevada —fiel anticipo de las operaciones similares de nuestra ultracivilizada época— que los viejos prusianos tuvieron que terminar por emigrar en masa de su país, trasladándose los restos de aquel pueblo a Lituania. Libre de obstáculos, la orden inició una colonización sistemática, con súbditos alemanes y polacos, extendiendo después sus conquistas, con hábiles pretextos, a la Pomerania polaca, cuya capital era Dantzig, y emprendiendo una tenaz lucha con Lituania, movida por lo que ahora llamaríamos un gran dinamismo, ansioso de asegurar el espacio vital correspondiente.

Como consecuencia de él viene un período de constantes guerras e intrigas, que acaba por unir a polacos y lituanos frente al enemigo común, etapa que se cierra en 1410, con la histórica batalla de Grünwald (Tannenberg), en la que la Orden fue aplastada por las tropas coaligadas polaco-lituanas, perdiendo 18.000 caballeros y casi todos sus mercenarios, y librándose de la colonización Polonia y Lituania, enseñanza que no sirvió para nada en lo moderno, ya que en vez de unir sus destinos, al reaparecer —bajo formas más peligrosas aún— el mismo enemigo histórico, ambos países

fueron hogaño incapaces de entenderse. En cuanto a Letonia y Estonia, siguieron bajo el predominio económico de los elementos alemanes, pero, con todo, las consecuencias de la batalla de Grünwald fueron extraordinarias, pues se cortó la extensión de la colonización alemana a lo largo del Báltico central, no pudiendo establecerse en una continuidad absoluta desde el Holstein hasta Finlandia, con lo que terminó, en esta etapa, al menos, el sueño del "dominium baltici" interpretado a la alemana, y la colonización integral de los pequeños países bálticos; pues si bien completa en lo económico, no llegó a alcanzar el tipo despiadado de una colonización de población, como lo había sido la de gran parte de la Prusia oriental. Sin esa derrota, Lituania, Estonia y Letonia, habrían sido absolutamente germanizadas. Merced a ella, aunque inicuamente expoliadas durante siglos, y despojados los naturales de sus propias tierras, hasta el fin de la guerra del 14 al 18, se han conservado las características nacionales, y la posibilidad de reconstruir esos países, que de nuevo se ven hoy en crítica situación, por su incómodo determinismo geográfico.

LA GRAN EPOCA Y LA INICIACIÓN DEL IMPERIALISMO RUSO

En tanto en la orilla meridional del Báltico se desarrollaban estos acontecimientos, en la opuesta, a la expansión efímera de Dinamarca sucedía la más vigorosa de Suecia. Su primera empresa de gran vuelo fue la conquista de Finlandia, hasta topar con los rusos, la que, terminada en 1372, había de durar hasta la expansión eslava en pleno siglo XIX, dominación que se establece con una dulzura y una autonomía tales que luego serán recordados bajo el despotismo ruso, los "buenos tiempos" de la dominación sueca.

Hasta ahora hemos visto actuar sobre el Báltico las pretensiones de predominio danesas, germánicas y suecas. Al comenzar el siglo XVI una nueva potencia se dibuja, llamada a tomar un desenvolvimiento extraordinario y a pesar ya para siempre en los destinos del mediterráneo norteño: el ducado de Moscovia, núcleo inicial de la después gigantesca fuerza rusa.

Es con Iván III cuando el ducado inicia su marcha hacia

el mar septentrional, buscando mayores posibilidades de desarrollo, como acaece indefectiblemente a todo país interior que se siente fuerte. Para ello comenzó por absorber las repúblicas rusas de Pskow y Novgorod, que le cerraban el camino, orientación que en la segunda mitad del siglo sigue decididamente Iván el Terrible, quien ataca a la Orden Teutónica, para arrebatárle sus feudos de Letonia y Estonia. Al mismo tiempo, lo suecos, que se acababan de separar de Dinamarca, aprovechan la situación para poner mano sobre Estonia, a fin de proteger sus anteriores expansiones sobre Finlandia, Ingria y Carelia... Por primera vez va a establecerse la confluencia de germanos, escandinavos y eslavos en estos territorios, dando origen a uno de los nudos de fricción más ricos en consecuencias épicas de la historia europea.

La Orden llama en su auxilio a Polonia, quien termina por anexionarse Livonia y Curlandia. Paralelamente, es liquidada en la Prusia oriental, al decidir un Hohenzollern, a la sazón Maestre, transformarla en un ducado hereditario, si bien vasallo de Polonia, que en el momento era la fuerza preponderante que, sin embargo, cosa extraña, nunca manifestó deseos de controlar íntegramente el Báltico. Con todo ello desaparece por una larga época la posibilidad de un intento hegemónico decisivo germánico. La lucha se circunscribe a Polonia, Moscovia y Suecia, quedando, no obstante el poder económico de los pequeños países bálticos en manos de aquellos antiguos colonos germánicos, dueños efectivos de la tierra, vasallaje que perdurará a través de todas las alternativas del poder político hasta el reciente pacto de Hitler con Stalin.

EL DUELO TRIPARTITO POLACO-RUSO-SUECO

Durante dos siglos un estado casi permanente de guerra ensangrienta estos territorios que ahora nos ocupan, algunos de los cuales cambian varias veces de soberanía. Turno a turno se produce el apogeo polaco, el sueco y, al fin, el ruso, que es, en definitiva, el que gana la partida. A los efectos del "dominium baltici" a que venimos refiriéndonos, el esfuerzo sueco es el más interesante, ya que, en efecto, tras la guerra de los Treinta años y la

del Norte, hay una etapa en la que el Báltico es casi un lago sueco: Suecia poseía en sus orillas Finlandia, Estonia, Livonia (hasta el Duna), parte de la Ingria, la Pomerania occidental, Wismar y Bremen, alcanzando una extensión de más de 900.000 kilómetros cuadrados, distinguiéndose su dominación por una dulzura inusitada entre conquistadores, tomando serias medidas de protección de los intereses populares contra los señores feudales, especialmente en los conocidos territorios dominados por los consabidos señores germánicos.

La reacción de éstos en contra del poder real sueco, que obraba como moderador, tiene una influencia notoria en la precipitación de la etapa subsiguiente, la del predominio ruso. En efecto, los barones baltas se inclinan, contra los suecos, a la nueva estrella ascensional que, como vimos, pugnaba por llegar al Báltico. Llamaron a Pedro I a la conquista de Estonia, contando con su concurso, a cambio de restablecer los antiguos derechos señoriales, cercenados por los suecos en favor de la masa general de población. Y sigue un nuevo período de guerras en las que son protagonistas Suecia, Polonia y Rusia, que se cierra con el agotamiento sueco y el reparto de Polonia, a pesar de la gloria de Carlos XII, terminando la etapa báltica de aquella potencia, que conservó sólo la Pomerania anterior, con Wismar y pasando la supremacía a Rusia, que devastó bárbaramente el país, sometiendo económicamente de nuevo a los privilegios incontrastados de los señores baltas, influyentísima ya en la corte rusa. Este período de guerras es fatal para Suecia y Polonia, que acaba siendo dividida, ensanchándose Rusia hasta los límites que había de conservar hasta la guerra europea: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y una parte de Polonia. Sin embargo, igual que sus predecesores en el sueño de la dominación del Báltico: daneses, teutónicos y suecos, tampoco Rusia había de lograr controlarlo íntegramente, viéndose su ya enorme potencia amenazada por la consolidación de un nuevo poder. En efecto, tras tres siglos de perseverantes esfuerzos de expansión, se había logrado consolidar una nueva y amenazadora potencia: Prusia.

RUSIA Y ALEMANIA FRENTE A FRENTE

He aquí, a grandes rasgos, las fases del problema báltico, al alborear el siglo XIX, en que, eliminadas ya para siempre las ambiciones escandinavas, por la entrada de estos países en una evolución de tipo pacifista y progresivo, a la que habían de permanecer inquebrantablemente fieles, quedan dos fuerzas disputándose el predominio, llenas ambas de ansias de dominio y prestas a sumir al Mundo en toda suerte de dolores para conseguir sus pretensiones hegemónicas: Prusia, de la que en etapas sucesivas victoriosas saldrá el Reich alemán, y Rusia. La primera cuenta para su continuada labor de penetración, siguiendo las orillas meridionales del Báltico, de occidente a oriente, con la fuerza económica, ya multiseccular, de los señores bálticos, omnipotentes también bajo la soberanía rusa en Lituania, Estonia y Letonia. La segunda trata de consolidar su posición con una continuada labor de "rusificación" a la cosaca, que sume en la desesperación a aquellos pueblos, doble y despiadadamente expoliados por el poder político y la Administración de los zares, y por el despotismo de sus viejos señores. Apenas si en tan prieta situación, una sola esperanza podría darles alientos. Y es que en la lucha de ambiciones, ambos dominadores llegarán a las manos para ventilar una hegemonía definitiva que, al fin, les liberará —por agotamiento de las dos fuerzas en pugna— de tan pesada esclavitud. Algo de ello pareció llegarles con la guerra del 14.

Establecidos ya los antecedentes del problema del Báltico, podemos pasar a examinar la azarosa evolución reciente de esos pueblos.

II.—LOS ESTADOS BÁLTICOS

EL lector que por una u otra causa conozca la vida y la historia contemporánea de los diminutos Estados bálticos no dispensará el carácter elemental de estas notas, que no pueden salirse de los estrechos límites de una vulgarización primaria. Imaginamos, sin

embargo, que para un núcleo de lectores americano, o de largo tiempo radicado en este Continente, no estará demás por completo esa vulgarización, por cuanto siendo Estados apenas conocidos comúnmente en Europa sino por círculos reducidos de estudiosos, con tanta más razón han de ser medio ignorados en América. Y a tal propósito recordamos la sabrosa anécdota con que el profesor Henri de Montfort abre su primoroso estudio acerca de estos pueblos —que tanto como de "rise au point" tuvo de "descubrimiento" en Francia, allá por 1933— según la cual en la sección inaugural de la Sociedad de Naciones se confundió a los Países bálticos con la Georgia. O aquella otra, acaecida en un viejo Parlamento europeo, cuando un eminente hombre de Estado afirmó que eran naciones liberadas gracias a la desmembración de Austria-Hungría...

SITUACIÓN INMEDIATAMENTE ANTERIOR A LA GRAN GUERRA

Como hemos indicado, Estonia y Letonia, fueron sometidas a Rusia, pero quedando los autóctonos directamente esclavizados por los señores "baltas", en pago de los servicios de éstos al invasor. Casi todo el país —una vez abolidas las beneficiosas leyes dictadas por los suecos— fue dividido en "Rittergütter" o bienes nobles, que sólo podían ser poseídos por la nobleza germánica "balta". El señor dispone de los siervos y de sus bienes, y es dueño de graduar a su antojo los tributos. Al lado de estos dominios, que son la norma general, quedan algunas posesiones de la corona y del clero luterano. Hasta 1817-19 no es abolida la servidumbre, pero no por ello mejoró en realidad la situación, ya que el señor continuó teniendo la propiedad exclusiva de la tierra, si esa era su conveniencia, viéndose el campesino, acosado por el hambre, obligado a aceptar sus condiciones de trabajo.

Posteriormente hay varios conatos de reformas, tan débiles, que aún en 1901, 162 familias nobles detentaban el 77 por ciento del suelo. Y poco antes de la gran guerra, entre 250 familias alemanas de Estonia y 350 de Estonia poseían dos tercios de la tierra útil. Sólo 50.000 familias en cada país, habían logrado adqui-

rir pequeñas parcelas. En los últimos treinta años habían emigrado de ellos unos 750.000, entre estonios y letones.

Con todo, las propias necesidades del Estado opresor y las conveniencias de la casta dominante, van introduciendo un cierto estado de industrialización y un desarrollo del comercio, a cuyo calor se incuba un movimiento nacionalista que se rebela contra tan depresiva situación y los obstáculos inhumanos que se oponen al desenvolvimiento de una cultura propia. En los años en que pareció que el liberalismo iba a abrirse camino en Rusia, este movimiento prosperó rápidamente, no siendo ya posible ahogarlo cuando la reacción salvaje de los últimos Romanov imprimió nueva energía al proceso de "rusificación" de los pueblos por ellos conquistados.

Mientras Lituania, fielmente asociada a Polonia en todos los intentos de levantamiento, incubaba un fuerte movimiento de igual tipo nacionalista que, al fin, se orientó hacia fines propios, esencialmente perseguido por el zarismo, que, sin embargo, fue impotente para desterrar el uso del lituano y del polaco, dada la cultura más avanzada de estos pueblos. Y así, cuando el ensayo general revolucionario de 1905 sacude el Imperio ruso, los tres países reclaman su independencia, bastando aquella corta época de vacilación del poder del zar para que el movimiento quede bien articulado y con una plena conciencia de sí mismo, contra la que habrían de estrellarse todos los intentos de represión subsiguientes.

LOS PAÍSES BÁLTICOS Y LA GUERRA DEL 14

Hasta el otoño de 1918 Estonia no sufrió mayores males por la guerra. En setiembre, los alemanes llegan frente a Riga, sin pasar la frontera con Letonia. Al iniciarse, la revolución rusa, creyeron los estonios que había llegado, al menos, la hora de su autonomía, pero el gobierno provisional ruso remitió todas las cuestiones a las futuras Constituyentes. Se formó un Consejo nacional estoniano para preparar un proyecto de estatuto autónomo que, al estallar la revolución bolchevique, proclamó la inde-

pendencia. Hubo una pugna entre unos y otros, aprovechada por la nobleza báltica para esgrimir el derecho que, según ella, le dimanaba de haber sido quien antaño llamó a los rusos, para decidir ahora sobre la suerte del país, llamando a su vez a los alemanes. Estos echaron a los rusos, y se alzaron en dueños, pero se frustraron sus propósitos al decidirse los Aliados por el reconocimiento de la independencia nacional estoniana, para lo que había preparado el terreno la intensa propaganda nacionalista. Entonces los bolcheviques volvieron a intentar ocupar el país, logrando expulsarlos de él, a principios de 1919, un ejército nacional, ayudado por voluntarios finlandeses, suecos y daneses, con el apoyo de la escuadra inglesa. El 25 de abril de ese año se reunían las primeras Cortes Constituyentes del nuevo Estado estoniano.

Más dura fue la suerte durante la gran guerra, de los letones. En varios momentos, encuadrados, naturalmente, en el ejército ruso, hubieron de sufrir los más duros choques con el alemán. Al iniciarse la revolución rusa, los patriotas letones firmaron un Consejo y con su ejército propio hicieron respetar al Gobierno provisional ruso una efímera autonomía. Pero pronto atacaron a su vez los alemanes, salvando los regimientos letones de una catástrofe a los rusos. Mas el país fue completamente ocupado por los germánicos, pasando las unidades letonas, en su mayoría, a Siberia, donde corrieron aventuras extraordinarias por no querer someterse por completo al reaccionarismo de Koltchak, terminando por unirse a las legiones checas, pero con su bandera nacional, y volver a entrar de nuevo en su patria, por la ruta del Pacífico, en 1920. Mientras tanto, Letonia había sido agotada por las tropas alemanas de ocupación, que hubieron de salir de allí a consecuencia del armisticio, proclamándose un Gobierno provisional letón reconocido por los Aliados. Se repitió aquí la misma situación: el poder soviético quiso reconquistar Letonia. La nobleza quiso ampararse en las tropas alemanas. A duras penas se logró formar un nuevo ejército nacional, que ayudado por estonios, lituanos y escandinavos logró ver libre al país, tras una tremenda confusión, de unos y otros, en enero de 1920, proclamándose, sobre las ruinas, la independencia nacional.

En cuanto a Lituania, fue completamente ocupada por los ale-

manes desde setiembre de 1915. Los lituanos, a semejanza de los patriotas polacos y checos, supieron trabajar muy activamente en el extranjero por la causa del país, de modo que se formó una atmósfera internacional tan propicia a su independencia que lograron, a los dos años, constituir una suerte de asamblea, de la que salió un Consejo —la "Taryba"— que, tras alternativas varias, por el natural estira y afloja que tuvo que mantener con las autoridades alemanas, proclamó la independencia nacional, a principios de 1918. Hubo, asimismo, un confuso período en el que tanto los alemanes como los bolcheviques intentaron adueñarse del país, hasta que, en la primavera de 1919 se logró crear el nuevo Estado independiente, merced a la victoria de los polacos sobre los rusos, si bien sufriendo la dolorosa amputación de Vilno, la capital, que aquellos les arrebataron, conducta de corte imperialista y de profundo error político, que abrió un ancho foso entre los dos pueblos cuando mayor empeño deberían haber puesto en mantenerse unidos contra el doble enemigo común: la U. R. S. S. y el Reich.

ORIENTACIÓN POLÍTICA INICIAL DE LOS NUEVOS ESTADOS BÁLTICOS

Tres cuestiones fundamentales caracterizan la orientación abrazada por este núcleo de pequeños Estados al nacer a vida libre: sus respectivas cartas constituyentes; la reforma agraria, y su posición en el problema de las minorías. Examinémosla sucesiva y sumariamente.

Las Constituciones bálticas fueron promulgadas: la de Estonia, en 1920; la de Letonia, en 1922; la de Lituania, en 1928. En todas se adoptó la forma republicana de gobierno, el sufragio universal, la representación proporcional, el sistema unicameral y la descentralización administrativa. El poder legislativo primaba sobre el ejecutivo en las dos primeras. Los derechos sociales fueron ampliamente considerados en todas ellas.

Del curso de estas notas habrá deducido claramente el lector que el problema esencial de los nuevos Estados bálticos tenía que ser una reforma agraria que terminara con la inicua situación de sus naturales, privados del acceso a la tierra, a beneficio de los señores baltas. La operación se vió facilitada por el hecho de

que parte de éstos huyeron del país en el curso de la guerra y parte después, tras haber llamado en su auxilio a las tropas alemanas, temerosas de represalias. Entre el odio de los terratenientes tradicionales y el temor de las actividades soviéticas (contra las que estos Estados habían tenido que luchar, al alborar, denodadamente), se optó por un sistema de parcelación tendiente a la reacción de una pequeña burguesía campesina. En Lituania se indemnizó a los antiguos propietarios, a bajo tipo de capitalización y en grandes plazos; en Letonia no se indemnizó; en Estonia, hubo un fracaso inicial, según parece a consecuencia de la ruina absoluta en que quedó el país, y se restituyó una parte a los propietarios antiguos, indemnizándolos muy moderadamente. En conjunto, se desarrollaron ampliamente los cultivos y la ganadería, no obstante la precaria situación en que habían quedado estos pueblos.

La cuestión de las minorías fue resuelta desde el primer momento, concediéndoles una autonomía cultural que la Sociedad de Naciones declaró ser satisfactoria, constituyendo en el caso de Letonia, especialmente, lo más liberal de cuanto al respecto se ha hecho en el mundo. Cualquier minoría de más de 3.000 miembros tenía derecho allí a una autonomía cultural amplísima. Cualquier alemán, ruso o sueco podía dirigirse a la Administración en su lengua materna.

POR QUÉ QUEBRÓ LA DEMOCRACIA BÁLTICA

Al iniciarse la tensión europea subsiguiente a la toma del poder en Alemania por el nacionalismo, los Estados bálticos constituían, en esencia, una democracia campesina. En débil grado de industrialización, relativamente, la base de su economía era —y sigue siendo— la agricultura y, en menor escala, los bosques y la ganadería. Todo ello desde luego, en las modestas proporciones correspondientes a lo reducido de las cifras de extensión y población respectivas, que son las que a continuación detallamos.

	Extensión (Kilómetros cuadrados)	Población (miles de habitantes)	Densidad (por Km. cuadrado)
Estonia	48.000	1.130	23,6
Letonia	66.000	1.965	29,7
Lituania	56.000	2.527	45,1

1. *Estonia*. Su capital es Tallin (Reval, 135.000 almas) a la entrada del golfo de Finlandia. Culturalmente, Tartu (Dorpart, con 72.000). El 75 por % de la población vive de la agricultura. Mil familias explotaban antes dos tercios de la tierra. Ahora hay más de 140.000 propiedades independientes. La gran mayoría de la población es luterana. En general se teme tanto a los alemanes como a los rusos. Unos y otros hicieron sufrir largamente al país. Democráticamente organizados al principio, los estonianos han sido una víctima más de la política de la grandes "democracias" en la trasguerra, evolucionando hacia una república autoritaria en la que preponderó el partido fascista ("vabs"), votando una nueva constitución a su hechura, en 1933. Pero el presidente de la República —Konstantin Päts— apoyándose en los campesinos y el ejército, disolvió el fascismo, imponiendo su política personal, desde fines de 1936, y consagrándose, en la medida de sus fuerzas, a mantener el país apartado de Alemania y Rusia.

2. *Letonia*. La capital, Riga (372.000 almas), sobre el golfo de su nombre, es, con notable diferencia, la primera de las ciudades de estos Estados. El 65 % del país vive de la agricultura. Un 57 % son luteranos y un 23, católicos. La misma impotencia que en el caso anterior fue causa de un rápido desequilibrio del régimen democrático, que inicialmente se había dado, cayendo después de un período agitado, que se inició en 1934, bajo la dictadura del "vadonis" (duce) Uldamis, jefe del llamado movimiento campesino, disolviendo los partidos, que habían llegado a ser 24 para 100 diputados...

3. *Lituania*. Kaunas (Kovno, 100.000 habitantes) es la capital de este Estado, pendiente en un 80 % de la agricultura, cuya economía había progresado rápidamente, a pesar de sufrir, a más de la amputación de Vilno, la vieja capital, la de Memel y su territorio últimamente. Pero políticamente se ha hundido, como en los otros dos casos, acosada por las presiones de las potencias más fuertes que les rodeaban: o sea, el Reich y Polonia, en cuanto a Lituania.

Desde 1926 dominó al país el partido nacionalista, con Valdemaras a la cabeza, derrocado tres años después por su ministro

de Hacienda, Tubelis, siempre bajo la presidencia de Smetona. En 1938 volvió a sufrir una nueva humillación por parte de Polonia, teniendo que adaptar a sus deseos la política exterior, de lo que se encargó el capellán general del ejército, Mironas. (El catolicismo es la religión oficial del 90 % de los lituanos).

La conquista de Memel por Alemania, en 1939, impuso otra crisis, pasando a gobernar el general Cernius, para ocuparse fundamentalmente de las posibilidades de defensa del país. Al iniciarse la etapa bélica actual, y verse Lituania en manos de la U. R. S. S., como consecuencia del pacto germano-soviético, se determinó otro cambio de orientación, acusado al recibir Vilno de manos de los Soviets, pasando a ocupar el poder el coronel Autanas Merkis.

ENTRE EL REICH Y LA U. R. S. S. . . .

La geografía ha jugado una mala pasada a estos países, situándolos en la confluencia de los dos imperialismos continentales más peligrosos: el alemán y el ruso. Y quien pudo haber ensayado el papel de tercero en discordia, aglutinándose con los débiles, para una defensa en común, Polonia, sintió, a su vez, las mismas veleidades, no siendo capaz de ponerse a la cabeza de una coalición de potencias de segundo y tercer orden que, desde el Báltico al mar Negro, pudo haber servido de contención eficaz de aquellos imperialismos, según la valiente y fracasada concepción de Masaryk, el gran patriota checo. Al contrario, Polonia, no sólo expolió cuanto pudo a Lituania, sino que debilitó en la medida de sus fuerzas la "Petite Entente", y ayudó a la destrucción de Checoslovaquia, cavando así su propia fosa. Ni siquiera fue viable una liga báltica que comprendiese desde Varsovia a Helsinki, habiendo de conformarse con la "Unión balta", de 1934, cuya restricción a Lituania, Letonia y Estonia la hacía insuficiente, y que aún se vió minada por la situación especial de la primera (problemas de Vilno y Memel) y el trabajo tenaz de disociación de las potencias circundantes: Alemania, Polonia y Rusia.

El drama de estos pequeños países es tanto más de sentir cuanto que al examinar su economía y sus realizaciones anteriores

a la actual "debácle" se comprueba no sólo su vialidad —contra la afirmación de los imperialistas de Alemania y Rusia— sino la realidad de que, a pesar de las tremendas condiciones en que nacieron a la independencia, habían logrado desarrollarse, consiguiendo un equilibrio económico —dentro del plano de modestia de una "aurea mediocritas"— sumamente interesante.

Los tres habían basado su economía, como hemos dicho, en la agricultura y en las industrias de ella derivadas o anexas. Los tres habían nivelado, aproximadamente, sus balanzas comerciales. Casi toda su exportación estaba integrada por productos agrícolas y forestales, salvo los esquistos de Estonia. El lino, la madera y sus derivados figuraban en cabeza. Y, siguiendo la huella feliz de Dinamarca, al caer los precios agrícolas fueron desenvolviendo su ganadería, hasta lograr una compensación a la crisis que se les venía encima.

En 1937 Estonia importó por valor de 111 millones de sus coronas y exportó 106. Letonia importó 231 millones de "lats" y exportó 260. Lituania importó 213 de "litas" y exportó 208. ¿Qué será en la actualidad de este interesante equilibrio, tan trabajosamente conseguido, bajo los mandatarios del poder stalinista?

LA ENTREGA A STALIN

Porque en realidad —y con esto terminamos estas deslavazadas notas— los Estados bálticos han quedado totalmente enfeudados, a la postre, a Stalin y sus secuaces, constituyendo tres mártires más de esa copiosa lista de pueblos vilmente sacrificados a la inmundia y estúpida política europea de la trasguerra.

Manejados a su antojo por el Reich a principios de 1939, en marzo fue obligada Letonia a cederle Memel, recibiendo, en cambio de los bienes de los lituanos —obligados a abandonar la ciudad y su territorio inmediatamente—, la irrisoria promesa de una indemnización equivalente a unos 3.850 millones de francos, pagadera precisamente en maquinaria, y a reservarle en trueque la tercera parte de sus exportaciones agrícolas. Nadie hizo el menor gesto en pro de Lituania, y menos que nadie Rusia. Meses después

se veían obligadas Estonia y Letonia a firmar tratados bilaterales con el Reich, aleccionados por la tragedia de su vecina, que había quedado sumida en la más completa ruina al perder su puerto comercial y no tolerársele siquiera iniciar la construcción de otro, como había sido su propósito. Mas, de pronto, cambia la decoración. Se firma el tratado germano-ruso, y este grupo de pequeños países es tomado como moneda de cambio y entregado totalmente por Hitler a Stalin, como pago a la liberación de la pesadilla de tener que afrontar la guerra en los dos frentes. Una vez más —y ahora con visos de extremada gravedad —estas minúsculas potencias iban a ser sacrificadas a los egoísmos de las grandes...

La primera quincena de octubre marca el momento del avasallamiento de los Estados bálticos a manos de la U. R. R. S. Los nuevos pactos de asistencia mutua concluidos bajo la amenaza de guerra, vienen a substituir a los bilaterales de no agresión, de 1932, que en 1934 habían sido prorrogados por diez años, entre Rusia y Estonia, Letonia, Finlandia y Polonia, para con quienes, por la Convención de Londres, de 1933, incluso se había comprometido la U. R. S. S., a no hacer propaganda comunista, y se había definido precisamente al agresor...

En noviembre, guarniciones soviéticas se instalaron ya en los lugares estratégicos escogidos por el E. M. ruso, asegurándose el control de todas las posiciones costeras de importancia, para dominar el golfo de Riga y la entrada meridional del de Finlandia, así como el establecimiento en el interior y hacia la frontera con la Prusia oriental, de bases aéreas y militares. El retorno de Vilno y su región a Lituania, no puede enmascarar esa operación de puro corte imperialista, cuyo fin inmediato es la reconstrucción del dispositivo estratégico que los zares habían montado en estos territorios, en su marcha hacia el dominio del Báltico, y cuyo fin inmediato será la soviétización de los Estados bálticos, para asimilárselos por vía "ideológica", nueva celestina, en el caso stalinista, que se ha encontrado para practicar la misma política (ora racista —como en el caso de la asimilación de una parte de Polonia— o bien "vitalista" como en este caso) practicada por el Reich.

El imperio momentáneo de la U. R. S. S. queda asegurado por

el concierto establecido con Hitler para la inmediata repatriación al Reich de los alemanes que quieran seguir siendo considerados como tales, provocando uno de esos formidables y trágicos desplazamientos de población típico de esta época ultracivilizada que termina así, bruscamente, a beneficio de la U. R. S. S., con el dominio multiseccular de los señores bálticos en estos países, ya que la mayoría ha optado por volver al Reich, y la minoría, que ha preferido arrostrarlo todo antes que reintegrarse al paraíso nazi, pierde automáticamente todo privilegio para ser defendida por su patria étnica.

El pacto germano-ruso, —cuyo verdadero alcance todavía es un misterio— entraña, a lo visto, una cláusula secreta según la cual se reconocen a favor de los soviets como zona “especial de influencias” (y ya sabemos lo que eso significa en la jerga diplomática) los territorios que antes del 14 formaban parte integrante del Imperio de los zares, cuyas ambiciones ha reemprendido la U. R. S. S. El *Times* londinense ha hablado, al comentar la evacuación de los países bálticos por los descendientes de los barones germánicos, de la nueva pérdida de colonias experimentada por Alemania. La comparación es perfectamente correcta. ¿Qué es lo que, en cambio, cree ganar Hitler, que ha comenzado por otorgar tan alto precio a la complicidad staliniana? Mas este sería tema que desbordaría nuestro propósito de ahora...

Rusia, y más tras de su victoria —por vergonzosa que sea— sobre la heroica Finlandia, ha recuperado prácticamente la posición que tenía en tiempos de los zares para el control del Báltico oriental. Alemania ha perdido sus avanzadas sobre él, y conserva el dominio del occidental. Ni una ni otra, hoy por hoy, pueden blasonar de un control integral del mismo. La ambición del “dominium baltici” sigue, pues, en el reinado de los sueños, y como una causa futura de discordia entre los dos países, por sólido que aparentemente sea el grillete que hoy les liga. Con lo que no hacen sino confirmarnos en nuestra idea: el imperialismo —que tanto el Reich como la U. R. S. S. representan hoy— desemboca ininterrumpidamente en la guerra. Por lo que no hay otra solución que destruirlo, raerlo de la faz de nuestra tierra...

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

Como introducción al estudio de conjunto de los Estados bálticos (Finlandia y Polonia inclusive), hasta 1930, aproximadamente, es suficiente la obra de *Henri Montfort* “Les Nouveaux Etats de la Baltique”, París, A. Pedone, ed., 1933.

Para ampliar los diversos aspectos parciales esbozados en este artículo, consúltese:

Gordon East, “Geographie historique de l'Europe”. París, Gallimard, 1939.

Jean Cathala, “Portrait de l'Esthonie”. París, Plon, 1937.

René Puaux, “Portrait de la Lettonie”. París, Plon, 1937.

André Bossin, “La Lithuanie”. París, Rieder, 1936.

Jean Meuvret, “Le Territoire de Memel et la politique européenne”. París, Centre d'études de pol. étran., 1936.

Hugo Vitals, “La mer Baltique et les Etats de la Baltique”. París, Leviton, 1935.

Gabriel-Louis Jaray, “Offensive allemande en Europe: 7 mars 1936-7 mars 1939; essai d'histoire contemporaine”. París, Sorlot, 1939.

“Le traité germano-russe et les Etats de la Baltique”. Art. en la “Revue de Deux Mondes” (1-XI-1939), París.

“Les Etats baltes et leur vie sociale et économique”. Art. en la “Revue Economique internationale” (XI y XII-1939), Bruselas.

Santiago de Chile, abril de 1940.

Rudolf **ROCKER**

EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

VII

WILLIAM B. GREEN Y EL MUTUALISMO NORTEAMERICANO

MIENTRAS WARREN, ANDREWS y SPOONER se afincaban en la realidad de las condiciones americanas para el desarrollo de sus ideas económicas y políticas, estando muy influenciados por las tradiciones liberales del país, después de 1848 se desarrolló una nueva orientación, cuyas preocupaciones libertarias habían encontrado su punto de apoyo espiritual en las doctrinas del gran pensador francés PIERRE JOSEPH PROUDHON. Hay que notar que de todas las tendencias socialistas de Europa, solo encontraron en América un eco más fuerte que las escuelas autoritarias, aquellas que, de acuerdo a sus aspiraciones, estaban penetradas por principios más libres. Así encontraron las ideas de ROBERT OWEN y de CHARLES FOURIER, entre los auténticos americanos, una mejor comprensión que, por ejemplo, las pretensiones autoritarias de ETIENNE CABET, a pesar de los diversos ensayos prácticos de los cabetistas en ese país, ensayos que produjeron tanta expectación en el mundo socialista.

Las ideas de OWEN, no sólo incitaron a un hombre de la significación de JOSIAH WARREN al estudio del problema social, sino que encontraron también acceso en una serie de distinguidos americanos, como, por ejemplo, WILLIAM MACLURE, uno de los geólogos más importantes de América en aquél tiempo y co-fundador de la *Academia de ciencias naturales* de Filadelfia, el zoólogo THOMAS SAY, el DR. GERARD TROOST, el profesor NEEF, que había colaborado con el gran educador PESTALOZZI, FRANCES WRIGHT y algunos otros.

También el fourierismo encontró entre los elementos espiritualmente activos de América una considerable cantidad de adeptos. Fue trasplantado a Estados Unidos por el conocido americano AL-

BERT BRISBANE y encontró muchos partidarios, especialmente por la conversión de HORACE GREELEY, el fundador de la *Tribune of New York*. De otros importantes representantes del *fourierismo* en América, mencionemos además aquí a CHARLES A. DANA, PARKE GODWIN, autor del famoso escrito *Democracy: Constructive and Pacific* (1845), el poeta WILLIAM CULLEN BRYANT, el famoso orador WILLIAM H. CHANNING, T. W. HIGGINS y HENRY JAMES. También RALPH WALDO EMERSON, el poeta JAMES RUSSEL LOWELL, MARGARET FULLER y HENRY DAVID THOREAU estaban próximos a esas aspiraciones. Entre los ensayos prácticos del *fourierismo*, la *Brook Farm*, fue el episodio más interesante. Esa empresa nació del seno de aquél movimiento filosófico-humanitario que tuvo su punto central en Boston y fue conocido en los años 1830-40 como *Club de los trascendentalistas*. A ese círculo pertenecía toda una serie de hombres y mujeres que tuvieron en la historia intelectual de América un buen nombre, como EMERSON, THOREAU, NATHANIEL HAWTHORNE, JOHN S. DWIGHT, GEORGE y SOPHIE RIPLEY, ELISABETH P. PEABODY y muchos otros. El club mantuvo conferencias libres sobre religión, filosofía, política y reformas sociales y editó la famosa revista *The Dial*.

Bajo la influencia de RIPLEY y de algunos otros, salió de ese círculo el famoso *Instituto de la Brook Farm, para agricultura y educación*, cuya historia posteriormente fue descrita por JOHN THOMAS GODMAN, en su libro *Brook Farm: Historic and Personal Memoirs*. *Brook Farm*, publicó una revista propia, *The Harbinger*, y se componía exclusivamente de americanos. Era una época de ensayos sociales, fuertemente estimulados por el movimiento contra la esclavitud.

Después de la revolución de 1848 las ideas de PROUDHON encontraron una difusión considerable en América. Toda una serie de antiguos partidarios de OWEN y de FOURIER cayeron bajo la influencia del gran socialista francés. En 1848 escribió el entonces *fourierista* CHARLES A. DANA en la *Tribune*, una serie de artículos sobre PROUDHON y su *banca del pueblo*, que poco después, fueron reimpresos por WILLIAM H. CHANNING en *The Spirit of the Age*. También ALBERT BRISBANE fue vigorosamente atraído por las ideas de PROUDHON, a quien visitó en París, justamente cuando PROUDHON tuvo que pasar una temporada involuntaria en la prisión de Mazas. Pero ante todo fue WILLIAM B. GREENE el que más servicios prestó en la difusión de las ideas de PROUDHON en América.

WILLIAM B. GREENE nació en 1819 en Raverhill, Mass. Su padre, NATHANIEL GREENE, fue director del *Boston Statesman*.

GREENE se preparó primeramente para la carrera militar y acudió a la escuela de cadetes de West Point. En 1842 entró en la Harvard Divinity School y, después de la terminación de sus estudios, ejerció un tiempo la función de predicador en la iglesia de los Unitarios en West Brookfield, Mass. El interés de GREENE por los problemas sociales fue muy temprano, pero no sé cual fue el estímulo directo para ello. Tampoco se tienen noticias de que haya estado en contacto de algún modo con WARREN y su círculo. De todos los representantes distinguidos del anarquismo en América, fue el único que bebió en las fuentes europeas sus consideraciones políticas y económicas. Su primer escrito, *Equality*, un folleto de 64 páginas, apareció en 1849. No lo he visto nunca y por lo tanto no puedo juzgar si se advierte ya en él la influencia de PROUDHON. Pero es muy probable, pues su segunda obra, *Mutual Banking*, que apareció en 1850 y es el más conocido de todos sus escritos, y el que tuvo más ediciones, fue inspirada directamente por PROUDHON, e hizo de él el verdadero fundador del mutualismo americano.

GREENE fue un hábil y persuasivo orador que supo exponer de una manera sugestiva sus ideas. Elegido delegado a la *Constitutional Convention* de Massachusetts, que se reunió en 1853, para elaborar propuestas para una modificación, pronunció un brillante discurso en favor de la igualdad jurídica de la mujer. En el mismo año se fue a París, donde, según los datos de TUCKER, conoció personalmente a PROUDHON. GREENE permaneció en Francia hasta el estallido de la guerra civil americana. A su regreso desarrolló una viva actividad para difundir las ideas del mutualismo especialmente entre los obreros. Se ocupó mucho del problema de la reforma del trabajo y fue vicepresidente de la *New England Reform League*, una corporación que actuaba en el sentido de las ideas de PROUDHON. En 1869 fue presidente de la *Massachusetts Labor Union*. Cuando apareció en América la Asociación Internacional de los Trabajadores, se adhirió GREENE a la sección francesa, y propagó las ideas de la Internacional con la palabra y la pluma. Su debate con EDWARD ATKINSON, sobre el problema del Banco del pueblo, que tuvo lugar en Brookline, Mass., a comienzos de 1870, despertó gran interés y ocupó a la prensa un largo período.

La interpretación de GREENE sobre la solución del problema social coincide en lo esencial con la ideología proudhoniana, con esta diferencia, que él intentó adaptarla a las condiciones americanas y mejorarla allí donde le pareció conveniente. Lo mismo que PROUDHON, creía él que no hemos superado todavía la época del feudalismo, aun cuando se hayan modificado sus formas. También hoy paga el productor los diezmos al Estado, al latifundista, al propie-

tario de los medios de producción o al Banco que le adelanta el dinero que necesita para el trabajo al tanto por ciento. PROUDHON llamaba a ese sistema *canibalismo social* y lo ilustraba con estas palabras: Los obreros A, B, C y D, producen en el curso de un año para cuatro personas. Pero como a cada uno de ellos se le priva de una parte del producto de su trabajo, se limita su consumo solo a lo correspondiente a tres personas. En otras palabras: el capitalista se ha comido en el curso del año a un obrero.

Como su gran maestro, así creía también GREENE que un estado social sólo puede ser superado cuando el productor tenga garantizado el producto íntegro de su trabajo, es decir, cuando tenga la posibilidad de procurarse por el crédito mútuo, libre acceso a las necesarias materias primas y a los instrumentos de trabajo y pueda cambiar su producto, que ha creado él mismo o en comunidad con otros, contra un producto equivalente, de igual valor naturalmente en el sentido del coste del trabajo. El órgano intermediario de semejante intercambio lo constituye el Banco del Pueblo. Funciona mediante un nuevo signo, que no es medida de valor como el dinero actual, sino que simplemente reproduce el empleo de trabajo, es decir, un mero signo de cambio y nada más. Así pierde el llamado capital su fuerza productora de interés, y el producto resultante del trabajo personal o colectivo, no aumentará los ingresos ociosos de individuos o de grupos especiales, sino que retornará en beneficio de cada miembro de la comunidad.

GREENE acentuó más fuertemente el principio de la *asociación* de lo que lo hizo WARREN y singularmente SPOONER. También en esto se advierte en él la influencia de PROUDHON. WARREN, cuyos ensayos prácticos se adaptaban a las condiciones de los pequeños propietarios que producían independientemente y llevaban sus productos a la venta, se preocupaba ante todo de hacer de esa venta un intercambio equitativo, haciendo del principio del costo la base del precio, creando un medio económico de transferencia por el signo de trabajo, las *labor notes*, que hacían posible ese intercambio. Así como PROUDHON, reconoció que el dinero mismo no posee ninguna fuerza productiva, sino que tan solo llega a tener ese valor cuando —como sostenía GREENE— se convierte en *merchandise money* (moneda-mercancía), es decir una medida ficticia que no tiene por base el costo del trabajo, sino circunstancias artificialmente creadas, que garantizan a los propietarios, a los empresarios y a los banqueros, la posibilidad de enriquecerse a costa del trabajo. La monopolización de los medios de cambio por el Estado y los grupos privilegiados de la sociedad, les proporciona ante todo un efecto ventajoso y hacen de ese monopolio un instrumento

de usura y de explotación. La aniquilación del monopolio monetario y la introducción de un medio de cambio puro, que represente solo el precio de costo del trabajo, es el único fundamento de toda reforma social. Pero tal medio de cambio no está, por consiguiente, expuesto al ascenso y a la caída de los precios de los metales nobles (oro y plata) y conserva su estabilidad, que solo cambia con el desarrollo de la capacidad de producción.

El principio, pues, es el mismo en WARREN y en PROUDHON. La diferencia entre ambos resulta solo de la diversidad de las condiciones ambientales en que vivían. PROUDHON vivía en un país en que la división del trabajo hacía necesaria una cooperación en la producción social, mientras que WARREN tenía que vérselas predominantemente con pequeños productores individuales. Por esta razón acentuaba PROUDHON el principio de la *asociación*, mucho más fuertemente que WARREN y sus adeptos, aun cuando estos no eran en modo alguno adversarios de ese principio.

GREENE, cuya actividad práctica se extendió exclusivamente a la parte oriental del país, económica y culturalmente mucho más avanzada que el territorio de los *pioneers* en el centro occidental, intentó, naturalmente, adaptarse al ambiente en donde desarrollaba su labor. Además en ocasión de su permanencia en París había conocido formas muy diversas del movimiento social. Aunque el golpe de Estado de Napoleón III, había puesto fin ya prácticamente a las *asociaciones obreras* cuando GREENE estuvo en Francia, no pudo menos de conocer la historia llena de sacrificios de esas organizaciones fundadas sobre el trabajo cooperativo, de las cuales había en Francia, antes del golpe de Estado, alrededor de dos mil. De ahí su posición en favor del principio de la asociación. Después de todo, la teoría del mutualismo no es otra cosa que el *trabajo asociado* cimentado en el principio del costo.

En la ligazón mútua de los hombres que sirve de base a toda vida social, GREENE, no reconoció ninguna limitación de la libertad personal, sino una garantía de esta, pues es por el lado de la solidaridad como recibe su verdadera significación. El individualismo es un elemento importante y necesario de nuestra vida, pero solo mientras recibe del socialismo un contrapeso eficaz. Individualismo sin el sentimiento de la ligazón social y socialismo sin libertad individual, son igualmente repudiables y llevan inevitablemente a las catástrofes política y sociales.

“Estamos pendientes todos de la ayuda mútua y dependemos moral, física y espiritualmente los unos de los otros. Lo que poseemos se lo debemos en parte a nuestras propias capacidades, pero

esencialmente a la educación y a la ayuda material que hemos recibido de nuestros padres, amigos, vecinos y otros miembros de la sociedad".

Así se convirtió el mutualismo en una síntesis de libertad y de orden y en base de nuevas condiciones sociales de vida, que pueden ensancharse en el mismo grado en que sean restringidas las funciones del gobierno. La reducción del poder de Estado se convierte así en termómetro de la libertad humana, hasta que finalmente llegamos a un estado de cosas en que la función de gobernar se disuelve en una administración, en la que todos están igualmente interesados.

"El mutualismo obra según toda su naturaleza para hacer superfluo el gobierno, que está fundado en la violencia arbitraria. Con otras palabras: lleva a una descentralización del poder político y a una transformación del Estado, que suplanta por el autogobierno, que en el futuro ocupará el puesto de un aparato de gobierno especial y existente junto a la sociedad".

Fue mérito especial de GREENE el intento de abrir camino a esas ideas en el movimiento obrero, para prevenirle contra el peligro de interpretar el problema social como un mero problema de salarios. El hecho de que no haya tenido una fortuna especial en ello, no fue culpa suya. Sin embargo ha influenciado con sus interpretaciones a un número no insignificante de hombres en el país. Se fue en 1873 a Inglaterra, donde ha muerto el 29 de mayo de 1878.

GREENE fue un escritor bastante fecundo y ensayó también como poeta. Además escribió sobre diversos asuntos que no interesan para los fines de este estudio. De sus obras sobre el problema social nombrémos aquí: *Equality*, 1849; *Mutual Banking*, 1850. Este volumen tuvo varias ediciones y fue reeditado aún en 1895 por HENRY COHN. *The Sovereignty of the People*, 1868; *The Fact of Conciousness and the Philosophy of Herbert Spencer*, 1871; *Blazing Stars with an Appendix of the Jewish Cabbala, also a Tract on Herbert Spencer and the New England Transcendentalists*, 1872; *A Letter to the Rev. H. W. Foote, in Vindication of the poor Class of the Boston Working Women*, 1873; *International Address, an elaborate, comprehensive and very entertaining Exposition of the Working People's International Association*, 1873; *Socialistic, Communistic, Mutualistic and Financial Fragments*, 1875. Después de su muerte aparecieron además: *Three Vows*, 1881; *Reflections and Modern Maxims*, 1886, y *Glaudburts at Twilight*, 1888.

El problema de la moneda desempeñó en la época de la actuación de GREENE un papel especial. Durante la guerra civil el Gobierno emitió un papel moneda, las llamadas *Greenbacks*, cuyo nombre se dió por el dorso verde de las notas. Esa moneda que emitió el Gobierno para hacer frente a sus enormes gastos durante la guerra, tenía supuestamente el valor de un dólar oro, pero cayó pronto en el cambio, de tal manera que en el verano de 1864 tres *Greenbacks* equivalían por su poder adquisitivo solo a un dólar oro. Al terminar la guerra, el gobierno se dispuso a pagar sus deudas, aumentaron nuevamente las *Greenbacks* su cotización, pero cuando en 1873 comenzó la gran crisis de las finanzas, se esparció el rumor de que los banqueros y accionistas del país se habían conjurado para hacer caer la cotización de las *Greenbacks*, y que querían comprar las obligaciones del Estado con las notas desvalorizadas, obligando después al Gobierno a cambiar esas obligaciones por su valor nominal en oro. La excitación que surgió en el pueblo al respecto llevó en 1874 a la fundación del llamado *Greenbacks Party*, que durante un tiempo tuvo mucha popularidad. El nuevo partido exigía el retiro de las notas del Banco Nacional y la declaración del papel moneda como único dinero cotizable, con lo cual todas las deudas podían ser satisfechas con beneficio. El partido encontró primeramente sus adeptos en los círculos de los agricultores y de los pequeños comerciantes, pero ensancho en 1877 su programa, a consecuencia de la afluencia de mayores masas obreras y se llamó desde entonces *Greenbacks Labor Party*: Después de las elecciones presidenciales de 1888, desapareció de la superficie. Sin embargo su aparición mostró cuán hondamente estaba interesada entonces América en una reforma de la moneda. Naturalmente las aspiraciones de los *Greenbackler* no tenía nada que ver con la idea de un sistema bancario mutualista, aunque es innegable que debían a sus partidarios alguno de sus argumentos.

El problema monetario y la idea del crédito libre encontraron, pues, entonces, un terreno favorable e influyeron sobre muchos de los mejores elementos de este país. Hubo por ejemplo un HUGO BILGRAM, de Filadelfia, que durante toda su larga vida, trabajó incansablemente por las ideas mutualistas. BILGRAM escribió *Involuntary Idleness*, 1889, y *A Study of the Money Question*, 1895. Su libro, *The Cause of Business Depressions*, que editó junto con L. I. LEVY, pertenece a las contribuciones más importantes que se hayan escrito sobre ese asunto.

HENRY APPLETON, un colaborador laborioso del *Iris World*, publicó allí una serie de artículos preciosos. Su escrito *What is*

Freedom and when am I Free?, es un ensayo ingenioso para dar al concepto de la libertad un fundamento racional. El trabajo apareció a mediados de la década 1870-80 y fue reeditado en 1888, por B. R. TUCKER.

Un puesto especial en ese movimiento fue ocupado por CHARLES T. FOWLER, que en 1870-80 publicó los dos libros siguientes: *The Labor Question: what it is, and the true Methods of its Solution*; y *Land Tenure: and Essay showing the governmental basis of land monopoly, the futility of governmental remedies and a natural and peaceful way of starving out the landlords*. FOWLER fue en el decenio 1880-90, redactor de *The Sun*, un quincenario de Kansas City, que se declaró ardientemente por la cooperación. Publicó allí toda una serie de artículos, de los cuales la mayor parte fueron impresos en folletos después. Los más importantes de esos trabajos son: *Cooperation, its law and principles: An Essay showing Liberty and Equity as the only conditions of true cooperation and exposing the Violation of these conditions by Rent, Interest, Profit an Majority Rule; Cooperative Homes: An Essay showing how the Kitchen may be abolished and the Independance of Woman secured by severing the State from the Home, thereby introducing the voluntary Principle into the Family and all its Relationships; The Reorganisation of Business: An Essay showing how the Priciples of Cooperation may be realized in the Store, the Bank and the Factory; Prohibition: An Essay on the relations of government to temperance, showing that prohibition cannot prohibit and would be unnecessary if it could; Corporation: An Essay showing how the monopoly of railroads, telegraphs, etc. may be abiloshed without the intervention of the State*.

Especial atención merece EZRA HEYWOOD, que ha sido largos años campeón combativo de esa tendencia y fue expuesto a más de una persecución, que hizo conocido su nombre en todo el país. HEYWOOD, un hombre de vieja cepa americana, fue amigo personal y discípulo de WARREN, el cual, particularmente en los últimos años, vivió a menudo en su casa. HEYWOOD tomó parte a fines del decenio 1860-70, muy activamente, en el naciente movimiento obrero y fue en 1869 presidente de la *New England Labor Reform League*, en la que también actuaba entonces mucho WILLIAM B. GREENE. En 1872 fundó en Princenton, Mass, la revista *The Word*, que apareció por más de veinte años, y en la cual encontraron las ideas libertarias una sugestiva y hábil defensa. De sus numerosos trabajos literarios mencionemos: *Yours or Mine. An Essay to show the true Basis of Property and the Causes of its inequitable Distribution*, 1869; *Hard Cash, an Essay to show that financial Mono-*

polies hinder Enterprise and deiraud both Labor and Capital; and that Panics and Business Revulsions will be effectuaally prevented only through Free Money, 187—. En ocasión de la gran huelga ferroviaria de 1877, que había alcanzado a diecisiete Estados, y en algunos lugares, especialmente en Saint Louis, se desarrolló como rebelión franca, en la que numerosos obreros fueron muertos, escribió HEYWOOD en la *Radical Review* el artículo *The Great Strike, its Relation to Labor, Property and Government*, que en el mismo año apareció también en folleto especial.

HEYWOOD se declaró enérgicamente en favor de la liberación de la mujer y por el control de la natalidad, por ejemplo en su ensayo *Incivil Liberty, an Essay to show the Injustice and Impolicy of Ruling Woman without her Consent*, 1873. Por la edición de dos escritos *Cupid's Yokes* y *Sexual Physiology*, fué procesado varias veces y llevado a la cárcel en base a la ley *Comstock*, contra la difusión de escritos inmorales. Informes sobre sus procesos, que tuvieron entonces mucha repercusión, aparecieron en 1878 y 1883. Las últimas acusaciones contra él en base al mismo delito movieron a JULIAN HAWTHORNE a la redacción de su ensayo *In Behalf of Personal Liberty*, 1891. El hecho de que esas cosas hoy puedan ser impresas libremente en Estados Unidos, no es solo una prueba del cambio completo de la llamada opinión pública en este país, sino que testimonian también sobre la infecundidad de la ley para establecer para el futuro determinadas opiniones.

Muy próximos a las ideas de los anarquistas individualistas y de los mutualistas americanos estaban también MOSES HARMAN, su hija LILLIAN y E. C. WALKER, los cuales, sin embargo, limitaban su actividad casi exclusivamente a la propaganda de la libertad sexual. HARMAN fue autor del escrito *Autonomy, Self-Law: What are its Demands? A brief Exposition of the basic Principles of Individualism in its Relation to Society and Government*. HARMAN fue editor de la conocida revista *Lucifer*, fundada hacia 1885 en Valley Falls, Kansas; apareció más tarde en Topeka y finalmente en Chicago y mantuvo su existencia por casi veinticinco años, aunque su editor y colaboradores, HARMAN mismo, D. M. BENNETT y E. C. WALKER estuvieron expuestos a repetidas persecuciones.

Un inteligente representante del mutualismo fue también J. K. INGALLS, que ya en la década 1870-80, se distinguió por sus trabajos: *Economic Equities. A Compend of the natural laws of industrial Production and Exchange; Land and Labor, their rela-*

tion in nature — how violated by monopoly, 1887; *Periodical Business Crises, their Cause and Cure*, 187-; — *Work and Wealth*, 1887; Su mayor libro: *Social Wealth. The sole factors and exact ratios in its acquirement and apportionment*, 1885, fue reeditado más tarde por TUCKER. También W. H. VAN ORNUM merece ser mencionado aquí, autor de *Fundamentals in Reform*, 1896, y *Why Government at all?*, 1894.

Nueva York, 1940.

En próximos números publicaremos colaboraciones de:

MIGUEL PEYDRO CARO, abogado y publicista: *Los sucesos de marzo en Cartagena*. — WENCESLAO CARRILLO, miembro del Consejo de Defensa de Madrid: *La verdad de lo ocurrido en Madrid*. — JUAN LÓPEZ, ex-ministro de Comercio de la República española: *El movimiento obrero y la nación española*. — JOSÉ ASENSIO, General del Ejército español. — ENRIQUE ESPINOSA, escritor: *Ignacio Silone y la verdad*. — F. CARMONA NENCLARES, crítico y ensayista. — VÍCTOR LACALLE, Coronel de Ingenieros. — JUAN ANDRADE, escritor y periodista.

José GABRIEL

ACLARACIONES a la CULTURA

ESPAÑA AL REVES

ESA España que con la unificación de los Reyes Católicos se consolida y con las correrías de Carlos Vº adquiere su máxima grandeza, no es verdad. La grandeza auténtica de España es anterior a la unificación y centralización del siglo XVº, y su decadencia real comienza ahí, donde se señala su ascenso. Sólo que ocurre lo siguiente: a fines del siglo XVº, con su incorporación al clasicismo por la doble vía católica y renacentista, España se convierte en lo que hasta entonces no había sido ni durante la ocupación romana, en una nación romántica más, en una nación europea clásica; y como es el clasicismo nacional y extranjero el que luego escribe su historia, invierte los valores, naturalmente, para justificar la preferencia de los propios. Y así se vuelve España del revés.



Los profesores españoles y extraños tienen que enseñar que la unificación y centralización política de un pueblo es su salud, y la romanización de su estética su belleza. Tienen que enseñarlo, al comienzo porque ese es el interés del Estado a que sirven, después porque es lo que saben. Y como acontece siempre, de la necesidad particular se hace un principio universal, y las generaciones se suceden cada vez más engañadas. Los vencedores inculcan la

ley y los aprovechadores la verdad. Peores, desde luego, los aprovechadores que los vencedores; peores los profesores que los milites. Siquiera, los soldados no ocultan las armas.



Hay que volver a poner cabeza para arriba a España. Por lo pronto, España no es Europa, es Iberia, que confina por el Norte con los Pirineos y por el Sur con el Sahara, hoy desierto, un tiempo mar. Luego, la invasión árabe que sufre en el siglo VIII^o no es tal invasión, sino un retorno nacional ibérico con la visita de unos primos árabes. Llegan por primera vez los árabes, que son primos y son pocos, y regresan los iberos, a rescatar a su España de los invasores —esos sí, invasores— románico-godos. Y con este regreso reaparece la antigua maravilla ibérica, Eldorado de Europa, para ser durante seis siglos: la tierra más rica en minerales valiosos, el pueblo más industrial, más instruido y más deportivo, y la nación menos agresora y más tolerante. Cuando Europa vivía del asalto, en España había una industria y un comercio florecientes; cuando en Europa adquiría rango de nobleza el hombre que poseía un caballo (de ahí los caballeros) en España todas las gentes tenían caballos y burros; cuando en Europa no sabían leer más que los clérigos (los doctos) en España no existían analfabetos; cuando Europa destruía o sepultaba los viejos manuscritos, en España se formaban bibliotecas copiosas que custodiaban la vieja sabiduría mundial; cuando Europa ardía en la intolerancia religiosa, en España convivían alegremente todos los credos; cuando Europa se despotizaba en las formas feudales, monárquicas o imperiales, en España se desenvolvía naturalmente la república con una monarquía constitucional; cuando Europa se centralizaba violentamente, España era una federación. Había esclavos en Europa, y en España no; se hacía clásica Europa, y España subsistía popular; se aristocratizaba Europa, y España permanecía llana. En Europa se construían castillos, palacios y catacumbas; en España había monumentos y moradas alegres. Europa (excepto las Galias, antes de romanizarse del todo) remedaba literariamente a los clásicos, y España

daba un torrente de poesía nueva, popular, humana. La primera estipulación del código caballeresco español, era saber nadar.



Desgraciadamente, la Reconquista (esa fue la verdadera reconquista, la de los iberos) no abarcó todo el territorio español: quedaron en el Norte grupos de godos y de romis que, con el estímulo y con el auxilio directo o indirecto de una Europa enemiga de España, reanudaron simbólicamente desde una cueva la conquista de la Península y, aunque demoraron algunos siglos en la empresa (los que Europa demoró en imponer su renacimiento clásico) la concluyeron finalmente con el remache de los Reyes Católicos, remache que los vencedores, para justificarse, llamaron Reconquista. En seguida, un despliegue escenográfico, la dilapidación de la riqueza nacional, y el derrumbe a pique. ¿Por qué un derrumbe tan inmediato y tan vertical, si allí comenzaba el ascenso impetuoso? No hay ejemplo de una despoblación tan veloz como la de España en el llamado Siglo de Oro. Y allí se viene al suelo todo lo demás que hacía la dicha española: su mineralogía, su agricultura, su industria, su comercio, su banca, su higiene, su deporte, su tolerancia religiosa, su libertad política; y se quiebra su flamante escenografía: los tercios dueños de Europa, el imperio mundial. Las creaciones que aun se registran —el misticismo, la picaresca, Lope, Cervantes, Tirso, el barroco— son resabios iberos, a contramano de España y de Europa. ¿Por qué una caída tan súbita y tan completa? Porque no era un pueblo que surgía, sino un pueblo que acababa de ser abatido y, como el Cid, aun ganaba batallas después de muerto.



En Iberoamérica se moteja de gallegos y de godos a los españoles. No es un hecho de la inmigración del siglo XIX. En las guerras de la Independencia, en la Revolución y antes, corrían los mismos motes. Son los motes que los árabes aplicaban en la Península

a los habitantes del Norte, a los que guarecían al invasor europeo. Y se repitieron y se repiten en América (el de gallego aun no ha desaparecido de Madrid) no por remedo árabe, que no tendría sentido, sino porque los españoles llanos que vinieron a América eran los mismos que en la Península reconocían al enemigo en el godo, en el romi, en el que había huído hacia el Norte, corrido por la Reconquista ibérica, y refluó más tarde hacia el Sur.

★

San Martín, que nació en América, que empezó a actuar en Orán y que se hizo en la guerra típica española de la independencia, era ibero, y por eso, de regreso en la patria, fue el primero en reconocer al gaucho desdeñado por todos, de Belgrano abajo —al gaucho, al hombre llano— y el que les hizo la guerra victorioso no a los españoles, sino a los “godos maturrangos”, máxima expresión de su ira contra los enemigos de América.

★

Godos: los auxiliares de la invasión romana. *Maturrangos*: que no sabían andar a caballo.

VIRGILIO, CLASICO EJEMPLAR

MIENTRAS el poder eclesiástico reemplaza en Italia al poder laico, los italianos imperialistas mantienen viva su ambición bajo el símbolo de Virgilio. Es el poeta nacional y el cantor del Imperio. Poeta nacional, entiéndase, no porque traspire amor a las gentes de casa ni a la tierra (ese amor no era clásico, no era nacional) sino porque consagra en mitos las formas jurídicas de la nación romana. Los italianos lo leen, y hallan en él la emoción del imperio que perdieron y esperan recuperar. La ENEIDA es su breviario nacional durante la Edad Media. Tanto, que la Iglesia, diplomática (y romana, al fin) resuelve adoptar a Virgilio como un precursor. El

pretexto, una obsequiosidad del poeta con un magnate cortesano, que la Iglesia transforma en un vaticinio de Cristo.

★

Por eso, por poeta nacional y cantor del Imperio, se hace acompañar de él en el otro mundo Dante, italiano católico, desde luego, pero sostenedor del Imperio de Roma. La generalidad cree que el poeta toscano busca por compañero y por guía a otro poeta. No es así. Escoge al liróforo de los ocios cortesanos de Augusto, al cantor imperial, al que le dio al Imperio romano, si no un sentido divino, un origen divino, aun a costa de cierta deshonestidad divina. Ese y la inspiración teológica de Beatriz lo conducen derechamente entre los hombres, después de haberse visto extraviado en medio de ellos.

★

Lo mismo que Dante —evocar el Imperio romano en la persona de su cantor— hizo diez años atrás al fascismo italiano al celebrar con pompa el segundo milenario de Virgilio. Y lo mismo las Universidades que fuera de Italia se sumaron a la celebración.

★

Dicen los llamados hombres de cultura, que Virgilio es un gran poeta clásico. Sin duda. El siglo XVIII^o lo elevó sobre Homero y, aparte de ser un siglo classicista, tuvo razón. Es más clásico que Homero, es el poeta clásico por excelencia. Pero ya sabemos lo que decimos al decir *clásico*. Es el poeta absolutamente artificial, poeta sin inspiración propia (toda su obra no es más que una imitación de Hesiodo, de Homero y de Teócrito) y de uso político. Lo usa en vida Augusto y lo usan muerto el imperio romano, luego el nacionalismo italiano y por último el profesionalismo con tienda abierta. Siempre con él en el mostrador la clase y sus sucedáneos. ¡Cómo no había de ser un gran poeta clásico! El poeta clásico ejemplar. No hace falta ni leerlo, por supuesto. Basta esgrimirlo.

UN PROBLEMA DE DIGNIDAD

LA música de Wagner — típica de la unidad alemana — tiene un problema: el de su humanidad. Está la escenografía, falta la plástica humana. Reúne elementos intelectuales, no es una creación estética.



El problema de la música italiana del siglo XIX^o es otro: es un problema de dignidad. El problema de Italia. Está la fioritura, rara vez la gracia. Está el sentimentalismo, nunca la sensibilidad. Hay piruetas de payaso, nunca saltos atléticos. Ascende con Rossini el castillo de naipes, y se desmorona con Puccini. Rossini, el pícaro, Puccini, el ebrio sentimental.



Italia posee una música graciosa (desdichadamente nunca digna de veras) que va de Palestrina y Corelli, encantadores, hasta Pergolesi, Scarlatti y Vivaldi, casi hasta Cimarrosa. Rossini determina en los comienzos del siglo último su pintarrajeo (no lo inicia, pero lo determina) que corre por el ancho conducto de Verdi hasta Puccini, salvándose apenas en Donizetti.



¿Qué pintarrajeo es ese? El pintarrajeo burgués. Se abre el siglo de la burguesía y se inaugura el abaratamiento del mundo. Abaratamiento a veces benéfico; nefasto en las artes, sobre todo en la poesía y en la música. Abaratamiento, no. democratización, como se quiere hacer pasar. El canto llano es democrático y es la única música perfectamente digna. Aburguesamiento, que muy a menudo es encarecimiento: mayor precio, calidad inferior, para el aumento del tonelaje. Se disfrazan los problemas: la DAMA DE LAS CAMELIAS es una injusticia social y resulta un caso clínico. Se convierte la sátira en bufonada: el BARBERO DE

SEVILLA es un estiletazo a una educación inhumana y resulta un amorío carnavalesco. Se divide el mundo en centros dirigentes y alrededores turísticos: AIDA provee de mascarada histórica a los segundos. Se poetiza la esclavitud rural, se fomenta la conformidad urbana, se moderan las pasiones, se agita, para que sea menos claro, el pensamiento... Un orbe de trampa y cartón. No hay que tocarlo. Se mira con catalejos, para que aparezca fraccionado. Y se le oye con la técnica de la frivolidad: el "bel canto", sin gallos ni pifias, sin vida. La dignidad sacrificada por el halago sensual. El tendero que va a soñar, el rentista que va a hacer la digestión. El ministro que apura el decreto sobre esa maldita huelga de albañiles, para llegar cuando menos a la romanza del tercer acto. Los potentados que van a lucir sus mujeres (su carne) y sus mujeres que van a lucirse y a lucir sus joyas en una sala fastuosa a la que da el arte lírico, tan hábil, que ni exige atención comúnmente.



Hay en el mercado un disco que tiene impresa por una faz una romanza de LA FUERZA DEL DESTINO (la tragedia transformada en artículo de bazar) y por la otra SE TU M'AMI de Pergolesi. Las dos piezas las canta Claudia Muzio, campeona operística. Son el anverso y el reverso de un cantante: en la romanza verdiana, los gritos de efecto, en el aria de Pergolesi la gracia. Eso, porque la romanza de Verdi es el fraude del mercader. Como en los compositores operísticos, en los cantantes del ramo el éxito está en razón inversa de la dignidad. Por eso atesta el Scala, el Colón o el Metropolitan Lily Pons y tiene que "descender" a la música de cámara Ninón Vallín.



Letra (el "toreador", un símbolo) música y ejecutantes, todo es híbrido en la ópera italiana del siglo XIX^o (y en la que le obedece fuera de Italia). No falta arte en ella, falta dignidad. Después de haberla excomulgado el modernismo musical, viene Stravinski,

extremo modernista, y pretende rehabilitarla: Verdi, dice, ¡oh!... Un triunfo para los operistas. Sí, Verdi (que hubiera sido otra cosa si se hubiese atendido a LOS LOMBARDOS) es un experto técnico. Pero el problema italiano no es de técnica, es de dignidad. (El problema del expresionismo de PETRUCHKA justamente). Oigase el *scherzo* de la 8ª beethoveniana: un Rossini anticipado; pero un Rossini digno. (Un Puccini con dignidad, ya es más difícil). Y no es disculpar a Beethoven.



¡Y pensar que hemos vivido toda una época de la ópera italiana! Vivido y en qué forma: con la convicción de que la ópera italiana, por la que se ha pagado los mayores precios artísticos de la Tierra (ahí está, el abaratamiento que aumenta el costo) era la suprema expresión del arte, sólo discutida por los wagnerianos, esos devotos de otro inmenso fraude artístico.



Existente aún la burguesía que hizo posible ese género horroso (al menos, la opereta y la zarzuela nadie las tomó nunca en serio) no hemos superado la etapa vergonzosa. Que el fascismo no es realmente un movimiento renovador italiano, lo revela el hecho de que permanezca aficionado a la ópera. ¿No fue Nerón, por otra parte, uno de los primeros cantantes, libretistas, compositores y directores de ópera? ¿No lo fue Virgilio también? Cuando el mundo supere esta etapa burguesa, habrá que exhibir en un museo de rarezas al libretista de ópera, al compositor, al virtuoso del "bel canto"... y al asiduo del paraíso del Scala o del Colón. Los de la platea y los palcos no creían en la ópera ni en nada.



Las excepciones, el día del juicio final.

LOS PATRIOTAS Y LOS OTROS

CUANDO en la escuela se le habla al niño de los "patriotas" de Mayo y se le incita a respetar el orden político y social imperante en el país para ser buen "patriota", el niño identifica naturalmente uno y otro patriotismo y cree que los patriotas de Mayo respetaron el orden político y social imperante, o que los patriotas de ahora son grandes y venerables como aquéllos, o las dos cosas a la vez, lo que colma los propósitos de la "buena" educación. Es uno de los tantos lazos que el cazador le arroja al chivo. Oigamos a Chesterton:



Una novela de Dickens revela cierta manía inglesa y americana, especie de locura, que "consiste en creer que el buen patriota es el hombre que está tranquilo respecto a su país. Esta noción del patriotismo era desconocida en las pequeñas repúblicas paganas en las cuales tuvo origen nuestro patriotismo europeo, siendo desconocida también en la Edad Media. En el siglo XVIIIº, en que se formó la política moderna, un *patriota* era un descontento; la palabra se oponía a *cortesano*, que designaba a un celador del orden establecido. En los demás países modernos, especialmente en algunos como Francia e Irlanda, donde ha habido que luchar con dificultades reales, la palabra *patriota* designa algo así como un *pesimismo político*".



Apenas es necesario añadir nada, aunque históricamente habría muchos datos curiosos para ensartar. Limitándonos a la Revolución francesa, cuyas formas fueron tan imitadas por los revolucionarios iberoamericanos, recordemos que el grito de alarma de Desmoulins a la multitud congregada en vísperas de la toma de la Bastilla en los jardines del Palais-Royal, lo dio a los "patriotas", contra las maniobras antipopulares del rey; y que en todo el curso de la gran Revolución (lo mismo que en las posteriores luchas de la restauración borbónica) no sólo se distinguieron entre sí los bandos enemigos con las denominaciones de "patriotas" y "rea-

listas", sino que los realistas insultaban a sus enemigos llamándoles "patriotas". ¿Quiénes eran allí los realistas? Los cortesanos, los conformes con la situación política y social del país. Y ¿quiénes los patriotas? Los otros, los burgueses, los hombres de la calle, los descontentos y, por lo tanto, opuestos a los cortesanos; los revolucionarios, en fin. No se les decía ni se decían "revolucionarios"; se les decía y se decían "patriotas", al menos en los primeros momentos, en aquellos en que aun no había lucha entre los mismos patriotas y no era preciso distinguir en ellos los "revolucionarios" de los meros "descontentos". Tan significativo de la oposición a los realistas fue el término "patriota", que hasta el Duque de Orleans lo adoptó públicamente al declararse revolucionario y prenderse la escarapela tricolor republicana.

★

De Francia pasó el nombre a América al estallar aquí la Revolución emancipadora, si es que los americanos, como los españoles, no lo conocían ya de la tradición que lo transmitió a los franceses. Y así se llamaron en todo Iberoamérica patriotas los opositores al régimen "colonial", y realistas los sostenedores del mismo, los cortesanos, los "celadores del orden establecido". Los que después se apropiaron los frutos de la Revolución, se apropiaron también el nombre de los revolucionarios, y fueron y son los patriotas, a pesar de que se convirtieron rápidamente en los "realistas" sin rey, en los cortesanos, en los celadores del orden establecido. Pero ya vemos que los patriotas son los otros.

★

La indicación "los otros" puede prestarse a confusiones, es cierto. Se libra de un lazo al chivo y se le revolea otro. Pero, como la aclaración honesta ha de ser para todos, recordemos este otro hecho histórico: la bandera roja (esgrimida por primera vez por los republicanos en las revueltas parisienses de 1832 contra el régimen de Luis Felipe) es la enseña que la burguesía izaba al tope de la torre municipal, en señal de represión. La izó en la Revolución francesa también, al largarse a las calles de París los descamisados.

Juan Antonio SALINAS

B O L I V I A en la E N C R U C I J A D A

El pasado día diez de marzo se han celebrado elecciones en Bolivia, en las que — naturalmente — ha salido elegido Presidente el general Peñaranda. Las elecciones han constituido, desde un punto de vista democrático, una verdadera vergüenza. El bochorno es mayor para el general Quintanilla, que una vez y otra había empeñado su palabra de militar — a priori, pues, "caballeresca" — garantizando que el comicio electoral sería celebrado en una atmósfera de máxima libertad y respeto para los derechos ciudadanos. Según tradicional costumbre en tales casos, las palabras se las ha llevado el viento, con honor y todo, como si en vez de un caballero hubiese sido un simple burrero — según la feliz expresión unamuniana — quien la hubiese pignorado. Charrascos y charreteras siguen aherrojando, por consiguiente, a la ciudadanía boliviana...

Sin embargo, algo extremadamente interesante se ha producido en el altiplano. Un intelectual, recién llegado del exilio, propuesto inicialmente como candidato popular por meros elementos estudiantiles y universitarios, ha aglutinado toda una compleja y entusiasta corriente de opinión, no solamente intelectual sino obrera, artesana y mesocrática. Y, a pesar de haber renunciado expresamente a la elección, por motivaciones respetables que hemos de conocer en su momento, el movimiento popular ha sido tan significativo que las oligarquías económicas y castrenses han creído necesario resucitar las mañas consuetudinarias, obligando a desaparecer de escena al candidato presidencial, a los que para las elecciones a diputados habían designado las organizaciones populares, e incluso a los elementos intelectuales puros, patrocinadores de la candidatura mencionada. Carentes de toda garantía, todos se han visto

obligados a ocultarse un buen período, para no estorbar el consabido "pucherazo", alcanzando, a pesar de ello, una lucida votación, y habiendo tenido en jaque y preocupado hondamente a los hasta ayer señores incontrastables de la "opinión" boliviana. El hecho es altamente significativo, no por el resultado más o menos halagüeño de una votación — cosa en sí misma harto despreciable — sino porque significa la entrada en el escenario político y social de aquel país de un nuevo movimiento de tipo democrático, que irrumpe en el estadio de la vida nacional con notorio brío y con una sólida fundamentación ideológica, que abre todo un mundo de posibilidades.

Catalizador de ese movimiento, como figura simbólica libremente designada para representarlo en este primer tanteo que eran las elecciones recientemente celebradas, es el docto profesor de Sociología D. José Antonio de Arze, hasta hace poco compañero nuestro de exilio en Chile. Durante una buena temporada hemos mantenido una sólida amistad con él, cimentada no sólo en nuestra análoga calidad de desterrados sino por una visión común, depurada de muchas telarañas e ilusiones a golpes de adversidad, de las posibilidades constructivas reales en una etapa de las características de esta en que nos ha cabido en suerte trabajar por los ideales de justicia y libertad. El es uno de los más activos inspiradores de un folleto extraordinariamente interesante, que hace poco fue puesto en circulación, analizando el momento político boliviano y las directrices para la organización de un movimiento nacional de izquierdas, que es el que tan brillantemente ha entrado en acción allí. El folleto a que aludimos es un documento político que produjo en nosotros una muy viva sensación. A nuestro entender, será raro que nunca se haya lanzado un movimiento con más sólida preparación y sobre un análisis más concienzudo de las realidades objetivas y subjetivas de un país y de una época, que el del grupo del Frente de Izquierda boliviano, hacia la formación del Partido Único de Izquierdas de aquel país. Sobre él como base, y el recuerdo de nuestras frecuentes y deleitosas conversaciones con el inolvidable amigo y compañero, más la documentación de última hora que hemos recibido — inédita aún al hilvanar estas notas — creemos interesante ofrecer a los lectores de TIMÓN una panorámica del momento político boliviano, en el que está germinando la posibilidad de un futuro más digno que el normalmente vivido en la República hermana.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS — EL IMPERIO "SOCIALISTA" INCAICO

Dos o tres cifras bastan para dar idea del drama boliviano. Ese país nace a vida independiente en 1825, con casi tres millones de kilómetros cuadrados de extensión. Actualmente apenas pasa de un millón. Todos sus vecinos han hecho botín de él en uno u otro momento de su historia. El Brasil le arrebató 490.000 kilómetros. El Perú, 250.000. Chile, 170.000. El Paraguay, en fin, 245.000. Con todo, tal vez no sea esta la faceta más dolorosa de su drama. Mas para enfocarlo debidamente son indispensables algunos esclarecimientos históricos, que vamos a resumir con la mayor brevedad posible.

La Bolivia precolombina era una parte integrante del Imperio del Tahuantinsuyo, que, entre los siglos XII y XV, abarcaba más de cuatro millones de kilómetros cuadrados de extensión y unos doce millones de habitantes. La estructura político-social del Imperio ha sido uno de los temas más interesantes que se le pueden presentar al investigador enamorado de este tipo de problemas. Para Baudín, era un estado socialista. Para Haya de la Torre o Mariátegui, la organización aquella podía ser considerada comunista, sin disputa. José Antonio Arze ha hecho un nuevo y severo replanteamiento del tema, en la Universidad de Chile, estableciendo que la sociedad incásica era un sistema de planificación semi-socialista de Estado, con clases perfectamente definidas, desarrollado sobre una economía de pobre técnica y de carácter esencialmente agrario.

La base de esa organización social era el *ayllu*, institución de tipo comunal agrario, que es lo que ha inducido a error a otros tratadistas, confundiendo un colectivismo primario con el verdadero socialismo. Pero el *ayllu*, de una antigüedad milenaria, no excluye la existencia de una clase dominante — la de los incas y los sacerdotes — y de una enorme masa sojuzgada, los *hatunruna*, que no son proletariado, desarrollándose ambas en una tan rudimentaria técnica que aún ignoraba la rueda y la metalurgia del hierro. No existen, por consiguiente, las características de una sociedad comunista, tal como hoy la planteamos, imposible de realizar sin una técnica adelantada y una clase proletaria que vaya englobando a las demás, hasta eliminarlas o asimilarlas, sin lo que no hay Estado socialista. Aquella sociedad se caracterizaba por asegurar a la masa condiciones humanas de existencia, pues, despojada de lo que hogaño llamaríamos derechos políticos, era sin embargo, alimentada y vestida en condiciones convenientes, con lo que, a la postre, la situación de los desposeídos era harto mejor

que en el día, despojados igualmente de derechos y enteramente desvalidos en lo económico, abandonados a sus solas fuerzas.

LA CONQUISTA, LA INDEPENDENCIA Y EL SOMETIMIENTO AL CAPITALISMO

Los Conquistadores impusieron un tipo de sociedad feudal, transformando la economía boliviana de casi exclusivamente agraria en acusadamente minera. Se estableció el trabajo forzado de los indios en las minas — la odiosa institución de la *mita* — y el régimen de mayorazgos, que los desenraizó del *ayllu*, convirtiéndolos, por las encomiendas, en siervos de la gleba. El Rey y la Iglesia sustituyen al Inca y su sacerdotes, entronizándose una cultura feudal y teocrática, menospreciadora del derecho del nativo, por encima de la legislación, impregnada de un espíritu humanístico cristiano no compartido, generalmente, por quienes habían de aplicarla.

En el aspecto demográfico, se opera, asimismo, una revolución. El conquistador se mezcla con el nativo, y la diferencia de clases se dobla de otra étnica, caracterizada por la coexistencia de tres estratos: el blanco, el mestizo y el indio. Parte del mestizaje se incorpora a los privilegiados — españoles o criollos — y otra parte incuba el artesanado. El depotismo religioso cohibe la cultura, y de la colisión entre las ideas y los intereses de clase surge el movimiento de Independencia, que es una rebelión de los criollos contra el dominio peninsular. Más en manera alguna una revolución, sino una mera transmisión de poderes de los encomenderos y la alta burocracia real a los criollos. Los desposeídos siguen igualmente aherrajados, sobre todo los mestizos pobres y los indios.

Con la Independencia coincide un decrecimiento de la minería y una mayor importancia relativa de la agricultura. Durante largos años, asistimos a estériles y violentas convulsiones políticas interiores, en las que los privilegiados cuidan, ante todo, de no ceder una pulgada de sus "derechos". El imperialismo inglés, que comienza por dominar en América otros países geográficamente mejor situados, penetra también en Bolivia, a partir del auge de las explotaciones salitreras, causa de la guerra del Pacífico, con cuya pérdida coincide un nuevo resurgir minero. Los capitales bancarios acuden a nutrirse de las nuevas posibilidades de la industria extractiva y el desarrollo de los ferrocarriles, etapa de economía financiera que corresponde con el desenvolvimiento del partido liberal. En guerra con el Brasil, Bolivia ha de cederle los territorios

aptos para la producción cauchera, y se acentúa la servidumbre al capitalismo extranjero, en una lamentable pérdida de toda dignidad por el país, que termina viéndose semiasfijado, al ser desposeído de comunicación directa con el océano.

Como es sabido, la guerra mundial permitió a los Estados Unidos adquirir una prepotencia económica incontrastable en la mayor parte de América. Bolivia es arrastrada a la nueva servidumbre, que encuentra su instrumento en el Partido republicano, dirigido por Saavedra. Mediante una política "sabia" de empréstitos, el país pasa a ser un feudo de tales intereses, que explotan en su beneficio el estaño, el petróleo y otras riquezas, etapa bochornosa que desemboca en la guerra del Chaco, provocada por una colisión de ambiciones imperialistas. La Standard Oil, omnipotente en Bolivia, necesitaba una salida al río Paraguay, para sus pozos del E. del país. La Royal Dutch, detrás del Paraguay, quiso evitarlo. Y de ahí el sangriento conflicto que enlutó y arruinó a ambos pueblos. Esos intereses imperialistas, más otros subalternos, como los de los fabricantes de armas, mantuvieron la guerra, a cuyo fin se reafirmó la fuerza del capitalismo anglo-argentino en Bolivia, más los intereses paraguayos y brasileños, que también controlan una parte del país, creándose una situación angustiante y de aprobio, sin que el pueblo, desangrado, desilusionado y postrado, fuese capaz de reaccionar por sí sólo, con lo que se desembocó en un golpe militar que llevó al poder al coronel David. Toro. Tras una fraseología revolucionaria, la nueva situación no hace sino consolidar los nuevos intereses económicos preponderantes, y Toro es derribado por Busch, héroe del Chaco, sin que, en el fondo, cambie tampoco nada.

TRISTE BALANCE

Al instaurarse la dictadura en Bolivia, en 23 de abril del pasado año, — hemos escrito en otra ocasión — podía establecerse así el balance de 114 años de independencia: el país ha perdido tres quintos de su extensión. Demográficamente, cuenta con unos tres millones y medio de habitantes, de los que dos son indios; uno, mestizos, que vegetan en miserable condición en los centros urbanos de todas categorías, y poco más de trescientos mil, blancos y mestizos aristocratizados que pueden gozar de los beneficios de la civilización. Las minas son de los Patiño, Aramayo, Hoshchild y algunos otros, sin que el pueblo reciba más que ínfimos salarios y el fisco irrisorios ingresos. Las tierras, están en manos

de latifundistas, que cultivan solamente para sus necesidades, con métodos anacrónicos y a base de salarios de hambre, despojando sistemáticamente a los indios de sus tierras, mientras los agricultores modestos caen aplastados por el peso de los impuestos y las hipotecas. Todo el comercio y la industria están orientados con vistas a la tiranía de la exportación, que deja beneficios en un contado número de manos, sin ninguna preocupación por alumbrar nuevas fuentes de riqueza, como las industrias de transformación, que levanten el nivel medio de vida nacional. Análogamente los ferrocarriles, están orientados para las necesidades de la exportación de la minería, y ni siquiera se intenta construir las arterias de mayor importancia para la vida nacional, como el ferrocarril a Oriente, minado de separatismo, despreocupándose las oligarquías del riesgo cierto de sufrir nuevas desmembraciones nacionales.

Reflejo de esta desastrosa desorientación económica es el estado todo de la vida del país, cuyas tres grandes regiones naturales: la interandina, la amazónica y la del Plata, viven desvinculadas en forma tal que incluso amenaza la guerra intestina, mientras las finanzas, en estado deplorable, no permiten equipar la economía ni desarrollar la cultura, con índices verdaderamente espantables de pobreza y de analfabetismo, coronando tan pavoroso panorama un enervamiento de la moral pública, agudizado tras el derrumbamiento del Chaco, que puso en mortal trance de inercia incluso a la juventud, postración de la que Bolivia tiene que reaccionar a toda costa, si no ha de resignarse a desaparecer del concierto de los países civilizados.

LA VIEJA POLITICA Y LOS MILITARES

Al implantarse la dictadura en la fecha indicada, se constituyó en Santiago de Chile el Frente de Izquierdas Boliviano, que dirigió una carta-manifiesto al dictador, el coronel Busch, manifestándole su propósito de reunir un Congreso para luchar por la pronta constitucionalización del Estado. Se iniciaron así unas negociaciones, que fueron truncadas por la muerte del susodicho coronel, suicidado según se dijo. El ejército asumió de hecho el gobierno de la nación, encomendando la presidencia provisional al general Carlos Quintanilla, quien prometió solemnemente que devolvería al país cuánto antes la legalidad constitucional, convocando a elecciones presidenciales y de diputados para el 1º de marzo del corriente. Fiando en esa promesa, los emigrados polí-

ticos se reintegraron a Bolivia, a principios del mes de febrero pasado.

Las nefastas agrupaciones políticas tradicionales que la dictadura se había prometido inicialmente barrer, se reagruparon en la "Concordancia", que se articuló en los tiempos de Busch, se decía, como oposición de las fuerzas políticas civiles contra el militarismo. Pronto habían de llegar todos ellos a una inteligencia, apoyando descaradamente el gobierno del general Quintanilla la candidatura presidencial del general Peñaranda y las a diputados de la "Concordancia". Sin embargo, por otra parte se perfilaba la candidatura a la presidencia del coronel Bernardino Bilbao, a la sazón jefe del Ejército, que se apresuraron a impulsar los de la "Concordancia", determinando ciertas aproximaciones hacia determinados círculos, tildados de izquierdistas, una reacción del Presidente provisional, que, violentamente, desterró a Bilbao, desapareciendo como por ensalmo los bilbainistas que se tornaron, como los "concordantes", en peñarandistas, proclamando al general, asimismo, "candidato único del pueblo"...

En Bolivia, después de la Guerra del Chaco, la palabra "socialismo" se puso en moda. El Coronel David Toro, jefe del movimiento "revolucionario" del 17 de mayo de 1936, fue el primero en denominar, a su régimen, "socialista". Inicialmente se agruparon junto a él las masas y algunos intelectuales de izquierda, pero Toro no tardó en demostrar que carecía de intenciones verdaderamente izquierdistas. Los "intelectuales" arribistas que se quedaron apoyándolo, para lucrarse al amparo de la careta socializante, formaron un "Partido Socialista", sin arraigo ninguno en el pueblo. Derrocado Toro por Busch, esos "intelectuales" se apresuraron a ofrecer apoyo al joven Dictador. Desaparecido éste, los socialistas burócratas tenían que seguir la línea oportunista habitual: apoyar la candidatura única del Gral. Peñaranda.

Otro partido que se denomina en Bolivia *republicano-socialista*, es el que fundara hacia 1931 don Bautista Saavedra. Este partido, que en tiempos de su caudillo logró atraer a sus filas regular cantidad de artesanado, con fines puramente demagógicos, no cuenta actualmente con masas, pues los obreros recuerdan que Saavedra fue el autor de la sangrienta masacre de las minas de Uncía y de las matanzas de indios en Jesús de Machaca. Pertenece a la "Concordancia", y es, por supuesto, uno de los que se esmeró en prestar su más incondicional apoyo al "candidato único" militar.

Todavía hay otro grupo que se denomina Partido Socialista Obrero. Es el que acaudilla Tristán Maroff, que en sus últimos

tiempos de emigrado en la Argentina fundara el P. O. R. (Partido Obrero Revolucionario), de filiación trotskista. Ingresado en Bolivia en tiempos de Busch, Maroff prestó un indirecto apoyo a la política de la dictadura, por lo cual se apartaron de él todos los elementos de izquierda sanos. Ante la situación política actual el partido de Maroff ha declarado que "no toma resolución ninguna" respecto de la candidatura presidencial.

La verdadera izquierda estaba constituida en Bolivia por algunos núcleos esparcidos en diferentes ciudades de la república, que no alcanzaron a unificarse debido a las persecuciones de que eran objeto durante los regímenes de Toro y Busch. Algunos de esos núcleos — como el Frente Popular de Potosí — mantuvieron cierto contacto con los gobiernos militares, el propósito de obtener algunas conquistas para el proletariado, pero, en lo esencial, mantuvieron una orientación clasista que no permite confundirlos con la "pseudoizquierda".

Al ingreso de los emigrados de izquierda de Chile, que habían constituido en abril de 1939 el "Frente de Izquierda Boliviano", fue posible establecer un rápido contacto entre los diferentes núcleos, y así nació la Conferencia Nacional de Izquierdas, que se reunió en La Paz, del 14 al 17 de febrero. Concurrieron a ella 10 entidades, y se aprobó un Pacto de Unidad de las Izquierdas a que nos referiremos más abajo. El gobierno no demostró hostilidad contra esta conferencia, pensando, acaso, que carecería de transcendencia, en medio de este terrible desbarajuste que es ahora Bolivia en la esfera política y social.

EL F. I. B. Y EL PACTO DE UNIDAD DE LAS IZQUIERDAS

Los núcleos concurrentes a la Conferencia resolvieron, en primer lugar, dar a su organización el nombre de Frente de Izquierda Boliviano. La primera base del Pacto de Unidad, que es el documento constitutivo de esta organización, establece que el F. I. B. tiene un Comité Central (en el que se dá cabida a mineros, indios, estudiantes, mujeres, etc.,) y Comités Regionales en los principales centros agrarios, mineros e industriales de la República. Pueden adherirse al F. I. B. todas las organizaciones que, contando con más de 20 miembros y aceptando el Pacto, sean aceptadas por el C. C. El F. I. B. es un organismo de alianza transitorio: durará sólo hasta la reunión del Congreso de Izquierdas, que deberá convocarse para junio del corriente año.

La Segunda Base del Pacto establece que del Congreso de junio saldrá un Partido Unico de Izquierdas, cuya denominación la

adoptará el Congreso mismo. La Conferencia recomienda, como características esenciales para la constitución del nuevo Partido, las siguientes: su no afiliación a Internacionales políticas: la coordinación de los intereses y aspiraciones de las clases campesina, obrera y media dentro del Partido, y la adopción de métodos democráticos para su lucha, con arreglo a las leyes constitucionales del país.

En la Tercera Base se fija el Programa Mínimo del F. I. B., en 12 puntos: se pide la constitución de un *Consejo Económico Nacional*, con efectiva participación de las clases trabajadoras, para controlar la agricultura, las exportaciones mineras, el régimen de divisas, etc., y para tomar medidas prácticas contra el encarecimiento del costo de la vida; se preconiza la constitución de una *Dirección de Bienestar Social* en el "Ministerio del Trabajo, para la coordinada resolución de los problemas de la alimentación, el vestuario, la vivienda y la atención sanitaria de las clases populares; se reclama la promulgación de la ley de amnistía política y militar, y la abolición de otras leyes antiobreras; se propugna la creación de escuelas de capacitación política para obreros e indios, etc. El F. I. B., con este planteamiento orgánico y completo de sus reivindicaciones mínimas, se presenta, pues, en Bolivia, como el *único Partido que intenta agrupar a las masas alrededor de un Programa doctrinario*, ajustado a las normas democráticas de la Nación y de realizabilidad inmediata. Todas las demás fracciones políticas, atentas sólo a hacer surgir candidatos en las elecciones, no han intentado nada en este sentido, ni siquiera a título de propaganda demagógica.

La Cuarta Base del Pacto define la actitud del F. I. B. ante el Ejército en los siguientes términos: "Frente al problema militar, el F. I. B. declara que, lejos de profesar un antimilitarismo dogmático, propugna la alianza de las clases obreras, campesinas y medias del país con los sectores progresistas del Ejército surgidos de esas clases y participantes de sus aspiraciones. En tal concepto, rechaza por sofística la fórmula de Frente Unico Civilista auspiciada por las Derechas, con fines demagógicos". Este pronunciamiento — que ha sido calificado, por cierto, por la prensa concordancista como "torpedo para desquiciar la disciplina y la unidad del Ejército" —, responde en forma exacta a la actual situación de las fuerzas armadas de Bolivia, donde hay, pese a la aparente "unidad", un sector de militares jóvenes, de sensibilidad izquierdista. Este sector se halla profundamente descontento con los militares reaccionarios y las "roscas" como llaman en Bolivia a las oligarquías feudal-burguesas.

La Quinta Base del Pacto expresa la actitud del F. I. B. ante

las elecciones de marzo: en un preámbulo, el F. I. B. hacía constar que, dadas las condiciones de analfabetismo en que se ha mantenido el país, la cifra de 90.000 ciudadanos inscriptos en 1940, sobre una población de más de 3 millones de habitantes, refleja cómo es una minoría insignificante la que se atribuye el papel de gobernar en nombre de la soberanía de la Nación; hace ver también, que la no abolición de las leyes antiobreras mantiene al margen de la ciudadanía a millares de obreros y a numerosos intelectuales de avanzada, como aquellos que adoptaron una posición pacifista durante la Guerra del Chaco. Denuncia el hecho de que, por medio de ingentes sumas puestas por la Caja electoral de los partidos de derecha al servicio de sus candidatos, la República ve nacer, al través de una aparente función democrática, los apetitos de los imperialismos y de las "roscas". Es cosa sabida, en efecto, que la Standard Oil y las grandes empresas mineras financian con millones a los candidatos de la "Concordancia", algunos de los cuales son abogados de esas firmas. En vista de todos estos antecedentes, el F. I. B. declaró su abstención en las elecciones, hasta constituirse en Partido Unico de Izquierdas. Dejó, sin embargo, en libertad a sus organismos afiliados, para proclamar sus candidatos en distritos donde se viese conveniente hacerlo.

Respecto a la candidatura presidencial, el Pacto estableció: "El F. I. B. cree necesario expresar que el ciudadano que aspire a la primera magistratura de la Nación —aparte de reunir altas cualidades intelectuales y morales— debería expresar en lo posible la voluntad declaradamente antiimperialista de la Nación Boliviana". Esta declaración, expresa con valentía la inconformidad de las izquierdas con la persona del Gral. Peñaranda, que, en concepto de sus propios partidarios, carece de idoneidad intelectual y de experiencia de estadista, y que aparece francamente ubicado junto a las Derechas. El país entero siente esto, pero la atmósfera de servilismo en que actúan todos los Partidos, hace circular en los diarios (los que hay en Bolivia, con excepción de hojas esporádicas izquierdistas, están al servicio de las "roscas") las loas más extravagantemente insinceras al "candidato único", aunque Peñaranda será un muñeco de las camarillas que logren influenciarlo. Y aún esos Partidos que se dicen "socialistas", han rivalizado con las derechas en el afán de hacer medrar sus candidatos, para acudir a un Parlamento que, se si reune, será mangoneado por el partido liberal, constituido por los más reaccionarios oligarcas del "patinismo" y otros grupos de negocios "coloniales".

En el estado actual de las contradicciones imperialistas que tienen por escenario a Bolivia, precisa advertir, sin embargo, que el influjo del sector capitalista anglo argentino, que obtuvo gran-

des ventajas bajo los gobiernos de Toro y Busch, no deja de ver con gran recelo la reconquista de posiciones que intenta el sector del capitalismo norteamericano, al amparo de la "Concordancia". Lo que puede darnos la clave de nuevas conspiraciones, de tipo militar, que tal vez broten algún día, cosa relativamente fácil en la situación de inestabilidad en que Bolivia vive desde la Guerra del Chaco.

LA SINCERIDAD DE LAS ELECCIONES

Breves líneas más, para terminar y caracterizar el ambiente en que se han desarrollado las elecciones, y el empuje con que se ha iniciado la organización de las auténticas izquierdas bolivianas.

La indicada Conferencia de Izquierdas de La Paz designó como Secretario del Comité Central del F. I. B. al profesor Arze. Con tal carácter se entrevistó con el Jefe provisional del Estado, el general Quintanilla, quien prometió que la organización contaría, como todas, con las más amplias garantías para intervenir en las elecciones. Arze había sido proclamado —residiendo aún en Chile— candidato a la Presidencia de la República, por la Federación Universitaria boliviana. El profesor declinó la candidatura públicamente, por entender que el movimiento no estaba todavía suficientemente estructurado para lanzarse a unas elecciones generales. Pues bien: hallándose en Oruro, de paso para Sucre, donde debía tomar posesión de su cátedra de Sociología, e invitado por la Universidad para dar unas conferencias, se disponía a tomar parte también de actos de esa propaganda que había sido expresamente autorizada por el general Quintanilla, cuando se encontró con que, bajo la notificación de prohibición del propio general —que no llegó a entregársele— se le intentaba detener, sin la menor garantía de seguridad, viéndose precisado a refugiarse, a buen recaudo, así como otras significadas personalidades de izquierdas.

La candidatura presidencial del Sr. Arze fue mantenida, incluso contra su opinión, por el Frente Popular de Potosí. La mayoría de los candidatos de izquierda han tenido igualmente que permanecer escondidos, como Arze, hasta bien pasadas las elecciones. Sin embargo, la campaña no ha decaído, siendo altamente alentadora la tónica mantenida por los obreros, los estudiantes y los demás elementos democráticos implicados en este salvador movimiento de las izquierdas bolivianas que, como decíamos, encierra ya la mayor suma de posibilidades de redención hasta ahora vislumbrables en aquel desgraciado país que, según todas las

muestras aún puede pasar por duras pruebas antes de conquistar una verdadera independencia y dignidad políticas, pero que cuenta ya con un interesante núcleo estructural, de toda solvencia moral e ideológica. Cosa con la que, en realidad, no ha contado nunca en esa su lamentable historia política que a grandes rasgos hemos esbozado. Por lo que la elección de Peñaranda y sus amigos de las "roscas" y de los cuartelazos, carece de importancia histórica ante un síntoma tan saludable...

Enrique ESPINOZA

ANTONIO MACHADO y su CONCIENCIA POÉTICA

LA generación literaria española llamada del 98 porque su nacimiento a la vida del espíritu tiene lugar alrededor de aquel año, definitivo en la política colonial del antiguo imperio, a causa de la pérdida de su postrer baluarte en nuestro continente, era fecunda en escritores y poetas *libertarios* o mejor dicho rebeldes de toda clase. Sin embargo, el recuento de sus más destacados miembros desde Unamuno y Azorín, pasando por Baroja, Maeztú, Pérez de Ayala, para llegar a Valle Inclán y Antonio Machado, sólo nos deja verdaderamente libre a este último, tras la gran prueba de fuego a que fue sometida, junto a su glorioso pueblo, la débil *inteligencia* española.

Antonio Machado es el primer poeta hispánico que muere en su ley, dejándonos una obra intensa aunque reducida a los límites de dos o tres volúmenes, exentos de impurezas y contradicciones como su propia vida sin mácula.

Cuando se medita en la trágica agonía de Unamuno en Salamanca a los gritos siniestros de los generalotes: "Muera la inteligencia" y "Viva la muerte" —para no decir nada del "rétorico silencio" de Ortega y Gasset; y se piensa en la grotesca sobrevivencia fronteriza de Pío Baroja, temblando por primera vez ante lo que va a decir por escrito, y secudiéndose, no obstante, la responsabilidad de cuanto llevaba dicho en sus libros *porque éstos no se habían vendido demasiado en España*, no se puede menos que sentir vergüenza y asco de toda esta generación acomodaticia y frívola que la República llevó ingenuamente a las posiciones más decorativas para que los Madariagas, Ayalas y Marañones la abandonaran al fin en la estacada sin ningún decoro...

Y pensar que algunos de estos literatos que no hombres, pretendían ser maestros de la juventud universitaria hispanoamericana. Maestros... Ahora se ve bien que sólo eran, digámoslo sin temor al equívoco italiano, inescrupulosos traductores del alemán. Maestro en el sentido íntegro y creador de la palabra no podemos con-

siderar en España y en nuestro tiempo más que al apócrifo Juan de Mairena, de feliz memoria. Los otros, meros pedagogos del tipo de Eugenio d'Ors, "el hombre que camina y que tropieza", rehuendo pasar del pensamiento a la acción, terminaron por caer en la reacción, es decir, en la retórica, en lo que no es.

De ahí que ahora gesticulen a la romana y se llenen la boca con igual irresponsabilidad que antes de palabras agresivas y bárbaras sobre la pretendida hegemonía "racial", según dicen con un terminacho que no pertenece ni siquiera a nuestro idioma. Olvidan estos títeres que el concepto étnico de la hispanidad fue derrotado aquí de hecho por los criollos conscientes de su mestizaje hace más de cien años.

Pero en verdad no vale la pena insistir en torno de aquella estéril generación finisecular que no produjo después de Larra nada grande ni original en la prosa castellana. Si en el verso se supera hasta darnos un Antonio Machado es porque un hijo de América introduce la libertad francesa del modernismo en España: Al llevar a Madrid con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento "las cuentas de vidrio" que había traído a estas playas el "Desgraciado Almirante", Rubén Darío llega a conquistarse uno por uno a todos los jóvenes poetas de la villa y corte. Y si es innegable que Valle Inclán, a pesar de su viaje a Méjico y de todos sus méritos novelescos, muestra en *La Pipa de Kif* que sólo se le han subido a la cabeza los humos exóticos del gran nicaragüense, Antonio Machado experimenta una influencia mucho más íntima. Y sin dejar de ser español, o por lo mismo que lo sigue siendo en un sentido orgánico, se hace más universal. Por eso Darío, tan manirroto para el elogio intrascendente lo celebra con justeza en un breve romance castellano lleno de gravedad y de mesura:

Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.

Versos redondos que hoy se pueden referir por igual al poeta que a su poesía, pues la imagen entera de aquél está fijada para siempre en aquélla a través de sus *Soledades, Galerías, Elogios, Proverbios y Canciones*.

Quizá se deba a esta profundidad intuída por Rubén Darío que las "juventudes" de España y de América no vieran en Antonio Machado a un maestro de maestros apócrifos como Juan de Mairena y Abel Martín, mientras se entusiasman hasta el punto de fechar casi un movimiento renovador con las greguerías de "Ramón".

Por nuestra parte, acabaremos de arrepentirnos de no haber conocido directamente al auténtico Antonio Machado cuando estuvimos en Madrid, poco antes de la invasión italo-germana.

Bien presente tenemos la sorpresa de algunos jóvenes escritores españoles cuando les manifestamos que de toda la generación del 98 únicamente nos interesaría tratar de cerca a don Antonio Machado. No es que ellos creyeran en muchos otros componentes de aquella generación; pero nuestra actitud, fundada en un verdadero empacho de insulsas correspondencias madrileñas en la prensa de Buenos Aires, les parecía excesiva.

Pronto la guerra les hizo ver que no contaban con ningún otro escritor viviente entre aquella numerosa promoción literaria.

Con todo, nosotros no llegamos a tratar de cerca al autor de "La tierra de Alvargonzález", a pesar del generoso ofrecimiento de presentarnos que nos hizo nuestro querido amigo, el poeta León Felipe, recién llegado de México.

Mas ¿qué podía decirnos Antonio Machado a nosotros solos que no hubiera escrito ya en sus Apuntes y recuerdos del profesor apócrifo Juan de Mairena, que acababan de aparecer reunidos en un compacto volumen de más de trescientas páginas, gemelo del otro de sus Poesías Completas?

Salimos pues de España sin conocer directamente a su poeta; pero sí, algo de su maravilloso país, como aconseja Goethe en dístico famoso:

*Wer den Dichter will versteh'n
Muss im Dichter's Lande geh'n.*

(Quien al poeta quiera conocer
Debe un viaje al país del mismo hacer).

Desde entonces, durante el largo período del desangramiento del pueblo español, no hemos estado en comunidad con ningún otro escritor de la ardiente metrópoli del heroísmo como con Antonio Machado, el pensador y profeta de la "Hora de España".

Hoy que la pluma acaba de caer como un arma de sus manos, vamos a intentar apenas una rápida revista de su acendrada producción en verso y prosa, dejando de lado su labor dramática en colaboración con su hermano Manuel.

La obra de Antonio Machado está aún demasiado próxima al hirviente caos de España para que podamos juzgarla dentro de una perspectiva histórica; pero no hay duda de que el nombre del autor pertenece ya al número de los escritores representativos de nuestro tiempo.



Caso españolísimo el de este poeta andaluz de nacimiento y castellano por vocación. Los sanguinarios husmeadores de razas no

entienden tal *desvío* que revela ante todo una clara conciencia poética. Menos aún entienden el antecedente remoto de Manrique. Porque el problema no es de ahora sino de siempre. El Greco que pinta al castizo Caballero de la triste figura al mismo tiempo que Cervantes, viene todavía de más al sur que Velázquez, de fuera de España. Y en sentido contrario, dentro del mismo campo de la expresión artística, ¿de dónde es Albéniz, el cantor de Córdoba, Granada y Sevilla?

El mismo Antonio Machado recuerda en los Apuntes de Juan de Mairena que más de un verso de Calderón podría ser de Lope... o de Góngora. Por ejemplo:

Respóndate, retórico, el silencio.

Prueba de la suprema unidad del espíritu hispano (y humano) más allá de las pequeñas diferencias regionales que explotan los grandes mercaderes de la muerte *made in Germany*, con sus cómplices y traductores de todas partes, borrachos de palabras que no dicen nada.

En favor de la vida y de su expresión más genuina en la muerte, aparece precisamente a fines del siglo XIX, la época de mayor decadencia para España, la poesía de Antonio Machado como un ejemplo de lo que fue y debe continuar siendo lo humano español.

Era un momento crucial que le había sorbido el seso con la quimera del oro indiano. No por nada, es claro, el joven poeta Antonio Machado empieza sus *Soledades* con "El viajero", un poema que simboliza de entrada aquel estado de ánimo colectivo en lo más íntimo y personal:

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Este hermano pródigo con quien se identifica muy luego Machado, nos dice en tono menor sus largas andanzas por los caminos del mundo:

En todas partes he visto,
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.
Mala gente que camina.
y va apestando la tierra.

El romance suena todavía a literatura, de la mejor, es cierto; pero literatura rehecha al fin con el sabor añejo de otra época. La voz auténtica de Antonio Machado asomará recién, clara y distinta, en esa creación perfecta que se titula "En el entierro de un amigo", una verdadera obra maestra de la que una frase se ha hecho proverbial en boca de todos como una sentencia clásica. Es algo que muy pocos poetas logran en serio, porque el pueblo sólo acepta de buen grado aquello que le impone respeto. Y en nuestro idioma muy pocos versos salen airoso de la prueba del retruécano o de la recitación cascabelera... Aun los mejores versos suelen ser reversibles, fáciles de echar a perder. En una palabra: desinfectables, vueltos superficiales durante las agresivas contingencias del tráfico.

Los versos que Antonio Machado dedica al hombre, al campo, a los caminos de España son demasiado puros y libres de toda gala retórica. No hay como aprehenderlos sólo con el oído. Requieren también la vista para ser gustados en la intimidad del libro por su arquitectura interna, descarnada, antibarroca, digamos. He aquí un ejemplo representativo a nuestro juicio:

La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.
Allá sobre los montes,
quedan algunas brasas.
Y este árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.
¡Dos ramas en el tronco herido, y una
hoja marchita en cada rama!
¿Lloras?... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda.

¿Qué tienen estos versos que leímos admirados en nuestra adolescencia y que sin embargo parecen de hoy porque son de siempre? Dos o tres imágenes, apenas. Nada más. Pero ¡cuánto genuino sentimiento del campo español en tan pocas palabras! Sentimiento y no énfasis. Hasta los versos de amor de Antonio Machado carecen de énfasis. Son igualmente graves, sentenciosos, maduros... Léase este poema en una estrofa:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Más Ella no faltará a la cita.

Toda la historia oculta del hombre y del poeta puede seguirse a través de la poesía de Antonio Machado. Y no solo en su autorretrato literario, que llama simplemente "Retrato" como si se

tratará del de cualquier otro, sino a lo largo de su propia visión del paisaje que para él es siempre un estado de ánimo colectivo.

Precisamente en el "Retrato" que encabeza la parte del libro llamada *Campos de Castilla*, Machado logra en un par de líneas la expresión de cuanto hay entre el cielo y la tierra y que la filosofía no alcanza, según Shakespeare:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día.

Aquí junto al retrato del poeta está en verdad el retrato del hombre, sobre todo, del hombre español, que se insinúa en la vaguedad del título.

Como buen poeta, Antonio Machado no se pierde en metafisiques. Dentro de este mismo "Retrato" nos muestra un idéntico enlace de lo individual con lo colectivo en términos mucho más concretos:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno.

Consciente de lo uno y de lo otro, el poeta recorre durante años el suelo español en busca de su sentido profundo. Va desde la baja Andalucía al alto Duero. Vegeta como profesor de lenguas vivas en un instituto rural de Soria; y con gustarle de alma la antigua ciudad castellana, escapa sin embargo de ella en las vacaciones, atravesando los campos en tren para llevar la preciosa carga de sus versos a Madrid. Lo hace más como un campesino que como un profesor:

Yo para todo viaje,
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—
voy ligero de equipaje.

Desde luego, junto al poeta está siempre el hombre que amasa la sustancia de su vida con lágrimas. A veces le asalta su pasado sentimental y recuerda en su triste viudez otros viajes por la tierra castellana en compañía de la que no nombra casi nunca por un pudor bien entendido. Entonces, tras el sollozo que parece quebrarse en una queja de cante jondo, Antonio Machado pone fin a su itinerario de la dicha con esta estrofa de rima endeble, pero poderosamente expresiva en su alusión a otros versos que citamos antes. El hombre y el poeta son en él de veras uno y lo mismo.

Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni se si voy
conmigo a solas viajando.

Toda la obra de madurez de Antonio Machado revela que este gran español solitario y pobre no tiene en sus mejores años otra pasión que la de España. Castilla que la unifica en su torno, dándole fisonomía espiritual por el idioma, aparece en sus versos no solo como ha sido sino también como es:

...Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Así canta el poeta a orillas del Duero en una de sus más amargas composiciones, aquella que tiene aun estos dos magníficos pareados, que confirman definitivamente lo que llamamos al principio su conciencia poética.

Castilla miserable, ayer dominadora
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

La madre en otros tiempo fecunda en capitanes
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

Y el formidable poema, todo escrito en ese verso alejandrino tan propicio a la declamación y al énfasis concluye, sin embargo, sereno como empieza, con una nota personalísima casi en tono menor, lo que significa una depuración pocas veces lograda en tal metro dentro de nuestro idioma. Dice así:

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadrejas;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo ¡tan curiosas!... Los campos oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

Pero si bien Antonio Machado tiene suma maestría para captar el detalle único, la nota característica del cambiante paisaje castellano, tan difícil de fijar en su fluidez, su espíritu no se complace, solamente con lo pintoresco. Con ser un virtuoso del verso cuyo ritmo rompe muchas veces jugando la rima al modo de Lugones, el Lugones del *Lunario*, su estética resulta al cabo menos brillante a fuer de más profunda. Y es que en la conjunción de lo lírico y lo español prima en Machado siempre lo último, entendido

no solo como idioma, pues en sus versos más castizos pueden hallarse muchas palabras foráneas, sino como cultura y estilo vital. En ese sentido su arte no trasciende los límites castellanos, más ahonda la huella luminosa de los mejores poetas de España —sus poetas— para revelarnos en primer plano una imagen exacta de su país.

Toda la España de fines del siglo XIX y principios del XX está en la poesía de Antonio Machado con sus campos, montañas y ciudades florecientes por un lado, y por otro —la sombra de Caín en medio— con sus hidalgos pastores y labriegos venidos a menos. El poeta enamorado del Duero y en quien el Duero se refleja íntegro, tiene el coraje muy español de descubrir, como el viento a Noé, las vergüenzas del solar nativo que, ebrio tras el festín imperial y la guerra carlista, en constante recidiva, deja de ser un padre para sus propios hijos.

Al comienzo Machado sueña todavía en restituirle con sus compañeros del 98 la perdida dignidad a España; pero después comprende que esta generación no tiene método y verdadera inteligencia para actuar con eficacia en la vida social contemporánea.

Los versos que dedica al notable periodista madrileño Roberto Castrovido bajo el título por demás elocuente de "El mañana efímero", así como aquellos otros que brinda a manera de ejemplo a "una juventud más joven", no dejan lugar a dudas al respecto. En los primeros, el poeta clama obsesionado:

El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacío ayer dará un mañana huero.

Y en los segundos, suspira melancólico:

Ya es hoy aquel mañana de ayer... Y España toda,
con sucios oropelos de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beodá;
más hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Pero no por eso Machado deja de confiar en un futuro más alto, pues sigue siendo el hombre lúcido que dijimos, el hombre que ve con sus ojos tanto como el poeta con su corazón.

En el elogio que dirige a Azorín por su libro *Castilla* y con motivos del mismo, escribe finalmente unos crudos versos familiares donde sueña juntar una vez más el cielo a la hermosa tierra

de España. Son los versos siguientes que preceden al consabido envío literario:

Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa, desde un pueblo impío
que juega al mus de espaldas a la muerte,
creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza
y en el Dios que se lleva y que se hace.

Aquel ayer finisecular y este mañana huero que ya es hoy, los persigue Machado en todos los órdenes de la existencia española. De regreso a la tierra baja, de donde ha venido, el poeta nos pinta en sus *Nuevas Canciones* una Carmen real acechando el paso de un bandolero romántico tras de sus rejas. Y lo que en las páginas del novelista es apenas *un trozo de vida*, adquiere en los versos del poeta categoría de símbolo. Merece leerse completo el poemita; pero quizá baste aquí la impresión de la segunda mitad:

Rondar tu calle nunca verás
ese que esperas; porque se fue
toda la España de Merimée.

Por esta calle —tú elegirás—
pasa un notario
que va al tresillo del boticario,
y un usurero, a su rosario.

También yo paso, viejo y triston.
Dentro del pecho llevo un león.

Imposible, en efecto, olvidar tal lectura. Un rasgo al menos se alojará para siempre en nuestra memoria. Es lo propio y singular del poeta que lo mismo aparece en su extenso romancero de *La tierra de Alvar González*, —donde sale otra vez el motivo del indiano que vuelve de América— que en su breve "Llanto por la muerte de don Guido", *el caballero andaluz*.

El poeta conserva este don extraordinario hasta el fin de sus días. Por él se destacan entre cien mil sus versos a García Lorca desde la primera línea. Como Sem Tob en su gloriosa ancianidad, Antonio Machado reduce cada vez más su poesía a este don para que llegue mejor a todos en una copla, proverbio o cantar. ¿No dijo un día en los umbrales de su madurez?:

Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo monedas de cobre
mi oro de ayer cambiado.

¿Que mucho pues que nos ofreciera desde entonces, paralelamente, sus apuntes en prosa?

★

Pródigo como fue con sus amigos y compañeros del 98 hasta cubrir a algunos literalmente de elogios, dándoles repetidas veces el título de maestro, Antonio Machado no pudo sin embargo menos que inventarse uno apócrifo: Juan de Mairena, e inventarle otro a éste con el nombre de Abel Martín, cuando se puso a dar forma orgánica a las lecciones que había estado dictando durante años a los jóvenes españoles de un liceo de provincia. Lo hizo sin duda por aquello que, según cuenta, Mairena decía a sus alumnos:

“Tenéis unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño; pero ¿por qué no inventáis otros más excelentes todavía?”

En esto, como en todo lo demás, Machado enseñaba no sólo por ejemplos, sino con el ejemplo.

Se equivocan pues los eruditos que ahora quieren atribuirle maestros menos genuinos o ver en el poeta a un epígono de Gracián o de Ganivet. El “Héroe” de Machado tiene en verdad tan poco que ver con el de Gracián como su “Ideario” con el de Ganivet. Uno y otro hunden sus raíces más profundas en el folklore que para Mairena antes que “un estudio de las reminiscencias de viejas culturas... era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender”.

Por tanto, corresponde buscar primero esta enseñanza de lo español en la prosa de Machado, que para nosotros tiene la misma originalidad de su poesía.

★

El procedimiento narrativo de que se vale el escritor para la creación de su héroe apócrifo, a quien concede vida real hasta un lustro antes de la guerra de 1914, pero cuyo ideario, no menos apócrifo, no difiere casi del poético, pues corresponde al de la novela, fábula o ficción.

El ayer más que historia es para Machado filosofía que actúa en la conciencia del hombre incorporada al hoy y en constante función del mañana. A esta filosofía de la historia que se modifica platónicamente por sí misma, llama el poeta pasado apócrifo para distinguirlo del otro, irreparable o pasado propiamente dicho.

Claro que tal modo de encarar los hechos como ideas a posteriori, en nombre de un presunto maestro, le concede a Machado la ventaja de su propia experiencia; pero le obliga también a ser

consecuente en sentido contrario, es decir, a suponer lo que hubiera dicho su profesor apócrifo sobre la Liga de las Naciones, la Segunda República o el Tercer Reich...

Según su propia definición, Juan de Mairena busca siempre la manera clásica de ser romántico. Por eso no le asoma casi nunca lo chabacano y sensacional de los alter ego de Pío Baroja. Meros fantasmas, pues, por otra parte. Antonio Machado ve más profundamente que cualquier otro escritor español de su tiempo. Libre de toda Academia o escuela, sueña como don Francisco Giner en fundar una propia y personalísima. Entretanto interviene con su pluma en la orientación política de su país sin ponerse *al servicio* de nadie. Más avanzado que todos los escritores jóvenes que se allegan al pueblo siguiendo su ejemplo, no comparte ninguno de sus dogmas de obediencia. Discute de antiguo a los nuevos jefes del pueblo sus errores fundamentales analizándolos serenamente en las primeras páginas de su libro. Así por ejemplo escribe al comienzo del capítulo tercero:

“Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles cargados de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.”

Algo de esto, tuvimos ocasión de ver con nuestros propios ojos en Toledo, y anotar lo mismo tiempo en *Chicos de España*, al lamentarnos de que los socialistas en vez de expropiar todos los cuadros locales del Greco para volverlos a la casa de donde salieron hace apenas tres siglos y medio... se conformaron con poner el nombre de Carlos Marx a la calle de la catedral en dicha ciudad.

Desde luego, Machado no considera tales torpezas como propias de la inteligencia española; al contrario, generalizando, afirma en el mismo lugar:

“Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos virtuosos de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad ajena a la literatura y a la conversación —médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes.”

Que se mande el sayo a quien mejor le viene. Indudablemente, a más de un primer ministro; pero no a ningún filósofo de veras,

pues el mismo Machado concluye invocando el arquetipo griego para evitar equívocos. Dice:

“Y en cuanto al fracaso de Platón en política, habremos de buscarlo donde seguramente no lo encontraremos: en su inmortal *República*. Porque esta fue la política que hizo Platón.”

Guardando todas las distancias, nuestro poeta anhela presentarnos a su Sócrates imaginario en igual forma, haciendo él también “de un pasado que pasó un pasado que no lleva trazas de pasar”. Por lo menos, en nuestro idioma.



El libro con las *sentencias, donaires, apuntes y recuerdos* de Juan de Mairena nos presenta en resumen una biografía ideal del profesor apócrifo que acepta resignado la imposición de una leyenda en lo personal, porque comprende que ningún hombre célebre puede pasarse sin ella ni borrarla dentro del breve término de su existencia. Pero el espíritu genuino de Machado, si bien padece en carne propia un renombre semejante por haber en ocasiones buscado evangélicamente la verdad en el vino, rechaza decidido cualquier leyenda en lo colectivo, porque la existencia de un país es lo bastante larga para acabar con toda clase de mentiras. El propio Mairena dice por su boca a sus discípulos:

“Los que os hablan de España como de una razón social que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; pero de ningún modo el de buenos españoles.”

En múltiples acotaciones y referencias, Machado insiste directa e indirectamente sobre las virtudes y los defectos de su pueblo, deteniéndose amorosamente a filiar unas y otros a través de lo más vivo de la llamada literatura clásica. Seguro de que el mayor bien común de los españoles es su lengua, llena de sabiduría popular, “y que ese fue el barro santo de donde sacó Cervantes “la creación más original de todos los tiempos”, previene sin embargo a los jóvenes escritores contra el artificio retórico de la tradición, contra el peligro de zambullirse según sus propias palabras, “en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por la mera renuncia a la cultura universal”.

Libre de todo afán demagógico, Machado actúa siempre como humanista militante, y *amicus Plato*... no teme contradecir algu-

nas veces a sus propios compañeros de lucha. Basta consignar al respecto su españolísima expresión sobre las masas al hablar de la Escuela de Sabiduría: *!A las masas que las parta un rayo!*

“Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aun estética.”

Lo que naturalmente Juan de Mairena considera absurdo. Y en esto coincide con nuestro malogrado líder continental José Carlos Mariátegui, que, tras de subrayar en el propio himno de la revolución una “neta reminiscencia evangélica”, observa en su *Defensa del Marxismo* que también la obra de Barbusse “se presenta impregnada del mismo sentimiento de idealización de la masa, de la masa intemporal, eterna, sobre la que pesa la gloria de los héroes y el fardo de las culturas”. *Masa caríatide* —concluye el peruano— que no es el proletariado moderno, porque su reivindicación genérica no es la reivindicación revolucionaria y socialista.

Para Machado lo que importa, ante todo, es el hombre y no la masa. El pueblo al que ansía hacer partícipe de lo que le corresponde por derecho propio, le merece un concepto totalmente ajeno a esa noción físicomatemática que entraña la palabra masa, y que a su juicio, no contiene un átomo de humanidad. En distintas partes de su libro el incomparable profesor apócrifo expone este pensamiento generoso. Así, por ejemplo, al reincidir sobre las ventajas que en España tiene el saber popular sobre el saber universitario.

“Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos.”

Pero donde Machado resume mejor su filosofía de las masas —tan distinta de la de Ortega y Gasset— es en su notabilísimo discurso sobre la defensa y la difusión de la cultura, pronunciado en Valencia, al clausurarse el segundo Congreso internacional de escritores, en julio de 1937. No podemos menos que citar *in extenso* la media página de su magnífico final:

“Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta y, en general, el escritor debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España,

al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico *masas humanas*. Mucha gente de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre y necesita degradarlo; algo también de la iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!

En este mismo discurso, Antonio Machado, que a través de una de las salidas más ingeniosas de Mairena, aconsejara a los jóvenes *hacer política*, siempre a su modo desinteresado, "aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros, y, naturalmente contra vosotros", transcribe íntegramente sus inolvidables impresiones de *Los milicianos de 1936*. ¿Cómo no citarlas, siquiera en parte, a nuestra vez?

El maestro empieza preguntándose por qué aquellos valientes le recuerdan siempre la misma frase de Manrique, su verdadero hermano mayor. Y se contesta con estas pocas líneas extraordinarias:

"Tal vez será porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes, como dice el poeta, *ponen al tablero su vida por su ley*, se juegan esa moneda única —si se pierde no hay otra— por una causa honda-mente sentida. La verdad es que estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros."

Nada pudieron los señoritos falangistas con sus generales marroquíes frente a estos heroicos milicianos de 1936 cuando el 18 de julio, sin más armas que sus puños, los fueron a sacar de sus propios cuarteles de Madrid y Barcelona. No por cierto para que volvieran a jurar su amor eterno a la sedicente República de trabajadores. De ella estaban todos tan desengañados como el mismo poeta, que a la víspera no más del infame complot, había escrito en su libro estas palabras vaticinadoras de acuerdo con su habitual procedimiento novelístico:

"¿Qué hubiera pensado Juan de Mairena de esta segunda República —hoy agonizante— que no aparece en ninguna de sus pro-

fecías? El hubiera dicho, cuando se inauguraba: ¡Ojo al sedicente republicanismo histórico, ese fantasma de la primera República! Porque los enemigos de esta segunda habrán de utilizarlo, como los griegos utilizaron aquel caballo de madera, en cuyo hueco y vientre penetraron en Troya los que habrían de abrir sus puertas y adueñarse de su ciudadela. Y perdonadme el empleo de un símil tan poco exacto, porque este caballo de nuestros días a que aludo no es tan de madera que no haya necesidad de echarle de comer antes y después de tomar la fortaleza."

Quienes después de esto duden todavía de la clarividencia excepcional de Antonio Machado en España, pueden buscar si quieren esto otro en un capítulo anterior:

"Es cierto —decía proféticamente mi maestro— que se avecinan tiempos terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas causas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementalidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo queden en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano."



Los intelectuales españoles, contrariamente a los rusos, que se pasaron dos o tres décadas estudiando la revolución que el antiguo imperio de los zares llevaba en sus entrañas, dieron más bien por elegancia en anunciar el ocaso de todas las revoluciones, conformándose modestamente con las representaciones diplomáticas de la República pacifista y democrática en el exterior...

Así cuando estalló la insurrección militar, no en las circunstancias elegidas por ellos desde afuera, sino por Hitler y Mussolini desde adentro, puede decirse que el único escritor español que había intuido algo de lo que se avecinaba, era Antonio Machado. Los demás, entre los que no faltaron algunos teóricos socialistas, negaban hasta la posibilidad de una intervención extranjera. Por eso no tuvieron más remedio que seguir a la zaga de los "médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos, —que no siempre son los más inteligentes"; pero sí los más serviles. Estos precisamente erigieron la obediencia ciega y el adulo interesado en normas políticas. El servicio de espionaje y delación corría naturalmente por su cuenta.

Los socialistas, incapaces de improvisar un Lenin y un Trotsky españoles, que no se improvisan, cedieron. Y sólo remedos pin-

torescos de aquellos titanes entraron al gabinete llamado de la victoria, que formó a gusto del *Gran organizador de derrotas*.

Machado que entreveía todo esto que condujo al desastre desde su retiro valenciano, no dejó de fustigarlo a su manera en la revista *Hora de España*. Vamos a citar algunos párrafos sin cuidarnos mayormente de la medida, porque a causa de la guerra hallaron aun menos circulación que los del libro, que sin embargo confirman punto por punto.

He aquí una nota sobre la tan cacareada unidad que predicaban los más audaces por boca de ganso:

“La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámicos contra la cual nada tendríamos que oponer si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretendan acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.”

El presentimiento del trágico fin de la contienda parece asomar en las líneas siguientes:

“Si algún día España tuviera que jugarse la última carta —habla Juan de Mairena— no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido. Porque éstos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos...”

Y todavía esta nota de la misma fecha, que se dijera la conclusión de su testamento político:

“Y cuando os queden pocas horas de vida, recordad el dicho español: *de cobardes no se ha escrito nada*. Y vivid esas horas pensando que es preciso que se escriba algo de vosotros.”

★

Pero donde Antonio Machado colma su independencia de espíritu, que ya quisiéramos ver en sus discípulos y panegiristas de última hora, es en una carta al crítico ruso David Vigodsky. En ella el maestro, que en su libro sobre Juan de Mairena había escrito:

“No penséis que vuestro deber de retóricos es engañar al hombre con sus propios deseos; porque el hombre ama la verdad hasta tal

punto que acepta anticipadamente la más amarga de todas”, conversa en tono familiar de Federico García Lorca y de “su” Granada. De esta última dice que es también “una de las ciudades más beocias de España, más entontecida por su aislamiento y la influencia de su aristocracia degradada y ociosa, de su burguesía irremediadamente provinciana” y de aquél —primero entre los primeros de su generación— dice lo que ninguno de sus explotadores se atrevería a decir nunca: “que Lorca era políticamente inocuo, y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía no era precisamente el que canta la Internacional”.

★

Durante la guerra sin cuartel con que las grandes “democracias” —Estados Unidos inclusive— permitieron ahogar en sangre al heroico pueblo español, murieron, víctimas de sus propias contradicciones otras figuras literarias del 98. Pero no las sentimos casi, porque las habíamos borrado antes de nuestro sentimiento.

Pero sólo la extinción de Antonio Machado junto a tantos héroes anónimos en el terrible éxodo pirenaico, nos ha conmovido hasta las lágrimas. Porque sin proclamarlo nunca, como Ortega y Gasset, Antonio Machado era de veras uno de los “grandes europeos” del siglo XIX. Muchas de sus tardías páginas en prosa pueden colocarse junto a las mejores de Bernard Shaw, Thomas Mann o André Gide. Si alguna vez Stephen Spender, Alfred Kerr y Jean Cassou —pongamos— se deciden a verterlas cuidadosamente en sus respectivos idiomas, la débil inteligencia española va a serles deudora del redescubrimiento de Juan de Mairena. Y esta contribución apócrifa y quijotesca será una prueba más de la conciencia poética de Antonio Machado y de su universalidad.

Santiago de Chile, marzo de 1939.

A. A. SCHADZUNSKY

TURQUIA *se inclina* hacia OCCIDENTE

I

LA posición y la influencia de Turquía en el Cercano Oriente no han sido nunca tan fuertes como hoy. Durante los últimos años las grandes potencias coloniales trataron, mediante todas sus fuerzas, de llegar a un entendimiento con ella. Las tentativas se reforzaron muy especialmente después de la invasión alemana en Polonia. Inglaterra-Francia y Rusia-Alemania comprendieron que la joven República poco tenía que ver con la Turquía otomana de los sultanes y califas.

Turquía posee las llaves hacia el Mar Negro con las fortificaciones de los Dardanelos. Sus costas pueden servir de bases submarinas, para atacar o defender el canal de Suez y sus rutas marítimas. Las llanuras de Anatolia sirven como campo natural para las maniobras de la aviación. Los oleoductos del Irak y de Persia, controlados por Inglaterra, los pozos de petróleo de Bakú, pertenecientes a la Rusia soviética; las reservas petrolíferas de Rumania, constituyen como una media luna. A través de Anatolia se extiende el camino más corto por vía terrestre hacia la corona del imperio británico: la India.

Turquía posee un notable ejército, grandes reservas humanas en edad militar. No tiene problemas de minorías. Todo el pueblo se halla unido en un anhelo de defensa del país. Sus habitantes están inspirados por una honda conciencia nacional y convencidos en la probada capacidad de sus dirigentes. Sobre 18 millones de habitantes, apenas cincuenta mil son extranjeros. La cantidad de judíos y cristianos en conjunto apenas alcanzan a 300.000. Todos los demás pertenecen al Islam, un explosivo tan poderoso en Oriente como el nacionalismo. Casi una tercera parte de la población oscila entre los veinte y cuarenta años y si a eso añadiéramos la

suma de adolescentes comprendidos entre quince y veinte años —en el Oriente los jóvenes de quince años son tan capaces de empuñar un fusil como los mayores—, obtenemos un cuadro de un pueblo en uniforme.

Además de sus virtudes, Turquía no posee grandes ciudades que puedan servir de objetivo para las bombas del aire enemigas. Con la excepción de Constantinopla, ubicada hacia la parte europea, y con una población de tres cuartos de millón de habitantes, la ciudad mayor está en Anatolia misma, Izmir, con 170.000 habitantes. Y la capital, Angora, estaría oculta en el corazón de la parte alta del país y no cuenta con más habitantes que Tel-Aviv. La línea férrea central atraviesa toda la extensión de Turquía, y ha sido construída alejada de sus costas, con el objeto de que el enemigo no pueda obstaculizar el transporte militar y sus abastecimientos en caso de guerra. La falta de densidad de su población, cuarenta personas por milla cuadrada, es también muy beneficiosa en tiempo de guerra. Sus riquezas naturales, sus reservas alimenticias y su capacidad para acelerar su producción y aumentar las cosechas, son extraordinariamente valiosas.

¿Y sus límites? La naturaleza parece que los hubiese confgurado para un acuerdo con los países aliados. Inglaterra le ayudará a proteger sus 3.455 kilómetros de costas. Y sólo sobre 602 kilómetros de tierra se extiende la frontera con Rusia. Y en el caso de que Bulgaria irrumpiese como enemiga, el total de kilómetros a defender sería sólo de 800.

Importantes también son las reformas emprendidas por el nuevo régimen turco con tanta firmeza y con resultados tan afortunados.

Las transformaciones no fueron objeto de oposición por parte de la población. Su jefe recientemente muerto, Kemal Atatürk, no se presentó con ideas revolucionarias propias, aun cuando los métodos que empleaba fueron dictatoriales. Fue Ferdinand Lassalle el que expresó que sólo son legalizadas aquellas conquistas de una revolución que la sociedad ha reconocido previamente. Sólo fueron realizadas aquellas ideas que durante años habían sido motivo de discusión por los políticos turcos exilados en Francia y con las que la misma atmósfera de Constantinopla estaba impregnada.

La supresión del califato, autoridad vinculada a la dinastía otomana de los sultanes, en 1924; las leyes sobre instrucción laica; la disolución de las fanáticas órdenes de los derviches; la extirpación de las oraciones en los cementerios; la abolición del islamismo como religión de Estado en 1928; la suplantación del al-

fabeto árabe por el latino, con el fin de hacer más factible la supresión del analfabetismo; el control sobre todos los fondos de asistencia social por el gobierno; la transformación de la Sancta Sophia de Constantinopla en un Museo; la inauguración de la Mezquita del Sultán Ajmet como biblioteca pública; la proclamación del domingo como día de descanso oficial; la prohibición de la enseñanza religiosa; la declaración como no obligatorio del ayuno mensual de Ramadan; la prohibición de los cánticos religiosos de la madrugada y del estudio del árabe en institutos extrauniversitarios; la supresión del fez y de muchas otras costumbres orientales; todo esto fue esperado y acogido por la población.

Al crédito de Mustafá Kemal debe agregarse la importante conquista social de la liberación de la mujer turca; ya en 1914 tuvieron las mujeres la oportunidad de servir a su país como enfermeras, maestras y en otras funciones. Durante la guerra de liberación bajo Atatürk acompañaron a sus maridos al frente.

Un problema muy importante resultó ser el de la disminución de la natalidad. Mucho antes de la guerra mundial se inició el decrecimiento de la población turca. Las sublevaciones y guerras en los países balcánicos, en Trípoli, en Arabia, consumieron ingentes cantidades de víctimas. Los mejores hijos del campesinado anatolio fueron enviados a una segura masacre en lejanos países. De los pocos sobrevivientes, muy escasos son los que regresaron a sus hogares. Judíos y cristianos no servían en el ejército turco. Las siete décimas partes de la población otomana la constituían razas subyugadas, y para sofocar sus rebeliones hubieron de formarse expediciones integradas por los hijos de los campesinos turcos.

La guerra que se prolongó algunos años después del tratado de Versalles y que se llevó a cabo simultáneamente en distintos frentes, especialmente la lucha contra Grecia, y las devastaciones ocasionadas por los griegos en fuga, repercutió grandemente en la obra constructiva. Faltaban sencillamente brazos para el trabajo. De los 3.800 musulmanes que, por ejemplo, en Mercivan, se alistaron en el ejército cuando estalló la guerra, sólo seis retornaron en las primeras semanas de la paz. Cuando el doctor Nansen propuso en nombre de la Liga de las Naciones el canje de las poblaciones turca y griega en aquellos países, Turquía perdió dos millones de brazos, numerosas industrias, una gran parte de su comercio y otras empresas.

Gracias al sentido político de Kemal, fue suscrito el pacto de Lausanne a fines de julio de 1923, por el cual se hizo cesión de los territorios no turcos, fue suprimida la capitulación e iniciado

un intensivo programa de trabajo en condiciones de paz con los pueblos vecinos. De otro modo Turquía habría sido obstaculizada por todas esas preocupaciones.

II

En el diabólico juego para extender sus pardas alas sobre los países del Cercano Oriente, la Alemania nazi confiaba alcanzar especialmente a Turquía, primero desde el punto de vista económico y posteriormente por su yugulamiento político. Dos años atrás Alemania absorbía más de la mitad de la exportación total turca, por unos 60 millones de libras de este país. En 1938 pudo observarse una mejora en las relaciones comerciales entre Turquía e Inglaterra, pero de ello sólo salía beneficiado Londres. Y esto se debió sobre todo a las necesidades que Turquía tuvo de emplear en aquellos años hierro y acero para la construcción de ferrocarriles, puertos y ciudades, circunstancia excepcional. Y aun en aquellos años Inglaterra no sobrepasó el cuarto lugar en las relaciones comerciales con Turquía, mientras un mes antes de la nueva guerra, junio de 1939, Alemania recibía el 95 por ciento de las mercaderías turcas exportables, valoradas en más de siete millones de libras turcas. Por el contrario, Turquía importaba por las dos quintas partes de esa suma.

Para hacer resaltar más vivamente la importancia de una relación comercial tan acrecentada debe agregarse que incluso en un año tan normal como el de 1936, el segundo consumidor en importancia de los productos turcos, Estados Unidos, se contentó con 13 millones e Inglaterra sólo pudo absorber por valor de 6 millones de libras turcas. Turquía necesita mercados exteriores para sus productos agrícolas y sus materias primas. Sus precios no son los más reducidos. La demanda de sus productos es muy escasa. Las firmas inglesas importan los mismos artículos a menor precio de su propio imperio. Es por ello comprensible por qué las firmas turcas tuvieron que doblegarse a los apetitos alemanes. La aparente identificación entre ambos sistemas—gobiernos con dictadores a la cabeza— contribuyó al acercamiento. Durante el tiempo que Hitler se limitó a la realización de reformas internas, tuvo simpatías en Angora, especialmente cuando interesaban desde el punto de vista económico. La maquinaria y la munición de que Turquía estaba necesitada, sólo podía obtenerse en pocos países. Pero con excepción de Alemania, ningún Estado tenía necesidad de sus exportaciones. Y como Turquía no podía pagar en efectivo, aceptó vacilante el complicado sistema de canje que

le impusieron los economistas nazis a ella y a sus vecinos. Angora tuvo que aceptar otras restricciones de parte de Berlín. En 1937, por ejemplo, Turquía producía 68 millones de kilos de tabaco. Pero en tanto la cosecha del año anterior había sido vendida en un par de semanas, en 1937 no se encontraban compradores excepto en América. Alemania, con el fin de obtener nuevos beneficios, dejó pasar deliberadamente la estación a fin de obtener la cosecha por una insignificancia.

Turquía estaba convencida de que a medida que su industria se desarrollase, necesitaría menos de los productos alemanes. Pero para Alemania subsistirá siempre el problema de la alimentación para sus millones de bocas. No es conveniente cebar a un tigre para después impedirle el acceso a las fuentes de nutrición. Exigirá sus manjares, empleando la fuerza para lograr su alimentación. En Turquía se dejaron oír voces de alarma contra la Alemania nazi. Débiles y aisladas al principio, el tiempo las vigorizó. Anatolia es mucho más importante para Berlín, para una Alemania desnutrida, que Austria y aun que Ukrania. Con los países balcánicos bajo su protección, ¿quién se atrevería a oponérsele? Berlín parecía estar próximo a la realización de su viejo sueño—*Drang nach Osten*— y a la ejecución de la línea Berlín-Bagdad.

Resultaban sospechosos los crecientes intereses de Alemania en los países de Asia Menor. Envío sus emisarios a Persia. Se halla representada en Afganistán por un núcleo de instructores. En Bagdad fundó un importante puerto aéreo. Sus agentes se pusieron demasiado en evidencia. Los diplomáticos del Irak comenzaron a contraer enlaces con alemanas. El doctor Schacht inició su visita al Asia Menor. Von Papen, el tristemente célebre y amargo von Papen, fue designado como representante alemán en Angora.

¿Se excedió Alemania en todo esto?

Turquía se consideraba demasiado consciente para someterse a la política hegemónica de Berlín. Experimentó el sabor de la fraternización con Alemania durante la última guerra. Recordó muy bien cómo Berlín la había arrastrado contra su propia voluntad y sus propios intereses; cómo arrasó con todos sus abastecimientos, dejando a la población expuesta al hambre y a la miseria, mientras la Capital alemana se regodeaba con la impotencia de Turquía para reaccionar. El mercado inglés no tiene acogida para los productos turcos. Los alemanes afirmaban que Londres no aceptará, bajo ningún concepto, un convenio comercial en el que pueda salir perdiendo, con el propósito de ayudar a Turquía en los asuntos políticos a mantener una posición equilibrada.

El pacto de Alemania con Italia agudizó aún más la situa-

ción. En Turquía no se demostró nunca simpatía hacia Italia. Roma afianza sus posiciones en las costas orientales de Turquía. Angora tiene razón al formularse esta pregunta: ¿Qué es lo que pretende Italia con esa conducta? ¿Cuál es el sentido de una inversión de millones de liras en islas y costas ante las narices de Turquía? Algún día seguramente pretenderá reclamar las inversiones más los intereses.

Italia no pierde oportunidad de enrostrar a sus ex aliados en la última guerra que han quebrantado su promesa. Fue excluida del botín de la Gran Guerra —en Anatolia. Durante el conflicto (diciembre de 1925) de Turquía y del Irak, alrededor de la zona de Mossul, con sus ricos campos de petróleo, Mussolini amenazaba arrojarse sobre Turquía en el caso de que ésta se apoderara de los territorios mencionados. Cuando Mussolini, nueve años más tarde, inició su cruzada rapaz en Abisinia y manifestó en marzo de 1934 la misión histórica de Italia en Africa y en Asia, se percibió en Angora una insinuación concreta contra su independencia. Turquía fue la primera en ofrecerse a practicar un embargo contra Italia en ocasión de la guerra contra Abisinia. Y cuando las negociaciones entre Londres y Roma parecían nivelar las diferencias surgidas entre ambos en lo que respecta al Mediterráneo, en Turquía se manifestaron ciertos temores.

Cuando Turquía consiguió, gracias al apoyo de Inglaterra y de Francia, revisar en 1936 el pacto de Lausanne, firmado en 1923, y suprimir las condiciones que restringían sus derechos a fortificar los Dardanelos, Italia se opuso. Hubo de pasar un tiempo hasta que el conde Ciano aprobó el convenio de Montreaux. La prensa turca siguió con interés durante todo el verano de ese año las nuevas fortificaciones italianas en las islas del Dodecaneso. Sus diarios clamaban airados cuando Italia tuvo la audacia de protestar ante Francia por la entrega a Turquía del sandjak de Alessandreta. Roma, como asistente a la conferencia de San Remo, exigía que se le consultara sobre esas modificaciones. ¡Y todo esto después de Abisinia, después de la sofocación en sangre de España y del despojo de Albania! Diarios alemanes e italianos comentaban el traslado de los no turcos de Alessandreta. Hicieron hincapié en la protección de los derechos de 14.000 armenios que tuvieron que abandonar el sandjak a partir de su ocupación por Turquía.

Fue entonces cuando Turquía comprendió que nada ganaba con el pacto nazi-fascista. Aprendió a discernir entre las necesidades económicas y las realizaciones políticas. Un Estado independiente puede componérselas respecto a sus necesidades eco-

nómicas, y sólo cuando deja de existir políticamente se ahorra esas preocupaciones económicas.

Durante todo el tiempo Turquía ha tenido la esperanza de que Inglaterra y Francia demostrarían mayor comprensión en torno a sus necesidades. Necesitaba un punto de apoyo para reaccionar contra la audaz actitud alemana. Y ciertamente, si el plan alemán hubiese logrado ponerse en práctica, habría significado un rudo golpe para las democracias.

Comenzó el acercamiento con una visita de banqueros e industriales turcos a Inglaterra. Aparentemente, por razones puramente financieras. Pero no constituía ningún secreto que las verdaderas razones de esa visita eran negociaciones de alcance político. En la lúcida mirada adquirida por Inglaterra se pudo observar un destello de preocupación. El itinerario terrestre más corto que conduce a la India pasa por Angora. Las dos grandes democracias declararon sin mayores vacilaciones a Turquía que una precisa investigación de la situación internacional las había persuadido de la necesidad de un mutuo entendimiento.

En lo que respecta a Francia, hace tiempo había llegado a la conclusión de que para llegar a una armonía con Turquía el riesgo era mínimo. Todavía en 1921, cuando la joven república se hallaba rodeada de enemigos, Francia se apresuró, adelantándose a Inglaterra, a evacuar su ejército de Anatolia, obteniendo de este modo para Siria la región semi-turca de Alessandreta. Los beneficios para Turquía de aquellos críticos años por semejante amistad fueron inapreciables. Especialmente cuando Francia prometió respetar la autonomía de los turcos del sandjak. Hacia Francia se siente una general proximidad en Turquía. Su primera lección de modernidad la recibieron en París; su primer contacto con la literatura occidental se hizo a través de la lengua francesa. En la capital de Francia encontraron asilo y amparo sus exilados políticos. En aquella atmósfera maduraron también los planes de un nuevo orden en Turquía.

En la opresiva atmósfera provocada por la intervención nazi-romana en España, Inglaterra susurró al oído de Francia la conveniencia de ceder algún otro hueso a Angora. En 1936, París hizo conocer su propósito de liberar a Siria. Según el cálculo hecho en Angora, Turquía debía recibir Alessandreta con su cuarto millón de turcos. Pero mientras Francia fuera responsable de la administración de esa zona, callaron. Pero en cuanto Siria tomara el poder, Turquía no podría abandonar a tantos "hermanos" bajo

un dominio extraño. Sobre todo en manos de un Estado donde el nacionalismo había levantado su cabeza sin obstáculos, de un Estado que recién ayer fue una parte del Imperio turco. Unos cuantos grandes mitines de masas en Siria, un viaje del ministro del exterior de Irak a Turquía, unas cuantas protestas árabes dirigidas a Inglaterra en torno a Alessandreta, y el asunto fue solucionado en favor de Turquía.

Inglaterra respiró aliviada. La puerta quedaba abierta para futuras negociaciones. Se sonrojó al recordar sus torpes intenciones al pretender apoyar a Grecia en su despojo de territorios turcos. Había olvidado durante largo tiempo el conflicto surgido a raíz de los campos petrolíferos de Mossul, cedidos por el Irak. También silenció Londres en esos momentos la ayuda y el dinero que catorce o quince años atrás había distribuido entre las tribus kurdas de la frontera, hostigándolas contra la república recientemente constituida. Le halagaba a Inglaterra la realización de la Liga balcánica en 1934. La paz no quebrantada entre los dos viejos enemigos: Turquía y Grecia, prometía mucho para el bienestar en el Cercano Oriente. La firma del tratado de Saadabad en 1937 aproximó y enlazó a Turquía con el Irak, a Persia con el Afganistán. Un muro de protección fue elevado alrededor de su imperio de la India. Turquía y Egipto, dándose las manos en un apretón amistoso sobre el canal de Suez, ¿qué más podía desear Inglaterra en la zona oriental del Mediterráneo?

Turquía no perdió en el negocio. Se hizo pagar por su amistad con 16 millones de libras esterlinas, que invirtió en armamento. Y con el objeto de no alejar a Berlín, aceptó un empréstito alemán por igual suma. Para un país como Turquía, ciento sesenta millones de libras turcas representa una suma enorme. Su reducido presupuesto —248 millones de libras turcas en el último año—, del cual una tercera parte cubre sus gastos militares, no alcanzaba para otras iniciativas importantes. La instrucción adolecía de carencia de recursos. Y el Estado sólo podía proporcionar a los niños tres años de instrucción gratuita elemental. El ministerio de Obras Públicas se hallaba igualmente limitado en sus recursos. A pesar de haber triplicado desde 1923 su flota, su situación geográfica exige sin embargo un tonelaje mucho mayor. Todos los proyectos económicos de colonización, ferrocarriles, saneamiento de pantanos, apertura de Bancos y Cajas de crédito merecieron apoyo.

El mundo comenzó a observar a Turquía como a un oriental astuto que coquetea con Inglaterra, susurra al oído a Francia, se

escribe con Rusia y le sonríe a la Alemania de Hitler. Aislamiento, neutralidad, indiferencia, parecía el camino de Turquía, que Alá mismo le hubiese señalado con el índice.

III

No es extraño, pues, de que el mundo no se hallase preparado para la gran sorpresa que Turquía le deparó desde su existencia como república. La novedad del acuerdo con Gran Bretaña y Francia apareció como caída del cielo, a pesar de que se hablase de tanto en tanto sobre las amistosas visitas militares entre los tres países. Sobre todo resultaba inexplicable por qué Turquía se apresuró a sellar su destino con determinado bando mientras su vieja amiga, la Rusia soviética, conservaba una aparente neutralidad y exigía de ella lo mismo.

Es por eso fácil de concebir por qué fueron forjadas tantas hipótesis con respecto al precio que obtuvo. El ex *premier* sirio, Jamil Marda, lanzó la sorprendente acusación de que Inglaterra y Francia resolvieron dejar el Irak y Siria bajo la protección de Turquía, y ésta eventualmente obtendría grandes extensiones de territorios en el Oriente árabe. ¿Quién puede saber la dosis de verdad comprendida en esa acusación?

Como es posible advertir, trátase aquí de algo muy fundamental. Existe un rasgo en la conciencia histórica de Turquía que la inclina hacia Occidente, que la hace sentir una repugnancia instintiva hacia todo lo que la obliga a unirse a Asia y a lo asiático. Inglaterra y Francia son europeas y occidentales. Si no es posible aprobar siempre sus métodos, es preciso considerarlas como *gentlemen* en relación con las otras potencias.

Por ejemplo, si un diplomático turco en su camino hacia Roma o Londres observara desde la cubierta de su barco en las costas sur-mediterráneas, aparecerían ante sus ojos las dos antiguas provincias turcas Egipto y Libia, ambas con población mahometana. Hace casi cincuenta años, Inglaterra la desalojó de Egipto. En 1912 perdió miserablemente Libia en guerra con Italia, no sin culpa de Inglaterra. ¡Pero qué diferencia enorme cuando se hace el balance de ambas administraciones! Egipto crecía y se multiplicaba bajo el dominio inglés, alcanzó prosperidad y consiguió la autoadministración. Libia, por el contrario, soportó todas las maldiciones del dominio colonial. Su población fue exterminada; los sobrevivientes se dispersaron. Italia despojó sus campos y riquezas, convirtió a la

población mahometana en aguateros y en leñadores; introdujo y asentó colonos italianos sobre toda parcela de buena tierra, y declaró a Libia como provincia italiana.

Recurriendo de este modo a paralelos, Turquía debe llegar a la conclusión que Italia no es la primera ni la única que emplea semejantes métodos coloniales. Su fuerte vecina, Rusia, desde Pedro el Grande, siguió esta misma ruta: asimilación de sus vecinos, rusificación de sus territorios. La proximidad ideológica en el aspecto colonial entre el Kremlin rojo y el Moscú de las 40 por 40 cúpulas, se pone bien en evidencia. Además la svástica conjugada al martillo y la hoz, no es tranquilizadora para la media luna.

Un informe minucioso sobre lo ocurrido en las prolongadas relaciones entre Turquía y Rusia no lo tenemos. Pero los fragmentos que hemos podido obtener demuestran claramente: las maniobras y tácticas del Kremlin, su punto de vista y sus preparativos en torno a la conferencia, impulsaron decisivamente a Turquía a echarse en brazos de los aliados. Naturalmente fueron tomados en cuenta los factores políticos. Pero los de orden psicológico no deben ser en este caso menospreciado.

IV

El pacto con la Alemania nazi ha mareado en cierto grado a los dirigentes rusos. Sus métodos de knut y fusta, que habían reservado para uso interno, resolvieron probarlos con potencias extranjeras e independientes. Hubo un tiempo en que los representantes soviéticos corrían como ratas envenenadas por las capitales principales de Europa mendigando el reconocimiento y la reanudación de las relaciones diplomáticas. Hasta el mismo año de Munich no pudieron aproximarse a la mesa de la política internacional. Y fue entonces cuando se apercibieron de que sería mejor invitar a los diplomáticos extranjeros a Moscú para llevar a cabo negociaciones. Moscú posee atmósfera adecuada. El Kremlin tiene una fuerza singular de atracción. En el comisariado de relaciones exteriores se consolaban con la idea de que quien aceptase una invitación quedaría comprometido a empujar el carro imperialista de Moscú, —rápidamente sacado del corral zarista, limpiándolo para que reapareciera su áureo color deslucido—, y sometido a los carreteros de blusa roja. Y en plena euforia se dejó de tener en cuenta el verdadero valor de los que habrían de empujar. No en todas las espaldas restalla el látigo por igual, por más hábilmente

que se le sacuda. Turquía no es Estonia. La reputación exterior de Finlandia no debió ser comparada con la de Letonia.

El ministro de relaciones exteriores de Turquía llegó a Moscú el 23 de septiembre. Sarajodglu almorzó a cuenta de la invitación y salió a visitar la ciudad. Tuvo que esperar largo tiempo las sesiones políticas. Con el propósito de "influir" sobre el turco y al mismo tiempo para adquirir mayor habilidad en el asunto de pedir y exigir, Rusia invitó a negociar a Estonia. La pequeña Estonia no tenía alternativa. No pudiendo obtener ayuda exterior cedió a todas las exigencias rusas. La garra del oso se desvió entonces hacia el Sur. En Moscú apareció el representante letón. Tampoco él obtuvo nada mejor que Estonia. Se acercaba el turno de Lituania. En medio de todo ello llegó a Moscú el ministro de relaciones alemán von Ribentrop, mantuvo unas cuantas conferencias con los capitostes rusos y regresó a Berlín con promesas soviéticas para Hitler. Sarajodglu no fue molestado durante todo el tiempo en Moscú. Solo se pretendía impresionarle con ese espectáculo. Apenas si se le prestaba atención en el Kremlin. Y uno de esos días ociosos lo aprovechó para hacer una visita a las embajadas francesa e inglesa en Moscú. Y durante la despedida insinuó sus propósitos de regresar al día siguiente a Angora. En el mismo día la prensa europea publicaba en primera plana que Inglaterra y Francia estaban a punto de concertar un pacto de ayuda recíproca con Turquía. Por cierto, dicho pacto no tiene atingencia con Rusia. Los Dardanelos, el Mediterráneo oriental y los países balcánicos se robustecerían en cambio con ese pacto. Es innecesario agregar que dicha noticia tuvo su influencia. Sarajodglu fue precipitadamente invitado a conferenciar con Molotof. El turco postergó su viaje. Pero aun entonces el comisario rojo no había abandonado la esperanza de obtener concesiones por parte de Turquía, por el estilo de las que había obtenido de Letonia y Estonia, mientras en Angora, durante todo el tiempo, una comisión de expertos franco-inglesa, estudiaba con los representantes turcos el texto definitivo del convenio. El *premier* turco reemplazaba momentáneamente al ministro de relaciones exteriores, para la firma del documento. Durante el mismo día, 13 de octubre, y media hora después de la firma, Chamberlain anunciaba al Parlamento el pacto, y simultáneamente la prensa de los tres aliados daba a conocer el texto íntegro. Ese día tocaba a término la visita de Sarajodglu a Moscú. En su viaje de regreso lo acompañó seguramente, entre tantas otras, esta interrogación: ¿Se volvería a presentar una segunda ocasión para visitar a Moscú y en qué circunstancias? Solo una cosa se le había aclarado. Si Turquía estuvo esperanzada en algún momento en

que la política soviética se diferenciaba de la zarista, Molotof se encargó de convencerla de lo contrario. Aun cuando no se haya recordado mediante una sola palabra el viejo sueño ruso de la dominación de Constantinopla, de obtener una salida al Mediterráneo por el puerto de Alessandreta, y otros privilegios territoriales, no sorprenderá si se les descubre posteriormente.

Diez días después del acuerdo, uno de los diarios turcos más importantes declaraba que hasta tanto los Estados, grandes y pequeños, fuertes y débiles, no obtuviesen los mismos derechos, no se conocerá la paz en Europa. Turquía no es de los Estados más fuertes y sabe que no podrá soportar la presión de las grandes potencias. En estos críticos tiempos actuales no es posible jugar con frases. ¡Advertencia número uno contra Alemania!

En lo que respecta a los países democráticos no es de extrañar que un diario modifique su posición acerca de los problemas internacionales. En un país, en cambio, donde la prensa es rígidamente controlada por el gobierno, su cambio implica casi siempre un cambio político. Un año atrás el diario más importante de Estambul, *Tchumhuriet*, apareció con la demanda de que fuese entregada a Turquía la isla de Chipre. Y un estiletazo a Rusia cuando se hizo cargo de la defensa de millones de turcos bajo el dominio extranjero. Dicho diario había olvidado por un instante la ayuda que Turquía había recibido de los soviets recientemente constituídos en su lucha contra Grecia, las tribus fronterizas, que Inglaterra había hostigado contra ella, además de sus enemigos internos, partidarios del viejo régimen. Fue un modo de avivar el fuego de la idea panturca, la consigna de la agrupación de todos los pueblos y tribus de idioma turco en un solo imperio, para obstruir de esta manera el camino al paneslavismo que cada vez se expandía más en sus territorios.

Para los entendidos en cuestiones orientales no existía duda de que ese intento estaba dirigido principalmente contra Rusia. Los ricos campos petrolíferos de Bakú, Cáucaso, Crimea, Jiva, Bujara y Turquestán —los 18 millones de mahometanos bajo el dominio soviético están emparentados con las tribus turcas. Antes de la primera guerra mundial, los magnates tártaros del petróleo de Bakú, apoyaron el movimiento panturco con todos sus recursos. A muchos de ellos se le debe el crecimiento de la prensa, la renovación y creación de un tesoro lingüístico turco. En la primera Duma zarista los mahometanos formaron un bloque tan sólido que el gobierno, como medida de precaución, comenzó a perseguirlos a cada paso.

La sangre fluye más espesa que el agua, dice un proverbio

árabe. Y cuando causas nobles son accionadas por el petróleo, es difícil prever lo que el mañana puede reservarnos en el plano internacional.

Es fácil sobrestimar el valor del pacto turco-anglo-francés y la influencia que tendrá en la situación política internacional. Pero no será nada exagerado subrayar que se trata de una modificación fundamental en las relaciones políticas de los pueblos del Cercano y del Lejano Oriente.

Nueva York, 1940.

CeDInCI

J. GARCIA PRADAS

COMO TERMINO LA GUERRA DE ESPAÑA

CAPITULO V

XVII.—CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA.

Alas nueve menos cuarto de la noche entrábamos en el viejo caserón del Ministerio de Hacienda Val, Salgado, Amil, González Marín y yo. Las puertas estaban abiertas y no había más guardia que la normal. Abajo, en los sótanos-habilitados para instalar el cuartel general del Ejército del Centro al iniciarse la defensa de Madrid, había un grupo de periodistas nacionales y extranjeros; como conocía a todos y estaba entre ellos el reporter militar de CNT, me detuve a saludarlos. No me extrañó su presencia allí, pues todas las noches iban a buscar noticias. y creo que no les sorprendió la nuestra; mas, viendo que había informadores de agencias extranjeras y redactores de algunos diarios comunistas, pensé en la conveniencia de impedir que se marcharan o comunicasen por teléfono, y cuando entré a ver a Casado, se lo dije sin pérdida de tiempo. Al instante dió Segis las órdenes pertinentes, y en adelante, nadie bajó a su despacho sin permiso especial, ni pudieron marcharse hasta después de medianoche los que bajaron.

En el despacho donde Miaja contrastó tantas veces su cachazuda serenidad con el nervosismo de quienes iban a visitarle en las ásperas jornadas de la defensa de Madrid, Casado sonreía levemente, con ironía casi imperceptible, al recibirnos. Tenía un aire ligero y perezoso a la vez, propio de algunos hombres acostumbrados a realizar matemáticamente los hechos más arriesgados; diríase que le agradaban las dificultades de nuestra empresa,

y sus grandes ojos negros se entornaban tras el brillo de las gafas de tal modo, que daban la impresión de ver sin mirar. Se levantó de la mesa a que estaba sentado, nos saludó con un gesto tan elocuente como una contraseña, y Val, Salgado y Marin pasaron con él a una pieza inmediata, muy pequeña, que servía de alcoba y de despacho reservado, propicio a las confidencias. Fuera, con Amil y conmigo, se quedó el anciano general Martínez Cabrera, jefe militar de la plaza; grandote y pesado, tenía cierta comicidad su nerviosismo; ya estaba sentado, ya paseaba, y, de vez en vez, batiendo la alfombra con la contera de su bastón de mando, cuyos cordones se le erredaban en los dedos gruesos y torpes, echaba un taco contra Negrín y los comunistas.

A pocos minutos llegaron Carrillo, Besteiro y Miguel San Andrés. Entraron en la habitación en que estaba Casado con nuestros compañeros. Aquella fue la entrevista en que se inició formalmente la constitución del Consejo. El nombre de este organismo fue propuesto por nosotros. En octubre y noviembre de 1936, la C. N. T., que activaba la descomposición del Estado burgués, había constituido el Consejo Regional de Aragón y propugnaba la creación de un organismo semejante en el área nacional. Fué imposible entonces; más de dos años después, en diferentes circunstancias, sonaba de nuevo el nombre de lo que no pasó de ser un puen propósito. Aceptada la denominación, se aceptó también la estructura proyectada por nosotros, y fue el Comité Regional de Defensa del Movimiento libertario quien hizo lo que se llama "reparto de Carteras". No hubo más que una variación: la concerniente a Besteiro. Se le había propuesto para Presidencia y Estado; pero él dijo que la Presidencia debería ocuparla un representante del Ejército, ya que en éste residía la autoridad, en virtud de haber sido proclamado el estado de guerra cuando el Gobierno tenía facultades legales para ello. Casado no quiso aceptar tan alto cargo, y esto dió pie, cuatro horas más tarde, para que Miaja se uniera a nosotros. Carrillo y San Andrés aceptaron los cargos que se les dieron.

Los futuros consejeros examinaron los manifiestos que se iban a leer por "radio", y cuando llegó Cipriano Mera ya era hora de ponerse ante el micrófono. Venía nuestro compañero con el jefe de su Estado Mayor, el comandante Antonio Verardini. ¡Qué extraña pareja! Mera no había perdido, bajo el uniforme de teniente coronel, el gesto rudo, desabrido y sencillo de su vida anterior; continuaba siendo proletario, albañil, y la desenvoltura

con que se movía en los altos medios militares tenía el tono grave y natural de quien cumple a rajatabla una misión; así andaba antes del Sindicato a la cárcel, de la cárcel al andamio. Verardini, mucho más joven que Mera, le seguía a todas partes con respeto y, casi, con sumisión; ingeniero en su vida civil, llegó a ser durante la guerra una de las primeras cabezas de nuestro Ejército, y a fuerza de sentir el dramatismo de la contienda se proletarizó voluntariamente de tal modo, que parecía templado para la lucha social en la fragua de los Sindicatos.

Pasaron Mera y Verardini a ver a Casado, y nos quedamos todos en espera del instante de proclamar el alzamiento. Pero la 70 Brigada no había llegado, y sería imprudente anunciar lo que quizá no pudiéramos sostener si nos fallaba algún resorte. Pasó el tiempo. A las once, todavía no estaban en Madrid los batallones esperados, porque algunos oficiales comunistas del Cuerpo de Tren del Ejército, más por costumbre que por sospecha, nos entorpecieron el transporte. En el teléfono casi no había comunicación; Negrín, decidido a todo, ya no necesitaba a nadie, y eran muy pocas las autoridades interesadas en conocer y remediar la situación... A las once y media llegó la Brigada confederal, al mando de Bernabé López. Se instalaron sus fuerzas en los sitios convenidos, y el compañero Septién, capitán de la compañía que ocupó el Ministerio de Hacienda, bajó a ver a Casado. Se cerraron las puertas del edificio, y a las doce, cuando se iba a radiar el parte oficial de guerra, fuimos todos al departamento en que estaba instalado el micrófono del cuartel general. Se conectó con Radio España y Unión Radio. El "speaker" oficial, comandante de carabineros por arte de birlibirloque o favor de Negrín, se puso a leer el parte, sin suponer exactamente lo que iba a ocurrir después, y se quedó asombrado cuando, al retirarse él, se acercó al micrófono D. Julian Besteiro, encorvado físicamente por la edad y el sufrimiento, y exclamó:

—“¡Ciudadanos españoles! Después de un largo y penoso silencio, hoy me veo obligado a dirigiros la palabra por un imperativo de la conciencia...”

Le temblaba la voz, de emoción y de fatiga; la cana melena le caía sobre las arrugas de la frente serena, de profesor, y las muñecas descarnadas hacían sonar levemente los puños almidonados de la camisa. Pero allí había un hombre enérgico. Y aquel hombre decía a todos los españoles:

—“Ha llegado el momento de irrumpir con la verdad y

rasgar las redes de falsedades en que estamos envueltos. Es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de salvación de la masa inocente e irresponsable... El Gobierno del señor Negrín, con sus veladuras de la verdad, sus verdades a medias y sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo; tiempo que se ha perdido para el interés de la masa ciudadana combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no podía tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadenase una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas naciones.

“De esta política de fanatismo catastrófico, de esta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa hacia el dolor de la nación, ya está sobresaturada la opinión republicana. Yo os hablo desde este Madrid que ha sabido y sabe sufrir con emocionada dignidad su martirio; desde este “rompeolas de todas las Españas”, que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonado, en tierras extrañas (1), os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, cuando a uno le anonada la desgracia; y yo os digo que una victoria, que no pérdida, moral de ese género vale mil veces más que la ilusión de una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios...”

Contra tirios y troyanos, contra fascistas y bolcheviques.

Besteiro empezó a hablar claro. Al terminar, lloraba...

XVIII.—NEGRÍN OFRECE LA TRANSMISIÓN DE PODERES.

A continuación, Miguel San Andrés leyó ante el micrófono el manifiesto en que se proclamaba la constitución del Consejo; su texto, redactado por nuestro Movimiento, no había sufrido alteración alguna. Y decía, en algunos de sus párrafos:

—“Como revolucionarios, como proletarios, como antifascistas y como españoles, no podíamos continuar aceptando pasivamente la imprevisión, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la irresponsabilidad de que ha dado muestras el Gobierno

(1) Referíase a Machado, muerto en Francia.

del doctor Negrín... Han pasado muchas semanas desde que se liquidó con una deserción general la guerra en Cataluña. Todas las promesas que se le hicieron al pueblo en los momentos más solemnes, fueron olvidadas; todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictuosamente pisoteados. En tanto que el pueblo sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, muchos hombres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzante y vergonzosa el camino para salvar su vida, aunque fuera a costa de su dignidad...

“Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza y evitar que se produzca la deserción en los momentos más graves, se constituye este Consejo Nacional de Defensa, y en nombre de este organismo, que recoge sus poderes del arroyo, adonde los arrojará el llamado Gobierno del doctor Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas y a todos los españoles para darles la garantía de que nadie podrá rehuir el cumplimiento de sus deberes ni esquivar la responsabilidad contraída por sus promesas...”

“No venimos a hacer frases, ni a jugar al heroísmo; venimos a señalar el camino para evitar el desastre, dispuestos a marchar, con el resto de los españoles, por ese camino, sin miedo a las consecuencias. Aseguramos que no desertaremos, ni toleramos la deserción. No saldrá de España ninguno de los hombres que aquí deban estar, hasta tanto que por libre y general determinación no salgan de ella cuantos quieran, que no cuantos puedan, salir.

“Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio y en la vergüenza; y para lograrla pedimos el concurso de todos los españoles y damos la garantía de que nadie abandonará su obligación. “O todos nos salvamos, o todos nos hundimos en la exterminación y en el oprobio”, —dijo el doctor Negrín, y el Consejo Nacional de Defensa se impone como primera y última, como única tarea, convertir en realidad esas palabras...”

Seguidamente leyó su enérgica alocución Cipriano Mera, y después se puso Casado ante el micrófono. Sacó de su bolsillo unas cuartillas, en las que reconoció las que le había escrito dos o tres semanas antes; había suprimido algunos párrafos, había añadido algunas frases, pero las modificaciones no eran esenciales. “Desde Madrid; quicio de la guerra, capital de la patria, espejo de las virtudes españolas”, Casado se dirigía a la zona fascista:

—“Soy lo que siempre fui y estoy donde siempre estuve: militar que jamás intentó mandar a su pueblo, sino servirle en toda ocasión, porque entiendo que la milicia no es cerebro de la vida pública, sino brazo nacional, quien os habla juró lealtad a una bandera y leal a ella sigue; tenía la obligación de luchar por la libertad y la independencia de su pueblo, y en defenderlas cifra su mayor orgullo.

“Desde el infausto día en que estalló la guerra, yo, como todos los militares no sublevados contra el régimen que España se dió pacífica y legalmente, ni he tenido que hacer abjuración alguna ni he necesitado renovar promesas de lealtad. Y sin más título que éste del deber cumplido, me dirijo a vosotros, compatriotas, con el dolor de España en el corazón y su nombre limpio en los labios, para advertiros que el pueblo ha tenido gallardía y conciencia suficientes para buscar, en medio de los horrores de la guerra, el camino de la paz, que sólo puede ser el que conduzca a la consolidación de la independencia y de la libertad. Estos dos motivos esenciales de la lucha que mantiene la República son los crisoles en que se funden los anhelos populares de aquende las trincheras... No luchamos por nada ajeno a nuestra voluntad y a nuestros intereses de españoles; queremos una Patria exenta de toda tutela extraña, libre de toda supeditación a las ambiciones imperialistas que van a devastar otra vez Europa, y capaz de regirse interiormente sin violencias tiránicas...

“Escoged, españoles de la zona invadida, entre los extranjeros y los compatriotas, entre la libertad fecunda y la ruinosa esclavitud, entre la paz en provecho de España y la guerra al servicio de los invasores imperialistas. Pero sabed que nuestra lucha no terminará mientras no asegureis la independencia de España. El pueblo no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. No soy yo quien os habla; os dice esto un millón de hombres movilizados para la guerra y una retaguardia sin frontera ni líneas de retirada, dispuesta a batirse en lucha a muerte por unas dignas bases de paz...

“Escoged, que si nos ofrecierais la paz encontraríais generoso nuestro corazón de españoles, y si continuárais haciéndonos —y haciéndoos— la guerra hallaríais implacable, segura, templada como el acero de las bayonetas, nuestra heroica moral de combatientes. O la paz por España, o la lucha a muerte. Para una y para otra estamos dispuestos los españoles independientes y libres, que no tomamos sobre nuestra conciencia la responsabilidad de

destruir nuestra patria. ¡Españoles! ¡Viva la República! ¡Viva España!”

Todos, emocionados, salimos en silencio del locutorio. Al pasar por los largos túneles de los sótanos de Hacienda los periodistas nos rodearon, con alegría y exaltación. Salieron todos inmediatamente, y una hora después, Europa y América empezaban a recibir cablegráficamente el reportaje de la sublevación. Volvimos al despacho de Casado, y no habíamos hecho más que entrar cuando sonó el timbre del teléfono:

—Dígame... Cuartel general del Ejército del Centro; el coronel Casado al habla. ¿Quién es ahí?... Más alto, que no se oye... ¡Ah, posición Yuste!...

Tapó Casado el locutor con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía el auricular, y nos dijo, sonriente:

—Se va a poner Negrín...

En efecto, el ex Presidente habló por teléfono:

—Mi general...

—Aquí, el coronel Casado...

—El Presidente aquí, mi general.

—Aquí, el coronel Casado. Dígame.

—¿Qué han hecho ustedes? Acabo de escuchar los manifiestos. Eso no puede ser verdad, mi general. ¿Qué ha ocurrido ahí?

—La cosa es clara. Nos defendemos, nos alzamos en armas frente a unos rebeldes, que son ustedes.

—Pero esto puede tener un arreglo.

—Está todo arreglado, señor, y principalmente para usted, que ha encontrado quien le echará...

—Permítame, mi general. El Gobierno está dispuesto...

—¡Nada! El Gobierno no existe. Hay un Consejo Nacional de Defensa, que asume todos los poderes de la República.

—Le advierto a usted que somos fuertes, y...

—¡Cuidado! La autoridad no admite desafíos.

—Pero, ¡hombre!, atienda usted, mi general.

—Coronel, señor; no acepto el último ascenso.

—Esto no puede quedar así. Podemos arreglar la situación transmitiendo al Consejo los poderes del Gobierno

—El Gobierno no tiene poderes; sólo puede transmitir inconfesables deudas y gravísimas responsabilidades.

—¿Entonces?...

—Sólo tengo que decirle una cosa: el Consejo Nacional de

Defensa exige la libertad del general Matallana. Procure usted que no le ocurra nada.

—Descuide, mi general.

Casado colgó el teléfono. Dos minutos después, llamaba Segundo Blanco. También quería arreglar la situación, y en tales términos hablaba, que el coronel, para evitar violencias, no quiso entregarnos el aparato a Val ni a mí, que se lo pedíamos insistentemente.

—Terminemos, Blanco —decía Casado—; hay mucho que hacer en Madrid. Si ustedes, los ministros, quieren ayudarnos en el servicio del pueblo, vengan aquí. Los recibiremos con sumo agrado.

Llamó después Paulino Gómez. Aunque hablaba también en presencia de Negrín, sus palabras descubrían que nuestra sublevación le era simpática. Tuvo frases amables para Casado, preguntó si era perfecto el orden público y, al despedirse, prometió visitarnos en Madrid:

—Ya sabe usted, mi coronel: yo, con el pueblo. Mañana me tendrán ustedes ahí.

XIX.—EL PUEBLO Y SUS FUERZAS ARMADAS, CON EL CONSEJO.

Sonaban todos los teléfonos. Desde sus puestos de campaña, jefes de Cuerpo de Ejército, de División y de Brigada preguntaban por Casado, por Val y por Mera, para ofrecerles su adhesión y sus fuerzas. Todos los Partidos políticos, excepto el comunista, desde cualquier lugar de la zona, pedían órdenes, con alborozo de resurrección. De todas partes se recibían enhorabuenas y plácemes, vítores y aplausos. Pero nuestra atención se fijaba en Cartagena. Se había enviado allí al teniente coronel de Artillería Pérez Salas, que era de los nuestros, para sofocar la rebelión. Cuando llegó, ya era tarde para impedir que la Flota desistiese de su actitud levantisca y superara los efectos del desorden. De algún buque —sé que el comandante pertenecía a la C.T.N., más no recuerdo su nombre, ni el de la nave— salió la marinería a pelear en tierra, mientras los otros se hacían a la mar. Francisco Galán, contra cuyo nombramiento se había alzado la Flota, obtuvo el auxilio de ésta, como antifascista, al sublevarse la “quinta columna”, y pudo subir a un barco, en el cual salió del puerto. Pérez Salas aplastó rápidamente la insurrección. A la una de la mañana del día 6, leía yo esta nota por “radio”:

—“El teniente coronel jefe de la base de operaciones de Cartagena ha dirigido al excelentísimo señor consejero de Defensa el siguiente comunicado: “El movimiento de los sublevados de Cartagena, ciudad y cercanías, a la hora de redactar este parte ha terminado totalmente, lográndose por nuestra parte todos los objetivos. Al comunicarle la liquidación del movimiento insurreccional, me complace en manifestar que todas las fuerzas a mis órdenes cumplimentan a V. E. y demás miembros del Consejo Nacional de Defensa.”

Llamó Miaja desde Valencia:

—¿Cómo va eso? ¡Qué callado lo teniais!

—Y usted, mi general... Pero, venga a Madrid, que el pueblo le quiere. Aquí, en mi despacho, están unos cuantos amigos suyos: Carrillo, San Andrés, Val, Salgado, González Marín...

—¿También González Marín? Los de Noviembre nunca fallan. Me acompañó buena gente en la Junta de Defensa, de Madrid.

—Aquí está el general Martínez Cabrera, y García Pradas...

—¡No podía faltar ese j...! Y me preparará alguna faena.

—Según; si usted viene, mi general...

—Bueno, bueno; voy a dormir un rato, y mañana por la mañana me tendréis ahí. ¡Viva la República, Segis!

—A sus órdenes, mi general. ¡Viva la República!

El teniente coronel Barceló, jefe del primer Cuerpo de Ejército, hablaba desde su puesto de mando, en la Sierra:

—A tus órdenes, Segis. ¡Ya era hora! Me limito a cumplir lo prometido. Estoy incondicionalmente al servicio del Consejo.

—Perfectamente, Barceló. ¿Y qué hay por ahí?

—Acabo de hablar con todas las unidades. Nadie se mueve.

—¿Estás seguro?

—¡No he de estarlo!

—Mira que en ese Cuerpo de Ejército hay dos jefes comunistas alertados para la otra sublevación. Ascanio y Pertegás pertenecen al Comité Provincial del Partido. ¡Mucho cuidado con sus Divisiones! Llámame luego.

—A tus órdenes.

Inmediatamente, el teniente coronel Bueno, jefe del Segundo Cuerpo, desde su puesto de mando de Chamartín de la Rosa:

—¡Todo listo, mi coronel! Sin novedad. Las fuerzas de mi mando quedan al servicio del Consejo, de la República y de España.

—Muy bien. ¿Y el comisario de ese Cuerpo de Ejército?

—¿Conesa?

—Si, ese dirigente de la juventud comunista.

—Ha salido hace media hora.

¡Cuidado, Bueno! Monta la guardia en el cuartel general.

Llámame dentro de media hora.

El jefe del tercer Cuerpo de Ejército, coronel Francisco Ortega, guardaba silencio. Aunque había ingresado en el P. C. durante la guerra, era uno de los stalinianos más representativos. Desempeñó el cargo de director general de Seguridad durante la represión contra el P.O.U.M., y al desaparecer Andrés Nin y prepararse la lucha policiaca contra la C.N.T., dimitió, asustado. Por mil procedimientos quiso lograr posteriormente, la estima de cuantos en él concretamos la responsabilidad de muchos crímenes políticos; no la hubiera conseguido ni aun dándose de baja en el P. C., para lo cual le faltaba valentía; pero, sin embargo, quienes nos preciámos de conocer bien a aquel hombre de cara de zorro, que inició la defensa de Irún siendo sargento de Carabineros y unos meses después ocupó en la Ciudad Universitaria el sector en que Durruti acababa de morir, creemos que era, en el fondo, "una buena persona", a quien no la ambición audaz, sino la vanidad desmedida, le produjo un torpe afán de medro, por el cual contrajo responsabilidades que le impedían dormir. Era un pobre esclavo del stalinismo, con todo su empaque de coronel.

Le llamó Casado. Estuvo cortés, comedido, miedoso en la conversación. No aprobó ni censuró lo ocurrido, pero dijo que era lamentable que hubiera que obrar así, y cuando se le pidió que adoptase una posición concreta respecto al Consejo, dijo que no estaba con él ni contra él. Casado le dió a entender que sabía que una de las Divisiones del tercer Cuerpo de Ejército, bien pertrechada de artillería, morteros y ametralladoras, estaba "sobre ruedas", en tren de marcha, y Ortega afirmó que él no daría ninguna orden para enfrentar al pueblo con el pueblo. No estaba mal, pero debíamos quedar alerta, y Casado llamó a nuestro compañero Molina, jefe de la 13ª División, para encomendarle el ataque del cuartel general si desde allí se ordenaba que algunas unidades avanzasen contra Madrid.

Iba pasando la noche, y los teléfonos no cesaban de funcionar. Entraban y salían los ayudantes de Casado. Sonaban fuera las máquinas de escribir, y el ruido de las teclas repicaba sobre mi voz y la del repórter militar de CNT, que redactábamos las noticias del cuartel general. Cerca de nosotros; en quietud de reposo junto al frenético ritmo de trabajo, dormía Besteiro en una cama,

y al lado de la cabecera, Cipriano Mera daba voces —recias y tajantes voces de mando— ante un teléfono, poniendo tal pasión en sus palabras, que agitaba el brazo que llevaba en cabestrillo, como si no lo tuviera roto o dislocado. Llamaba desde Valencia Melchor Baztán; todo iba bien; al llegar allá, se puso en contacto con Burillo y Menéndez, les dió la consigna de insurrección y convino con ellos en la necesidad de actuar a toda prisa, porque los comunistas, antes de proclamarse la constitución del Consejo, y según las orientaciones de Jesús Hernández, de Cordon, de Federico de la Iglesia, Ciutat y Durán, movían varias unidades militares entre Utiel y Valencia, para cortar la comunicación de Levante con Madrid.

Menéndez —ya lo he dicho en otro capítulo— era republicano; pero Burillo, coronel del Cuerpo de Seguridad, había servido incondicionalmente al P. C. durante toda la guerra; mejor dicho: hasta que los stalinianos le abandonaron a su suerte cuando fracasó de modo ruidoso en Extremadura, donde le coparon fuerzas de Queipo de Llano y Monasterio tan fácilmente como le batieron Varela y Yagüe en Toledo. El único "éxito militar" de Burillo fue la ocupación de Barcelona, en mayo de 1937, a las órdenes de Antonov. Y quiso la suerte que en el resentimiento de aquel hombre, más que en él mismo, encontrásemos el mejor aliado para enfrentarnos con los comunistas en Valencia; tales sorpresas de la política, en la que hasta los Quijotes, en pago de la torpeza de meterse en líos, por no decir en el reino de la bribonada, tienen que andar en tratos con malandrines y sonreír —en vez de ahorcar— a los tahures del naípe marcado...

El caso es que en Valencia, a la media hora de constituirse el Consejo, nuestros compañeros y los guardias de Asalto de Burillo se habían apoderado de la ciudad. Jesús Hernández huyó de su casa por un balcón. "El Campesino" no fue encontrado por la noche; al día siguiente, se rapó la barba en una peluquería y logró escapar. Los centros comunistas fueron ocupados sin pérdida de tiempo. Menéndez tuvo mucho tacto en el Ejército de Levante, o fueron demasiado cobardes los jefes comunistas que había en él, y nada pasó allí. De Extremadura, nos llamaba Escobar para decirnos que todo iba bien. En cuanto a Madrid, la situación no era mala. Recorrí la ciudad de noche, con Rafael Sánchez Guerra, ayudante de Casado, y no encontré en ella más que las patrullas del S.I.M., los destacamentos de Retaguardia y los retenes de la 70. Brigada. Quedaron sin comunicación telefónica todos los lo-

cales del P. C., pero esto no bastaba, porque dentro había decenas de hombres armados. En la Comandancia de Artillería, el comisario, Domingo Girón, pistola en mano, arengaba a los jefes y a los oficiales contra el Consejo. Se le detuvo, y a otra cosa. En la comandancia de Ingenieros, el comisario Diéguez, hermano del ex secretario del Comité del P. C., reñía con el jefe, teniente coronel Ardid, porque no se atrevía a enfrentarse con nosotros, y eran nuestros militantes del Sindicato Metalúrgico quienes ponían fin a la discusión tomando por sorpresa la comandancia, de donde Diéguez se les escapó. Fui yo a la Delegación de Propaganda y Prensa del Gobierno, para echar de allí al diputado comunista Félix Montiel, y encontré que la había abandonado. Al volver a Hacienda, la ciudad dormía. En los frentes cercanos tableteaba una ametralladora, como exigiendo que no olvidáramos a los fascistas.

XX.—HUYE EL GOBIERNO Y LOS COMUNISTAS SACAN TROPAS DEL FRENTE.

Me llamaba Eduardo de Guzmán, desde *Castilla Libre*, con alegría de buen periodista:

—¡Tengo un número magnífico! ¿Sabes que es éste el único diario de la mañana?

—Sí; contábamos con que hoy, lunes, sólo saldría *Castilla Libre*. No lo cierres aún. Te enviaré con un motorista las últimas noticias.

—¿Importantes?

—Ya verás... Cuando acabes, ven por aquí. No se puede descansar.

—Sólo tengo papel para cien mil ejemplares.

—Hay que doblar la tirada. Coge las bobinas de CNT, las de *La Voz*, las de *El Sol*... Gasta todo el papel que haya en la imprenta.

—¿Y si envió un camión a los talleres de *Mundo Obrero*? Allí hay papel en abundancia.

—Papel y fusiles. No se puede entrar sin lucha...

Casado no soltaba el teléfono; Val, a su lado permanentemente. En el cuartel general nadie descansaba. Carrillo, como fue designado consejero de Gobernación, se marchó a trabajar con Girauta y Mancebo en la organización del orden público. Sus llamadas a

los gobernadores civiles "encendían el pelo", tenían tono revolucionario:

—Con nosotros o con esos miserables. Pero decida usted ahora mismo.

—Yo estoy con el pueblo, con ustedes. ¡Vengan órdenes!

Casado no estaba seguro de los dos primeros Cuerpos de Ejército. Habló dos veces con Bueno y Barceló. Al final, ya en las altas horas de la madrugada, Bueno dijo que estaba cercado por fuerzas comunistas en su puesto de mando.

—¡Hay que resistir, amigo!— le dijo Casado.

—Me encuentro sólo, mi coronel...

—Si se acobarda usted, lo fusilo.

Diez minutos después, Bueno estaba a las órdenes de los comisarios Diéguez y Conesa. La rebelión comunista tenía un foco en Chamartín, a la entrada de Madrid, y disponía de un Cuerpo de Ejército que cubría el frente entre la Sierra y El Pardo. Se llamó reiteradamente a Barceló, y aquel felón, durante varias horas, sirvió a los comunistas diciendo que servía al Consejo. Encarceló a su propio jefe de Estado Mayor, detuvo mediante un traicionero ardid al comandante de una de sus divisiones, cambió las guardias establecidas en el camino de Madrid y, con Ascanio y Perteigás, sacó del frente de El Pardo varias Brigadas, a las que los comisarios stalinianos arengaron diciendo que nos habíamos sublevado con la "quinta columna", en pro de Franco, y las llevó a la capital. Al amanecer, ya tenían dos batallones dentro de la ciudad, en los vastos edificios en construcción de los nuevos Ministerios, y es curioso observar que fuimos recibiendo simultáneamente las noticias de la sublevación comunista "en defensa del Gobierno" y los datos de la cobarde fuga de éste y de los altos dirigentes del P. C.

Blanco habló desde la posición Yuste con el Comité Nacional del Movimiento libertario, y le prometió ir a Valencia para ponerse a su disposición; pero, poco después, sin despedirse y a sabiendas de que ningún riesgo corría entre nosotros, salvo el de no poder salir de la zona, como cada quisque, huyó con Negrín a Francia. Fuéronse con ellos todos los ministros. Ni el hecho de ser tratados a puntapiés por el Presidente, ni el alzamiento popular, bastó para hacerles salir del atolladero en que los ahogarian las responsabilidades. Escapaban en los aviones jamás olvidados por Negrín al hablar de resistencia. Y lo mismo hacía Líster, y "Pasionaria", y Cordon, y Jesús Hernández, y el general Hidalgo de Cisneros, y Tagüeña, y Mendiola, y Modesto, y Etelvino Vega... No se lleva-

ron a los guerrilleros que les dieron escolta hasta los aeródromos; se llevaron las joyas que dieron lugar a que gran parte de los acompañantes de Líster, con universal escándalo, fueran detenidos como ladrones al llegar a Francia; y escaparon en aviones de viaje, de bombardeo y de caza, indistintamente, porque a ellos y a quienes les seguían no les importaban los intereses antifascistas, ni la defensa del pueblo, sino su personal y exclusiva salvación, y con tal de asegurar su vida, les tenía sin cuidado que la zona quedase a merced de Franco. Ni siquiera del Partido se acordaban al ver fracasar su golpe, y era indignante advertir cómo algunos militantes comunistas abrían la lucha en nombre de pajarracos que ya habían volado...

A las siete de la mañana salió a la calle *Castilla Libre*. Guzmán, que había hecho un número formidable, en el que las frases restallaban como trallazos, ya estaba trabajando conmigo en la Delegación de Propaganda, donde, con casi todos los empleados que había tenido Montiel, redactábamos los textos que habían de transmitir o de publicar las agencias y los diarios de la zona. La gente, en las calles, se disputaba el periódico. A la puerta de nuestros Sindicatos, donde teníamos concentrados desde tres días antes a los militantes de más valía, los grupos de lectores se transformaban en mitines. Se abrazaban los obreros con la pistola en mano. La red telefónica, sistema nervioso de la ciudad, vibraba con júbilo de epifanía. Todo el pueblo era rebelde contra el Gobierno de Negrín; todo él se sentía interpretado por el grupo de hombres audaces que acababan de hacer lo que se debía haber hecho en mayo de 1937, o cuando Líster entró a saco en Aragón, o al marcharse las Brigadas Internacionales en señal de que la U. R. S. S. no quería arriesgar nada en el juego, o cuando los taumaturgos de la resistencia huían de Barcelona...

Mas, de pronto, cundió la noticia de que al final del Paseo de la Castellana se detenía a la gente. Los comunistas de los nuevos Ministerios encerraban allí, para especular con ellos en calidad de rehenes, a las mujeres, los hombres y los chiquillos que transitaban por las cercanías; quien no era del P. C., quedaba preso. Fue Gerardo López, secretario particular de Val, a ver lo que pasaba, y le detuvieron; a los veinte minutos lograba escaparse, y poco después nos informaba de lo que ocurría. Para preparar medidas militares, salió seguidamente del Comité de Defensa el comandante Emilio Fernández. Iba en un coche por la calle de Abascal, y un grupo de soldados, al mando del comandante Fernández Cortina,

le hizo detenerse. Los dos jefes habían mandado, tiempo atrás, la 70 Brigada. Emilio era de lo mejor que nosotros teníamos; Cortina, como luego se irá viendo, un criminal al servicio del Partido Comunista. Pistola en mano, serena la mirada de sus ojos negros, en los que había una llama de juventud y de ideal, Emilio salió del coche y avanzó confiadamente hacia el grupo. Los fusiles ametralladores de la escolta de Cortina le apuntaban. Se estremeció el cuerpo rechoncho, barrigudo, de éste, que al exclamar "¡Emilio!" levantó el tosco bastón que llevaba en la diestra, y al bajarlo como un rayo, gritó:

—¡Fuego!

La gallarda juventud de nuestro compañero, al rugir la descarga, se desangró sin un ¡ay! sobre el pavimento de su Madrid; del Madrid de su infancia desherrapada y triste, de su adolescencia verbenera y trabajadora, de su mocedad de lucha revolucionaria, de su sazón de guerra y de muerte... Guiñaron de gozo los ojos verdes de Cortina, ante el rival abatido; se atusó con la mano izquierda la barba rubianca, y luego se ladeó chulonamente, como un "flamenco" del Tercio, su gorrito cuartelero...

Media hora después, a la puerta de nuestro Centro de Instrucción militar, de modo muy semejante, el capitán Manzano, comunista también, nos fusilaba otros dos compañeros y se llevaba detenidos a Cecilio Rodríguez y al comandante Tárrega, hermano de uno de los caídos. Nuestra gente de los Sindicatos, bravía, tentada siempre por el peligro, se echó a la calle. A tiro limpio recluyó a los comunistas en los Ministerios, y se batió denodadamente para asaltarlos. Entonces, desde Hacienda, me llamó Eduardo Val con la voz de mando propia del momento:

—¡Fuera, fuera de ahí! Tú, al micrófono. Ha empezado la lucha, y es preciso que en todas partes se oiga la arenga de nuestra audacia. ¡Ven aquí!

Me metí en el locutorio de Hacienda, conectado con Unión Radio, y allí alterné la ordenación de las noticias con su emisión. No daba tiempo a redactarlas. Todo era improvisado y frenético. De media en media hora, desconectaba el micrófono, y a los diez minutos reanudaba la emisión.

Las notas del Consejo, las órdenes militares de Casado, los telegramas de adhesión, las advertencias escritas nerviosamente en cualquier papel, se me acumulaban sobre la mesa, entre mi pecho fatigado y el micrófono, bajo los ojos ciegos de cansancio y de sueño.

El general Asensio, enviado por Negrín a los Estados Unidos.

cablegrafiaba al coronel: "Deséote acierto en tan graves momentos. Confío en tus condiciones, y esperando noticias, quedo incondicionalmente a vuestras órdenes. ¡Viva la República!" Don Fernando de los Ríos, socialista, embajador de España en Wáshington, proclamaba en exaltados términos su adhesión al Consejo. Mariano R. Vázquez, secretario general del Movimiento libertario en el Extranjero, se dirigía a Val felicitándole por la insurrección y comunicando que hacía gestiones para trasladarse de París a Madrid. Diego Abad de Santillán, desde Francia también, se expresaba en parecidos términos, y asimismo el ex ministro, catalán Nicolau d'Olwer. En París, Julián Zugazagoitia, ex director de *El Socialista*, de Madrid, hombre de confianza de Prieto durante muchos años y subsecretario de la Presidencia con Negrín, decía públicamente que, de estar en Madrid, se hubiera sublevado con nosotros. Ni una voz, excepto la comunista, se alzaba en contra. Pero Martínez Barrio y Azaña, que cobardemente se habían negado a ir a nuestra zona, cerraban el pico, como si la cuquería tuviera algún valor en las horas de Sangre y de Historia...

La U. G. T., cuyo secretario general, Rodríguez Vega, estaba en la zona republicana, y bastante cerca de Negrín, publicaba una nota que decía: "La Comisión Ejecutiva, después de conocer la constitución del Consejo N. de D. y los acontecimientos ocurridos en las últimas horas, considera conveniente robustecer la autoridad del organismo recién creado, y sus miembros acuerdan ofrecerse a dicho Consejo para lo que sea necesario". El Comité Nacional de Unión Republicana, que, ganado por el miedo, había estado reunido en Albacete, cerca del aeródromo, volvía a Madrid, por el llamamiento de nuestro ejemplo. A las diez llegaba Miaja, y poco después, Manolo Matallana. Abrazos en los sótanos de Hacienda. Los soldados de la 70, firmes de pulso, con la mano en el fusil.

Se reunía de nuevo el Consejo para lograr su estructura definitiva. Como Miaja, durante toda la guerra, fue, ya a su gusto, ya a su pesar, un "hombre de paja" del Partido Comunista, al sublevarse éste convenía enfrentarle con aquél, y sólo por esto se le hizo mascarón de proa del Consejo al darle la Presidencia. El nuevo organismo, donde los hombres valían mucho más que los cargos, quedó constituido definitivamente así: Presidencia, el general Miaja; Estado, Besteiro (socialista, sin representación de Partido); Defensa, el coronel Casado; Justicia, Miguel San Andrés (Izquierda Republicana); Trabajo, Antonio Pérez (U. G. T.); Gobernación, Wenceslao Carrillo (Partido Socialista); Hacienda y

Agricultura, González Marín, y Comunicaciones y Obras Públicas, Eduardo Val, ambos del Movimiento libertario, del cual recibió Miaja el siguiente telegrama: "Reunido este Comité Nacional de Defensa del M. L. en sesión extraordinaria, acordó por unanimidad transmitir su adhesión al C. N. de D., que V. E. preside, testimoniándole el apoyo incondicional de su colaboración desinteresada en pro de la dignidad y de la independencia de España. El secretario, J. López".

CAPITULO VI.

XXI.—LA FALSA RENDICIÓN DE LOS REBELDES.

MALAS noticias en el Consejo. En Levante, insegura la situación militar; en Extremadura, las Divisiones de Cartón y de Toral, en actitud de protesta; en el Centro, los dos primeros Cuerpos de Ejército, contra nosotros, dubitativo el de Ortega y a ochenta kilómetros de Madrid el cuarto, cuyo jefe era Mera; dentro de la capital, sólo contábamos con la 70.ª Brigada, dos batallones de Retaguardia y los militantes de la C. N. T. Los carabineros y los guardias de Asalto, no obstante sernos adictos sus más altos jefes, no nos inspiraban confianza. En Cuenca, cuyo gobernador civil, Monzón, era staliniano, se sublevaban en torno a éste las fuerzas de orden público, las de S. I. M. y el 13.º Cuerpo de Ejército. Los quinientos guerrilleros comunistas que había en Alcalá, constituyendo un destacamento de fuerzas avezadas al ataque por sorpresa en el campo enemigo, alzábanse también contra nosotros y avanzaban sobre Madrid. Finalmente, se inició en toda la zona un intenso movimiento de carros de combate, que demostró a los generales la existencia de ingenios blindados con los cuales no contaban, por poseerlos los comunistas clandestinamente. La supremacía militar lograda por el P. C. durante la guerra, gracias a Rusia, y ante la cual se detuvieron siempre quienes odiaban su dictadura, entraba entonces en juego. Difícil era nuestra situación, como se ve; pero así, no perdimos los nervios, ni la confianza en nuestra decisión, ni la fe en el pueblo, que nos aplaudía. El coronel Casado, que nunca se dejó arrastrar por las pugnas políticas de retaguardia, puso más esperanzas en la "radio" y en la Prensa que en las armas, y cuando la inactividad militar del Consejo daba margen para que se sublevaran algunos cuarteles dentro de la ciudad, se resistió a sacar un soldado del frente.

Nosotros —francamente lo diré— no estábamos conformes con aquella relativa pasividad, y aunque a veces nos ganó el sentimentalismo de quienes no querían enfrentar unidades de nuestro Ejército, bajo ningún concepto admitimos que no se diera la orden de asaltar los locales comunistas. Atribuíamos a Pedrero, jefe de S. I. M., la culpa de no hacer esto. Era un hombre a quien no podíamos ver: encarnaba el tipo de aventurero que siempre juega con trampa en las políticas conmociones. Expulsado de la U. G. T. y del Partido Socialista —por sus inmundicias de toda índole— antes de la guerra, cuando ésta empezó puso su vesania y su cobardía a las órdenes de García Atadell, a quien dieron garrote los fascistas después de huir de nuestra zona con el botín de sus robos; a fuerza de intrigas logró dominar secretos policíacos, y gracias a esto consiguió de Negrín la jefatura del S. I. M. en el Centro, así como Garcés, un chulillo madrileño ducho en reclutar mujeres para D. Juan, y compañero de juerga de su hijo Juanito, obtuvo por tales méritos la nacional. Después de esto, Pedrero, con campanillas de personaje, reingresó en el Partido Socialista por la puerta principal, y sirviendo a la política del Presidente, colaboró con el Partido Comunista y nos hizo daño, todo cuanto pudo, hasta que le dimos a entender que estábamos dispuestos a levantarle la tapa de los sesos. Desde entonces, políticamente, anduvo con pies de plomo; pero, como siempre, por su conducta personal era un estercolero: estupefacientes, mujeres, malversación de fondos, orgías en una ciudad donde el hambre hacía estragos. Descargaba sobre algunos fascistas un terror encanallado, y a otros los cubría de protección y atenciones. Era un tipo siniestro, a quien debimos haber ametrallado, velando por el prestigio de nuestra causa.

—¡Basta ya, Casado! —dije yo, fuera de mí, en la tarde del día 6—. No nos fiamos de Pedrero. Nos hace falta controlar el S. I. M.

Se le extendió a Salgado un documento, por virtud del cual tendría tantas atribuciones como Pedrero, y nos fuimos los dos al Ministerio de Marina, donde estaba instalada la jefatura del Servicio. En el despacho de Pedrero —rojos damascos, molición de sofás, humo de tabaco turco y americano, perfume de "Coty", tintineo de timbres y aparición de pistoleros— tomaba aquél una taza de aromático café junto a E., su... secretaria particular.

—Ya veis —nos dijo—; acabo de rescatarla; me la habían detenido los comunistas. Les he dicho que si no me la soñaban

“se perdería” Girón. Por cierto que le he mandado subir. Lo tengo abajo, en un calabozo.

Y entró al instante Domingo Girón, entre pistolas ametralladoras. ¡Cristo, qué escena! La muchacha, morena y gachona como una odalisca, tendida en un diván; Pedrero, simiesco de tipo, estremeado por los gestos propios del cocainómano, sentado en su sillón frailer, tras la mesa brillante; nosotros, después de estrechar la mano de Girón, quedamos de pie, como él. Venía sucio del polvo del calabozo. Joven, robusto, con una ligera sonrisa irónica sobre el mentón voluntarioso, alborotadas las greñas de agitador de muchedumbre, tenía grandeza su figura erguida de buen revolucionario.

—Ahí la tienes —le dijo Pedrero— ¡Canallas! No os da vergüenza detener a las mujeres? ¿Qué opinas, hombre, que opinas? Si llegais a fusilarla...

—Hubiera sido lamentable —dijo Girón.

—¿Sí, verdad? ¡Con qué sensatez hablan los presos!...

—Hubiera sido lamentable... porque una puta no merece un tiro.

Saltó Pedrero, con una mano engarabitada sobre su pobre corazón de cómico. Nos miró. No supo coger la pistola, ni siquiera contestar. Su secretaria prorrumpió en sollozos y salió del despacho. Se llevaron a Girón a la perrera, y nosotros empezamos a hablar fuerte en aquella “garconière”, donde tantas canalladas se perpetraron durante la guerra. Aquella misma noche se decidió destituir a Pedrero y trasladar a Girón y a otros comunistas destacados a los sótanos de Hacienda, donde se les dispusieron habitaciones. Allí habló Casado con aquél, y hubo en los dos tal indignidad, que ambos mantuvieron sus posiciones sin que se cruzara entre ellos una palabra molesta.

El teniente coronel Armando Alvarez, de Carabineros, a quien Negrín había dado muy altos cargos, se fue de Madrid a Cuenca, sólo, para dominar la situación de aquella plaza. Miaja y González Marín marcharon a enfrentarse con vacilantes y rebeldes de diversos sitios. Al anochecer del día 7, casi toda la zona estaba tranquila, supeditada al Consejo, pero en Madrid dominaban las fuerzas comunistas. Se habían disparado unos cañonazos contra los nuevos Ministerios, mas hubo que cortar el fuego, tanto para no hacer víctimas entre los rehenes cuanto por evitar que el enemigo cercano, al advertir grandes proporciones en nuestra lucha, procurara entrar en Madrid. Los sublevados salieron de su refugio

y avanzaron ciudad adentro. Casado seguía negándose a sacar tropas del frente. La rebelión cundía a favor de nuestra pasividad. Los carabineros y los guardias de Asalto nos fallaban. Estando yo ante el micrófono, me quedé sin Unión Radio. Los comunistas se apoderaron de los estudios y cantaron victoria desde allí. Al cuarto de hora, les aislaba yo de la estación emisora, con la cual conectaba mi micrófono, y negaba su dominio.

En el cuartel general del Ejército del Centro, al faltar Casado, que era su alma, nadie daba pie con bola, y la situación se agravó extraordinariamente cuando el segundo Cuerpo de Ejército inició desde Chamartín el avance a la "posición Jaca", en la Alameda de Osuna, donde estaba instalado aquel cuartel general. Precipitadamente, se envió allá, con la esperanza puesta en su decisión, a Mera y Verardini. Bajo el mando de estos, el batallón que guarnecía Jaca aguantó el fuego contrario durante unas horas; pero las ametralladoras, los morteros y, finalmente, los cañones, le obligaron a ceder terreno. Copada la posición, Mera, Verardini y otros jefes lograron escapar a favor de la noche, y al llegar a Hacienda, conferenciaron con Val y Casado. Se confió el Estado Mayor del Centro a Verardini, que trazó inmediatamente un plan de lucha dentro de Madrid, y Mera se fue al S. I. M., tanto para anular a Pedrero, cuya sustitución no admitían los socialistas, cuanto para utilizar las comunicaciones del Servicio. Se acabó nuestra paciencia. ¡A Madrid la 14ª División, forjada en la Casa de Campo y en El Pardo, probada en el Jarama, victoriosa en Brihuega, heroica en Brunete! Llamaba Mera a Guadalajara, donde le substituía Liberino, de la U. G. T., en el mando del cuarto Cuerpo.

—¡Envíame a Gutierrez con la 14! ¡Que venga Luzón también! Hallarán fuerzas contrarias en Alcalá. ¡Que peguen fuerte! ¡Hay que aplastarlos sin vacilación!

Pero aún se intentaba evitar la lucha. Anuncié por "radio", para impedir que la gente se alarmara, que iba a volar nuestra Aviación, y en efecto, los aparatos republicanos volaron en vigilancia sobre los frentes, recibieron las aclamaciones del pueblo de Madrid, mostraron a los rebeldes su enseña tricolor, para que la tropa supiera a qué atenerse. Val y Amil. al mismo tiempo, en la mañana del día 7, pasaron más de dos horas en conferencia con Girón, para pedirle que aconsejara por "radio" el cese de la contienda, en la que podíamos aplastar a sus camaradas. Fue imposible convencerle. La conversación con él se mantuvo en términos de camaradería proletaria, de respeto entre revolucionarios, pero

no se doblegó. Conversé yo con él posteriormente, y tampoco conseguí nada práctico. Se fue el día en pequeñas escaramuzas. De madrugada, desde su puesto de mando, Ortega pidió permiso para visitarnos. Se le concedió, y vino enseguida con su Estado Mayor, integrado por comunistas. Bajaron armados al despacho del coronel. Este, enfermo, estaba en la cama, donde continuaba con el teléfono en la mano. Ortega y su gente querían evitar la lucha. Hablaron con Girón a solas, y en vez de convencerle, riñeron con él. Ante Casado, Ortega sudaba al exponer sus propósitos. Con lágrimas en los ojos pedía autorización para ir a "Jaca", y hablar allí con Ascanio y Pertegás, que habían nombrado jefe del Ejército del Centro a Barceló, después de ascenderle —completamente en serio— a coronel.

—Pero usted, amigo, se va a suicidar... —decía Casado.

—Tal vez. Conozco a Ascanio. Es posible que, en lugar de escucharme, me fusile. Pero también sé cómo funciona el Partido. Y, además, tengo el deber de hacer algo digno, sin medir el peligro. Yo no soy lo que algunos creen...

Su ayudante y los jefes que le acompañaban tenían el mismo afán quijotesco, y hubo que permitirles ir a "Jaca". La 14ª División pasaba como una tromba por Alcalá y avanzaba hacia Madrid. Pronto podría oír Ascanio los cañones de la Alcarria... Dos horas después llamó Ortega, para pedir a Casado bases de rendición de los rebeldes. No se le propuso más que la vuelta inmediata de las tropas al frente y la substitución —como estimara el Consejo— de los jefes sublevados. A las siete y media, Ascanio y Pertegás aceptaban la rendición.

XXII.—BAJO LA GARRA DEL TERRORISMO "CHEQUISTA"

Yo, que había redactado por orden de Casado las condiciones de rendición, corrí con ellas a ver a Girón. Sentado en su cama, donde hube de despertarle, se las leí. Le parecieron bien, nos estrechamos la mano con alegría y cordialidad, y fuí lleno de entusiasmo al locutorio, para "radiarlas". Al salir, como consideraba que había terminado la lucha, perdí la tensión de nervios que me sostuvo en pie durante una semana en la que no hallamos instante de reposo, y me tambaleé, como un sonámbulo, de muro a muro del túnel por donde andaba.

Podíamos irnos a descansar durante unas horas. Salimos jun-

tos de Hacienda, Salgado y yo, con Val. Nosotros vivíamos en la misma casa, y Eduardo dijo al chófer:

—Dejaremos a estos primeramente.

—No —repliqué—; vamos antes al Comité de Defensa, para abrazar a los compañeros.

Al ir, cruzando zonas en las que se había luchado, no pasó nada. En nuestro inolvidable cuartel general de la calle de Serrano, cincuenta o sesenta compañeros nos recibieron con la mayor alegría. Todos habían pasado cuatro jornadas con el fusil en la mano. Gerardo López había movido desde allí nuestros grupos de barriada, y una heroica mujer, la compañera M. E., que había mandado tropas en la Alcarria con grado de capitán, mantuvo viva la hoguera del entusiasmo. Nunca he sentido tanto el calor de la C. N. T. como aquella mañana, en que el júbilo hacía infantiles a nuestros más duros y secos militantes, con cuya bravura se pudo contar siempre —en Madrid— para probar que el oso staliniano no es tan fiero como lo pintan...

Me aislé un momento, para ver la Prensa de los días anteriores. Los diarios de Madrid, desde la tarde del 6, proclamaban la asistencia de todo el pueblo al Consejo, y los que hasta el día 5 cobardemente aceptaron la influencia comunista, que eran casi todos, procuraban ir más lejos que ninguno en el ataque al "bolcheviquismo". Me pareció que enseñaban la oreja reaccionaria, que también se les vió cuando aplaudían la "democracia de nuevo tipo" propuesta por el P. C. Llamé, como todas las mañanas, a CNT. Mi redactor jefe, A. P., ya estaba en su puesto. Le hablé, con indignación, durante veinte o treinta minutos, y desde aquel día nuestro diario puso principal empeño en explicar, por una parte, nuestro alzamiento, y por otra, en impedir que unos mangantes le atribuyeran significación antiproletaria. Quien coincidió con nosotros plenamente fue Javier Bueno— primer héroe de Asturias en 1934, herido allí también durante la guerra, con prestigio excepcional por su lucha, su martirio y su conciencia, al escribir en *Claridad*, órgano de la U. G. T. confiado a su experta dirección, unos artículos terribles, en los que al enjuiciar al P. C. con criterio proletario y español, vibraban como rayos las acusaciones, entre un relampagueo de dignidad.

Al ir a casa, Salgado y yo cerramos los ojos dentro del coche. Nos bastaba un minuto para dormirmos. Ocurriósele al chófer ir por la Castellana, en vez de por la calle de Serrano, y entre los nuevos Ministerios y el cuartel de la 7ª División, del que se apo-

deraron los comunistas dos días antes, un soldado le dió el alto. Paró; al instante nos cercaron de fusiles. Desperté con sobresalto, cuando abrieron el coche, y eché mano a mi "Colt". Pero ya era tarde. Nos pidieron la documentación, presentó Salgado la suya, y quedamos detenidos. Nos hicieron pasar al cuartel y ordenaron al chófer que metiera allí el coche. Cuando nos dimos cuenta de lo que era aquéello, se nos sublevó el orgullo: ¡qué manera más idiota de morir!

Había un cañón antitanque en la puerta; las ventanas del vasto edificio, cubiertas de sacos terreros, se erizaban de fusiles y ametralladoras; la gente de Cortina ponía en el patio, en el zaguán, en las habitaciones llenas de pertrechos militares, su violencia de lucha. Entre un pelotón de dinamiteros pasamos a presencia de "los jefes": unos mozalbetes apasionados y petulantes, vestidos de paisano, con los rasgos peculiares de "los dirigentes de la juventud marxista-leninista-stalinista"... Tan nerviosos estaban, que nos fue imposible contestar al turbión de sus preguntas, entre las que surgían a borbotones los insultos de peor baba. Con tanto gritar todos a un tiempo y ponernos en el pecho la pistola, ni siquiera consiguieron saber concretamente quiénes éramos. Nos metieron en un cuartito angosto donde había varios colchones por el suelo, y sentados en uno esperamos nuevos acontecimientos. Salgado y yo teníamos la suerte echada; sólo debíamos intentar la salvación del chófer.

Se cuadraron los soldados que nos vigilaban, y entró en la habitación un grupo de jefes y oficiales; el primero, Manuel Fernández Cortina, inconfundible por su tipo de sapo en dos patas, por su verde mirada burlesca, por su barba de azafrán, su cuchillo de pendencia a la cintura, su apostura de matón y su torpe castellano de gallego.

—Conque de Casado, ¿eh?

—¡De la C. N. T.!

—Pero al servicio de la Junta... de Burgos.

Nos echamos a reir despectivamente. Un capitán de cabeza vendada llevó la mano a su pistola. Cortina, que le detuvo, quiso saber quiénes éramos, y cuando sus agentes iban a registrarnos los bolsillos, recordé que tenía en ellos las actas de cuatro reuniones del Comité de Defensa y una histórica carta que Gorkín y Gironella, dirigentes del P. O. U. M., me escribieron el mismo día en que los condenó un tribunal contrarrevolucionario, para darme las gracias

por la campaña que en su defensa sostuvo como nadie CNT. Quise salvar todo aquello mediante un golpe de efecto:

—¿Nos vais a cachear como a rateros? Esperad un poco —les dije, y apresuradamente entregué a Cortina mi carnet de director de CNT.

—¡Hombre!... Deja que te mire, para ver si es tuya la fotografía— y sentí en el rostro la viscosidad de su mirada. ¿De modo que eres García Pradas?

Por mis actividades de periodista y de orador, puestas al servicio de la C.N.T., muchos comunistas —los más brutos— me atribuían personalmente gran parte de los ataques de mi organización a su Partido, y me odiaban más que a otros compañeros cuyo trabajo de primer orden se efectuaba en secreto, fuera de toda publicidad. Cortina se transfiguró de gozo. Encendió un cigarro, satisfechísimo, cuando supo quién era Salgado, y nos dijo con mucho retintín:

—Podéis pedirme lo que queráis. Aquí se trata bien a la gente.

—Es natural. A ningún reo en capilla se le niega nada... Es lo que hacen los nuestros con Girón...

—¿Girón? ¿Sabéis vosotros dónde está?

—Hace un par de horas que hemos hablado con él. Como a nosotros, no le pasa nada, ni tampoco a unos doscientos comunistas que tenemos detenidos... Pero te voy a pedir un favor. Cada cual sabe cómo le quieren sus compañeros. Déjanos enviar una nota a los nuestros... No te alarmes... Es para decirles que estamos bien y evitar que, suponiendo que nos habéis fusilado, fusilen en represalia cien de los vuestros. Tú ves la nota, y si te parece bien, la mandas al Comité de Defensa con un motorista; después, respetas la vida de nuestro chófer y haces lo que quieres de nosotros.

La estratagema con que procuré alarmar su cobardía dió buen resultado. Se quedaron suspensos un instante, dijo luego Cortina, quizá para asustarnos como a unos "caveas", que habría de decidir "el tribunal de la Checa", al cual seríamos presentados, y se fueron con el filo de una preocupación en su sonrisa. Quedamos solos, con guardias de vista. No nos hacíamos ninguna esperanza, porque la rendición de Ascanio y Pertegas fue tan sólo un ardía para reorganizar sus fuerzas y ganar tiempo. En el cuartel había mucha agitación, y hora y media después de quedar a solas, oímos disparos en un patio interior, al cual daba la habitación en que estábamos. Con la mirada nos dijimos que fusilaban a los prisioneros...

Luego vino a buscarnos un pelotón de soldados. Nos sacaron al patio exterior. Allí estaba nuestro coche, ya con otro conductor, y Cortina, y el capitán de cabeza vendada, y "los dirigentes de la juventud marxista-leninista-stalinista". Nos llevaron a Chamartín, con gran lujo de precauciones. Delante del coche, abriendo marcha, iba un motorista militar. En el cuartel general del segundo Cuerpo de Ejército vimos a Diéguez, a Conesa y a otros muchos comunistas, entre los cuales se movía Bueno como un cuitado. No nos dijeron una palabra. Media hora después, a Madrid otra vez, y entonces, en lugar de encerrarnos en la habitación donde estuvimos antes, nos metieron en otra mucho más amplia, expuesta a los disparos que se hicieran desde la calle contra el edificio, en la que había más de veinte jefes y oficiales, todos ellos con las manos a la espalda, fuertemente atadas con áspero cordel. Corrimos la misma suerte. Nos apretaron bien las muñecas, para cortarnos la circulación sanguínea, y como yo protesté de que trataran así a Salgado, ciñeron más aún sus ligaduras, y un miliciano descargó su recio puño sobre el cordel, entre las manos amarradas...

Así estuvimos hasta las seis de la tarde, hora en que de nuevo nos sacaron de allí a los dos. Amarrados como fardós, nos tendieron en el coche. Junto al chófer, pero vuelto hacia nosotros, montó su "Parabellum" un individuo que se cubría los ojos con unas gafas negras. A derecha e izquierda, con mucho arreo de bombas a la cintura y el "avispero" (1) en la mano, dos guerrilleros de recia pelambre. Delante del coche, el motorista, y detrás, un autocar con más de veinte prisioneros, entre los cuales iba nuestro chófer. Cortina nos despidió sonriendo. Salimos de Madrid, quedó atrás Chamartín de la Rosa, pasamos por Fuencarral, y en nuestro coche empezaron las bromas siniestras... El autocar, menos rápido, se perdió de vista. ¿Nos seguía? ¿Llevaba otra ruta? Camino de El Pardo. Salgado y yo conocíamos bien el terreno. Por aquella carretera angosta, brecha gris en un paisaje adusto, de profundas soledades castellanas, fue llevado Andrés Nin cuando la G. P. U., por medio de un grupo de anónimos "internacionales", lo raptó de la casa de Alcalá en que estaba preso...

Aquel recuerdo, que nos daba el presentimiento de la muerte, nos excitó de tal manera, que empezamos a responder con insultos a las bromas. ¿No iban a fusilarnos? Había que caer con dignidad, no sólo en satisfacción de nuestro orgullo, sino también, y aun

(1) Cierta clase de fusil ametralladora.

principalmente, en honra del Movimiento libertario, cuyos hombres alleccionan hasta en el último trance. Y nuestros hijos... A nuestros hijos, ¿cómo le íbamos a manchar con una vacilación su única herencia: nuestro nombre limpio? Arreciaron los insultos, se acabaron las cobardes bromas, y entre los esbirros alborotados y nuestra furia desesperada dialogaron los odios en desafío. Llegó entonces el coche al cementerio de Fuencarral, contiguo a la carretera, y el "chequista" de las negras gafas mandó al chófer que parase...

XXIII.—CUATRO ASESINATOS EN EL PARDO

Pero no se atrevieron. Les habían dado, seguramente, muy distintas órdenes. Poco después entrábamos en el real palacio de El Pardo, viejo solar de los amoríos del favorito Godoy con María Luísa, cuyo esposo, Carlos IV, según alguno de mis romances ochocentistas, al mirarse en los espejos veía más ramos de estas que al cazar siervos en los encinares... Foso roquero, firmísimos sillares en los gruesos muros, recios arcos, torres de aire escurialense, rejas labradas, patios como plazas de armas... La residencia veraniega y montaraz de Su Majestad Católica tenía traza de castillo y de convento. Entonces era cuartel general de Ascanio, jefe de la 8ª División. Se nos quitaron allí las cuerdas, que ya habían llagado nuestras muñecas, y se nos metió en un cuarto de buen aspecto, junto a cuya chimenea, llena de troncos en llama, dialogaban el comandante Maciá, jefe del Estado Mayor de Barceló, y el teniente coronel Gallego, jefe de una División del primer Cuerpo, que un mes antes se dió de baja en el Partido Comunista, en un arranque de hombría. De noche, me quedé asombrado cuando ví entrar en la sala al señor Gómez Osorio, gobernador civil de Madrid, y a Trifón Gómez, intendente general de la República. El primero, de noble traza quijotesca, tenía un cabello blanco; de sus sesenta y tantos años de edad, dedicó más de cuarenta a la lucha proletaria, como ferroviario de la U. G. T., y el segundo era una de las más antiguas y altas figuras del Partido Socialista. Ninguno de los dos se sublevó con nosotros, pero ambos fueron detenidos en el Gobierno civil, y, al comparecer ante el burdo "tribunal de la Checa", recibieron toda suerte de vejámenes de unos mozalbetes que no valían para descalzarlos. ¡Ni que se hubieran vuelto locos!

Renunciaré a contar gran parte de las incidencias de mi estancia en la última morada de Andrés Nin. Pero sí diré que de allí fueron sacados unas horas antes de llegar nosotros, los tenientes

coroneles Maldonado, Pérez Gazolo y Arnoldo Fernández, del Estado Mayor del Ejército del Centro, tres viejos de noble condición, servidores leales del antifascismo durante la guerra, no afiliados a ningún sector político y desvalidos, por consiguiente, ante sus verdugos. Los metieron en un coche y se los llevaron, juntamente con el comisario socialista Peinado Leal, a quien tal vez confundieron con otro comisario prisionero, socialista también, Solá, que por seguro daba su fusilamiento. Los cuatro desgraciados, figuras sin importancia en la contienda, fueron abatidos por la misma ráfaga de ametralladora, después de cavar su propia fosa.

Para que permanentemente temiéramos correr la misma suerte, nos separaban con bastante frecuencia, sacándonos de allí de dos en dos y llevándonos a otras habitaciones. Nos juntaban luego, y en uno de estos trances vimos que habían aprisionado también a Morales, del Partido Socialista Unificado de Cataluña, subsecretario de la Gobernación con Negrín y completamente adicto a él. En su afán de hacer rehenes, detenían a sus mismos partidarios. Buena señal de que la lucha no les iba bien. Habían logrado apoderarse de casi todo Madrid, en cuyas calles principales alzaron barricadas y abrieron fuego de tanque. No se atrevieron a asaltar nuestros locales, ni aun cuando desde ellos se les atacó, pero desvalijaron el domicilio de la Agrupación Socialista Madrileña. Hicieron imposible la edición de algunos periódicos y, por el contrario, llevaron los suyos a todas partes, sin que en ninguna logaran hacer creer a la gente la estupidez de que estábamos a las órdenes de Franco. Al mismo tiempo, editaban numerosos manifiestos, cuyas afirmaciones se oponían a las que el mismo Partido proclamaba en Valencia, donde se le permitió publicar sus dos periódicos, porque en ellos, en vez de propugnar la rebelión, acataba el Consejo, aunque un poco a regañadientes y pidiendo clemencia —sin necesidad— para los italianos prisioneros. En Madrid se les cayó el alma a los pies, cuando, después de reajustar varios frentes, sacamos de ellos las fuerzas necesarias.

Liberino Gutiérrez y Luzón, abrieron el combate en San Fernando de Jarama. Su tropa se tiró de los camiones con deseo de pelea. Sonaron los cañones, y se pasó el río. Poco después, el ataque a "Jaca". Los comunistas se replegaron a Chamartín. A la vista de Madrid, se juntaron batallones de la 14ª División, de la 13ª y de la 25ª, todas ellas de enjundia libertaria. Se repartieron sus jefes la faena, según las órdenes que en "Jaca" recibieron por teléfono, y mientras un grupo de fuerzas atacaba la zona de Chamartín, las otras se metieron en Madrid con sus dinamiteros en

vanguardia. ¡Qué exaltación de combate! Gutiérrez y Luzón, si como jefes estuvieron bien, personalmente tuvieron rasgos de heroísmo, pues si el primero —pistola en mano y a cuerpo limpio— se apoderó de un antitanque de los comunistas, el segundo, en la calle de Alcalá, les arrebató una ametralladora y detuvo a cuatro de sus servidores. ¿Y qué no podrían decir de un batallón mandado por Cerezo, que en el asalto de los nuevos Ministerios, breve de tiempo, intensísimo de fuego, sufrió cuatrocientas bajas y luego tendió los brazos a los soldados vencidos?

La batalla de Madrid fue difícil, violentísima en su fase final, y si duró tanto tiempo —del 6 al 13 de marzo, en realidad— fue porque el Consejo tardó en decidirse a reñirla y porque casi todos los combatientes, camaradas de lucha el día anterior, unas veces no sabían por qué se les mandaba pelear, y en otras ocasiones renunciaban a batirse. El confusionismo fue tal, que hubo que poner a nuestras tropas un brazalete blanco, como distintivo; y el gracioso pueblo de Madrid, que abrazaba en las calles a los soldados de la 14ª División, lo llamó en seguida “el anillo de Casado”, dando significado de adjetivo al apellido del coronel.

Ignorábamos todas estas cosas en El Pardo. Desde nuestra habitación veíamos traer prisioneros de Madrid y llevar soldados del frente. Al segundo día de estar allí vino a visitarnos Barceló. Entró en la sala con mucho empaque de militar. Contrastaba el atildamiento de su figura —buen traje de coronel, zapatos brillantes, recién afeitado el rostro— con nuestra traza de prisioneros desmelenados anteriormente por la revuelta. Nos ofreció unos pitillos que cortésmente rehusamos; aspiró con deleite el humo de su habano, nos preguntó varias veces si estábamos bien allí, y al cabo, decidiéndose salir del atolladero, dijo:

—Me duele mucho lo que está ocurriendo. Ya saben que se lucha en Madrid. El Consejo no tiene más que su refugio de Hacienda. Caerá dentro de poco. Pero, ¡claro!, yo conozco a Casado: antes de rendirse, se pegará un tiro. ¿Qué opinan ustedes? ¿No creen que es hora de acabar la lucha?

—¡Cómo! —exclamó Trifón Gómez—. ¡No debía haber empezado!

—Tiene usted razón. Yo estoy dispuesto a que no haya represalias con la masa. Los sublevados deben rendirse. ¿Por qué luchan?

—¿Y usted? —preguntó Gallego secamente.

—No seas malo, Galleguito —respondió Barceló, sonriendo y

dándole una palmada en el hombro—. Yo lucho, como siempre, en defensa del Gobierno.

—Pero, ¿no se ha marchado?

—¡Habladurías! Y si se ha marchado, ya volverá... El caso es que el Partido Comunista, al fallar aquí casi todas las autoridades, ha pasado a ser representación del régimen. Me ha visto en mi puesto, se ha fijado en mí, y ha creído que era yo el hombre del momento...

Trifón Gómez me guiñó el ojo, con sorna de madrileño, y el estúpido Barceló siguió diciendo:

—Me han confiado el mando del Ejército del Centro...

—Y le han hecho coronel, por lo que veo. ¿Es el último ascenso de Negrín...? —comentó Gallego.

—En fin, señores; mediten ustedes. Yo vengo a darles la garantía de que nada ha de ocurrirles y a comunicarles que el Consejo ha perdido la partida. Hasta la *Aviación* está ya con nosotros.

Y, como en un juego cinematográfico, nuestros aviones aparecieron al instante. Sonaron las sirenas del palacio. Barceló se arrinconó, buscando refugio, y le pidió a Gallego que se quitara de enfrente del balcón. No le hizo caso. Se irguió más, casi hierático, y ni siquiera pestañeó cuando cayeron algunas bombas en diversas dependencias del cuartel. Minutos después, se despedía Barceló, confuso y corrido, sin saber qué contestar a Trifón Gómez, que, como intendente general, acaba de decirle que su detención daba lugar a que se parase —dentro y fuera de España— el abastecimiento de nuestra zona. Luego empeoró nuestra situación. Se llevaron al comandante Maciá; más tarde, sacaron de allí a T. Gómez, a Morales y al Gobernador. De madrugada, Salgado y yo fuimos bajados a un sótano pestilente, sin luz, chirriante de ratas. Nuestras protestas, que impresionaron a los soldados, fueron inútiles. Horas después, metieron allí a treinta y nueve jefes del Ejército, entre los que había varios teniente coroneles, en su mayoría ajenos a la lucha. Entre ellos se encontraba Juan Sande, una de las primeras figuras de nuestra Marina, y Bernabé López jefe de la 70 Brigada. Nos informaron de que había en el palacio más de ochocientos prisioneros, y conseguimos de ellos que se negaran a comer la bazofia que nos servían y, asimismo, a impedir que nos sacaran de allí aisladamente contra nuestra voluntad. ¡O todos o ninguno! Decisión de plante que dió muy buen resultado, y gracias a la cual logramos al día siguiente que se nos dejara salir a evacuar nuestras necesidades. Siempre había uno fuera, y así vimos cómo metían cañones en el cuartel, cómo lo fortificaban a

toda prisa, cómo perdían los nervios. Madrid ya no era suyo. Temían un ataque a sus últimos baluartes. Por la tarde, me rogaron que subiera arriba, de parte de Diéguez. Subí, por decisión general, y me encontré, no sólo con Diéguez, sino también con Montiel, con algunos redactores de *Mundo Obrero* y quince o veinte "dirigentes de la juventud marxista-leninista-stalinista". Estaban bravos; tan bravos, que me exigieron que hablase por "radio"... Me acordé de Girón y decidí seguir su ejemplo, en atención a que ignoraba cómo iban las cosas y qué hacían en Madrid mis compañeros.

—Lo que sí puedo hacer, ya que os empeñáis en utilizarme, es escribir una carta al Comité de Defensa. Vosotros la llevaréis a Madrid como podáis...

Enrojecieron de indignación; pero, por no descubrir que estaban perdidos, me dieron papel y tinta. ¡Muy bien! Empecé a escribir, rápido y serio: "Querido Val: procurad poner fin a la lucha, porque los dirigentes comunistas están dispuestos a rendirse si se les dan garantías..." No me fusilaron.

XXIV.—NUESTRA DEFENSA DE LOS COMUNISTAS

Pasamos la noche contando cuentos. Sande, marino de los más diversos rumbos, curtido por el sol, la sal y el viento de los mares todos, gallego hasta la médula, los contaba en el lenguaje de Curros y Rosalía, y aun así, nos ganó a todos, sin descontar a algunos andaluces "con más ángel que Dios"... A la mañana siguiente, creo que a las ocho, recibimos la visita de Francisco Ortega.

—¡Enhorabuena, amigos! Ha terminado la lucha, y ustedes quedan en libertad.

Así que me vió, vino a abrazarme, y luego me dijo que Ascanio le detuvo en "Jaca" después de permitirle hacer en falso las conocidas gestiones de rendición. Me explicó también lo acontecido más tarde: nuestros aviones bombardearon "Jaca" y el cuartel del segundo Cuerpo, y al vencer los soldados del Consejo en todas partes, los jefes comunistas escaparon por diversos sitios, como pudieron. Empezaba a contarme nuestro asalto a los centros comunistas, cuando interrumpió la conversación Sánchez Guerra, encargado de recoger los prisioneros en una caravana de automóviles. Al salir, supe que nuestro chófer, preso allí, se había escapado, en un descuido de los guardianes. ¡Magnífico muchacho! ¿Qué será de él? Al entrar en Madrid casi un millar de liberados, levantaban sus fusiles obreros y milicianos, confundidos en un común alborozo de

pueblo en armas. Fuimos a Hacienda. Abrazos de todos. Casado ordenaba la inmediata vuelta de todo soldado al frente. Nos marchamos a casa, donde entramos como resucitados, y al cabo de diez o doce días de no hallar lecho en que reposar, ni momento tranquilo para hacerlo, nos supo a mieles el descanso.

Por la tarde, al Comité de Defensa. Nuestra gente estaba orgullosa de su propia conducta. Allí, cien hombres bien escogidos, aguantaron bravamente durante la lucha el cerco comunista, y del coraje que pusieron en la defensa de nuestro centro militar dependió que el Movimiento no perdiese su moral ni un sólo instante. ¡Con qué júbilo nos abrazaron, a Salgado y a mí, después de darnos por muertos! ¡Y qué alegría, la suya, por el triunfo! "La suya", he dicho bien, pues para nosotros no hubo gozo en la victoria. Aquella misma noche nos reunimos los miembros del Comité de Defensa. Baztán, que al volver de Valencia fue detenido en Torrejón de Ardoz y llevado después a Chamartín, consiguió escaparse del cuartel de Bueno cuando nuestros aviones lo bombardearon. Examinamos los pasados hechos, y nos dimos cuenta de que la lucha, sobre hacernos perder una semana, produciría un quebranto en nuestros medios de resistencia. En las próximas jornadas habría que poner a prueba todos los valores del antifascismo, con mayor riesgo que en las precedentes, y para afrontar los gravísimos problemas que teníamos delante era preciso proceder rápidamente, hacer prodigios de organización, pues, de lo contrario, poco valdrían nuestras palabras frente al enemigo, ya preparado para una gran ofensiva.

Decidimos celebrar un pleno, ante el cual daríamos cuenta de nuestra actuación y, si ésta era aprobada, pediríamos normas y orientaciones para el futuro. Se celebró pocos días después. Informó Val con mucha extensión, y unánimemente se aprobó cuanto habíamos hecho. Respecto al porvenir, los mismos compañeros que unos días antes propugnaban la resistencia sin condiciones, proponían, ante más graves circunstancias, "reorganizar nuestras fuerzas para imponer al fascismo una paz digna". En el trágico juego de contrasentidos y paradojas de nuestra contienda, no hubo nada tan terrible como aquello de "la guerra por la paz". Nos veíamos vencidos; empezaba a ser peligroso negarlo; pero nos resistíamos a admitir que nuestra derrota supusiera la extinción política del antifascismo, y menos todavía el hundimiento de éste en la indignidad. Las circunstancias de fuerza mayor nos exigían rendirnos sin condiciones; nosotros, por el pueblo y por la causa antifascista, sin

admitir la rendición, buscábamos una paz condicionada. Y en este afán —su importancia tiene advertirlo— coincidía el Partido Comunista con todos los sectores del Frente Popular. Por si alguien lo duda, voy a reproducir algunas frases del manifiesto clandestino que, firmado por el Buró Político de aquél, se repartió en Madrid los días 13 y 14 de marzo: “Los comunistas deseamos ardientemente la paz, pero una paz que nos garantice continuar siendo españoles, dentro de la integridad territorial de nuestra patria; una paz en la que todos los defensores de la independencia no sean perseguidos y exterminados como fieras”. Quería decir esto que el P. C. reconocía el triunfo militar de Franco —de los invasores—, porque no reconocerlo equivaldría a meter la cabeza debajo del ala, como el avestruz; pero estaba dispuesto a combatir para lograr que los antifascistas pudiéramos vivir con garantías en España. Intentaba, pues, quitarle a la victoria de Franco sus atributos políticos; admitir el hecho consumado, pero no sus consecuencias; coger el fruto del árbol ajeno. Y en tal propósito coincidió plenamente con el Consejo y con nosotros. Respecto a aquél, se decía en el citado manifiesto: “Los comunistas no luchamos contra el Consejo Nacional de Defensa, pero para acatarlo necesitamos que se restablezca la normalidad, que cese la persecución contra nuestro Partido, que se restituyan a sus puestos a cuantos mandos y comisarios se han destituido por el sólo hecho de ser comunistas, que se abran cuantos locales de nuestro Partido se han clausurado, que se autorice la publicación de nuestra Prensa, que se ponga en libertad a todos los camaradas detenidos y se reanude la convivencia y unidad de todas las fuerzas antifascistas”.

Se habla aquí de varias cosas que necesitan aclaración. La normalidad. ¿Quién la perturbó durante una semana? Los rebeldes, ¿cómo iban a continuar mandando tropas? A varios jefes de Unidades sublevadas, y a individuos responsables de asesinatos, ¿podía dejarlos en libertad el Consejo? La Prensa que durante la lucha de Madrid llamó agentes de Franco a los consejeros, ¿podía quedar en el uso pleno de sus derechos, para culminar a quién le pluguiera? En cuanto a la “convivencia y unidad entre todas las fuerzas antifascistas”, era imposible anular la decisión tomada por todas ellas, de declararse incompatibles con el stalinismo. La U. G. T. echó de su seno a todos los comunistas. *La Agrupación Socialista Madrileña se honró expulsando a Negrín y a Julio Alvarez del Vayo.* Los jóvenes socialistas que había dentro de la J. S. U.

constituyeron una Federación aparte. Hasta en el Socorro Rojo Internacional, en la Unión de Muchachas, en las Mujeres Antifascistas y en otras entidades stalinianas, aunque de apariencia neutra, la gente del P. C. se quedó sólo en pocas horas. Respecto a los locales comunistas, ¿no se disparó desde ellos contra fuerzas del Consejo? ¿No se detuvo allí a centenares de antifascistas de otras tendencias? Si los militantes de la C. N. T., durante la lucha, los asaltaron a bombazo limpio, paciencia; hay que saber perder. Y muchos necesitan saber callar. Les convenía el silencio, sobre esto a los stalinianos, porque Madrid, el Madrid que no comía, vibró de indignación al ver que los parapetos de los locales asaltados eran sacos de arroz y de café, y que allí aparecieron por decenas los fardos de bacalao, por millares los botes de leche condensada y los litros de aceite... Les convenía callar, porque en el Comité Provincial del P. C. se encontraron muchos fajos de billetes del Banco de España, y precisamente de las series a las que Franco había señalado validez ulterior... De cualquier modo, interesa subrayar aquella frase del manifiesto: “Los comunistas no luchamos contra el Consejo Nacional de Defensa”. Lo que equivale a decir que no le consideraban traidor al antifascismo; sólo era el rival que los había vencido.

Ahora bien; el Buró Político, aunque era un fantasma entonces, hacía en el manifiesto una atinada observación: “Hemos sido, somos y seremos enemigos de cuantos cobardemente pretenden entregar sin lucha ni condiciones al millón de bravos soldados que tenemos sobre las armas y a este pueblo fatigado por la guerra, pero con brío y coraje aún para acabarla con dignidad”. En la confusión de la lucha de Madrid, muchos fascistas fueron sacados de la cárcel y puestos en libertad. ¿Por quién? Ya hablaremos luego de esto. El caso es que cuando se ordenó su detención, hubo que destituir a varios policías, a quienes el miedo ya no les dejaba cumplir órdenes así. Más del cincuenta por ciento de la gente de nuestra zona evitaba el “comprometerse” y, por el contrario, “se situaba” haciendo a los fascistas los más diversos favores. Hubo hasta quien le hizo un crío a una muchacha derechista y se casó con ella, con la esperanza de que los suegros, odiándolo como “rojo”, le amparasen como yerno... Es que se veía inevitable y próximo el triunfo de Franco, y como nosotros prohibimos la desertión, como evitamos en gran parte la fuga, al hallarse entre la espada y la pared —el fascismo y nuestra voluntad de resistencia—, claudicaban muchos,

asustados. Este miedo tuvo una derivación política peligrosísima, manifestada en algunos periódicos tan extremados en el ataque al P. C., que me dieron la impresión de que sus directores, cobardes y encanallados, pretendían garantizar su existencia ofreciendo a Franco el exterminio de "los bolcheviques".

Así que lo advertí, comencé a publicar en CNT una serie de editoriales violentísimos, a los que quise dar valor histórico, y en ellos defendí a los comunistas hasta el final de la guerra, según este criterio: nosotros, trabajadores libertarios españoles, somos antistalinianos, porque el stalinismo es un movimiento político dictatorial que en España sofocaba la independencia de la nación; pero, respecto al fascismo, sobre tener iguales motivos de discrepancia, tenemos también, y en primer término, el derivado de su carácter capitalista; como trabajadores, somos hermanos de los miembros del P. C., y esta hermandad nos obliga a guardarles el máximo respeto. Hablando así —y así habló *Claridad* después de conversar nosotros con Javier Bueno—, conseguimos que la oposición general del P. C. se redujera a la obligada actuación judicial contra algunos rebeldes, por una parte, y por otra, que el Consejo mantuviese una política proletaria, por virtud de la cual suspendió algunos periódicos en los que el miedo y la vileza daban lugar a que se confundieran el "antibolcheviquismo" y el "fascismo".

Miente quien diga que hubo represión anticomunista. Se puso en libertad a la mayoría de los detenidos durante la lucha, y únicamente se fue severo con algunos individuos condenados, antes que por nadie, por la opinión pública. Barceló, sin historia antifascista, fue sentenciado a muerte, y cumplido el fallo, por felón; en cambio, Bueno fue absuelto. Se les hubiera indultado de la pena de muerte a Pertegás, Diéguez y Ascanio, de haber sido detenidos; pero estos se fueron a la Sierra, y en los batallones que la guarnecían hicieron vida de milicianos, usando nombre falso. Quienes no se hubiesen salvado, de ser presos, eran Fernández Cortina y el capitán Manzano; el primero, por el asesinato de Emilio, y el segundo, por los tres agentes del S. I. M., cuyos cadáveres, al ser descubiertos en el patio del cuartel de la 7ª División, aún tenían la espantosa crispación de quien fue enterrado vivo. Cayó Conesa. Sí; era un buen militante del antifascismo; pero fue fusilado como responsable del asesinato de Pérez Gazolo, de Arnoldo Fernández, de Maldonado y de Leal, en cuyo entierro, efectuado en Madrid con tanta pompa cuanto tristeza, detrás del Consejo Nacional de De-

fensa iban las autoridades importantes de la zona, centenares de jefes del Ejército, representaciones de todos los Partidos, miles y miles de antifascistas atribulados, cuyos corazones se estremecían cuando, al desfilar ante los féretros cubiertos de flores y de banderas, los destacamentos de Carabineros, de guardias de Asalto y de las Brigadas que intervinieron en la contienda, gritaban con ronca voz de combatientes:

—¡Viva la República!

CeDInCI

J. G.

UNA GUIA EN NUESTRA POLITICA NACIONAL

VOLVEMOS a encarar la situación política argentina. Pero es preciso que no se confunda nuestra nota con esas secciones periodísticas de "chimentos" políticos. Consignamos ciertas intimidades minuciosas, no para satisfacción de curiosidades frívolas, sino por un deber de objetividad ilustrativa. ¿Qué nos proponemos, entender la realidad política nacional o desdeñarla doctrinariamente? Si lo segundo, sobra toda intimidad y sobra toda consideración generalizadora; si lo primero, es necesario internarse en la realidad que se trata de entender. Fuimos, en todo el país, los únicos que, examinado el problema planteado por la elección bonaerense, anunciamos la solución que tuvo. Publicada nuestra nota, hasta tuvimos que sufrir el reproche de camaradas que creían que desbarrábamos. La prensa nacional no esperaba la intervención en Buenos Aires. Ocho días antes de enviada, aun *La Vanguardia* la ofrecía como un rumor dudoso. Más aún: hoy podemos afirmar que el candidato radical en las elecciones provinciales anuladas no creyó hasta último momento en la intervención, y que el candidato conservador, a pesar de haberse lanzado a la aventura electoral con la admisión de la posibilidad interventora, llegó a desorientarse luego de tal modo, que la actitud del Gobierno federal lo tomó de sorpresa, y no gratamente, como nos consta por reacciones privadas suyas y por las expresiones públicas de sus dos grandes laderos políticos, el doctor Miguez y el señor Rocha, aparentemente contradictorias de la conformidad del tercer gran ladero, el doctor Groppo. ¿Por qué todo este extravío? En unos, desde luego, por la ceguera del interés: ¿no ocurrió que hubo dirigentes radicales de Buenos Aires, que al sospechar su triunfo en las elecciones, ya no querían impugnarlas como fraudulentas? Pero en otros, el extravío proviene de falta de familiaridad con nuestra política. Se explica, por supuesto, la falta de familiaridad y también el deseo de mantenerse en ella: los entre-

telones políticos saben ser bastante mezquinos o tramposos como para preferir ignorarlos. Pero no es una cuestión de gusto personal. ¿Entraría el facultativo a preferir o a preterir en una realidad clínica? En fin, debemos enterarnos, si queremos superar una posición de prejuicio irreductible o sectaria. Debemos enterarnos, nosotros, los que escribimos, y el lector, que así, con datos objetivos, podrá juzgar por propia cuenta y hasta, si le parece, diversamente del comentarista. A este propósito respondió la minucia íntima de nuestra nota anterior, y responde la que brindemos en ésta. Es un acto de lealtad con el lector, que estimamos tanto más debido cuanto que, como habrá visto el que quiso ver y verá el que quiera, perseguimos un fin generalizador y orientador en un problema que debe interesarnos a todos.

Dicho lo cual, que consideramos bastante claro, empezamos por

LA INTERVENCIÓN EN BUENOS AIRES Y SU SIGNIFICADO

No fue esta intervención una determinación de último momento del Presidente Ortiz. Claro que, obligado a someterse a los requisitos legales, debió esperar la coyuntura que se los ofreciera. Pero en su programa presidencial de rehabilitación democrática figuraba en primer término la intervención bonaerense; y eso lo sabían los conservadores, que le impusieron al Gobernador Fresco un cambio de ministerio y que disminuyeron ostensiblemente sus desmanes reaccionarios (el año último ya se daba por inexistentes, en La Plata, a aquel gobernador y a su camarilla fascitizante), y lo sabía el radicalismo, que desde 1939 comenzó a sentirse en la puerta del gobierno provincial. Por lo demás, podemos aseverar que durante la campaña electoral del doctor-Ortiz el conservadorismo bonaerense no fascitizante prometía con el candidato un liberalismo presidencial que barriese "con éstos" (con el Gobernador Fresco y los suyos), como nos lo prometió a nosotros uno de los prohombres conservadores platenses. Las circunstancias hicieron que el Presidente tuviese que inaugurar su obra por San Juan y continuarla por Catamarca; y las circunstancias, no más, dieron el tercer lugar en el procedimiento a Buenos Aires.

¿Cómo se explica, entonces, que el radical Siri y el conservador Barceló, políticos despiertos los dos y los dos amigos personales del Presidente, concurriesen a las elecciones provinciales esparanzados por igual?

Esta doble concurrencia electoral, digamos ante todo, debió bastar y sobrar para orientar al público, y fue precisamente la que

lo extravió. "¿Me va a decir a mí —observaba la gente— que el doctor Siri, que cena casi todos los días con el doctor Ortiz, no iba a conocer las intenciones del Presidente?" Y otros: "¿Cree usted que un hombre tan lince como Barceló, y amigo del Presidente, iba a gastarse en la campaña electoral cuatro millones de pesos, ignorando que el doctor Ortiz estaba resuelto a intervenir en la Provincia?" Pero ¡justamente por eso, señores! Porque los dos estaban o podían estar seguros de una situación que los excluía mutuamente, los dos estaban fuera de ella. Y habría bastado este sencillo raciocinio para presumir la única solución posible, la de la intervención.

En cuanto a las esperanzas de los candidatos, ocurrió lo siguiente. Ninguno de los dos recibió, por lo pronto, promesa alguna presidencial. El doctor Ortiz respondió a la respectiva consulta sobre cada candidatura, que "no tenía nada que oponer". La respuesta pudo ser interpretada en cada caso como una evasiva. Pero, en primer lugar, era notorio en las "altas esferas" políticas que el Presidente tropezaba en las fuerzas armadas, sobre todo en la marina, con dificultades para realizar sus planes, lo que siempre permitía esperar que el proyecto de intervención no se cumpliera; y en segundo lugar, "democratizándose" los conservadores con el auspicio de Barceló y con la moderación del fraude, y sometándose los radicales con un amigo del doctor Ortiz, casi podía darse por segura la conjuración de la intervención federal. Ambos candidatos pues, cada cual por su lado, pudieron creer que se "adelantaban" a los propósitos presidenciales; y así, en vez de tomar la respuesta del doctor Ortiz como una evasiva, la esgrimieron ante sus partidarios como la "media palabra" oficial, lo que motivó que fraguasen sus candidaturas.

He ahí la explicación de lo aparentemente inexplicable. Y he ahí, asimismo, la explicación del desencanto posterior de los dos candidatos y de los que ellos habían conseguido convencer. Es positivo que durante la semana subsiguiente a las elecciones del 25 de febrero, ni los conservadores, que juzgaban haber hecho una elección pasable, ni los radicales, que se creían victoriosos, admitieron la inminencia de la intervención. Unos y otros se juzgaban intérpretes y hasta interventores presidenciales.

Sin embargo, las miras presidenciales desbordaban la simple liquidación del fraude electoral. Se proponía el doctor Ortiz, desde luego, la anulación de situaciones oficiales defraudadoras del sufragio; pero también, por un lado, la destrucción de poderosos focos facitizantes, y por otro, el saneamiento interno del partido radical. Como no se lo entendían, se vio obligado a declararlo

francamente en su famoso discurso radiotelefónico del 2 de marzo, discurso preciso, tajante, con todas las palabras destinadas en forma clarísima: para el reaccionarismo y el fraude conservadores, para la demagogia radical y avellanedense, para la deshonestidad y la incompetencia radicales, para la insuficiencia directiva del doctor Alvear, para las siniestras esperanzas físicas del grupo del doctor Castillo, y para la corrupción política en general, esa corrupción conducida a la cúspide, entre nosotros, por la actuación del general Justo. Todo esto se proponía el doctor Ortiz en su programa de rehabilitación democrática. Y ¿qué le ofrecían de todo esto el candidato radical ni el candidato conservador, aun en el supuesto de que ambos le entregasen ya, si no la supresión, cierta moderación del fraude electoral? Por eso fueron tachados los dos, implacablemente.

Es más: la tacha presidencial a los dos candidatos a la gobernación provincial, alcanzaba a varios candidatos a las diputaciones nacionales, escapándosele estos porque —única sorpresa en todo este asunto— los conservadores quisieron apuntalar su situación con una nueva elección casi absolutamente libre, y parece que no le dejaron al Congreso de la Nación un argumento para el rechazo. De no haber fallado en este punto la estrategia presidencial, además de no ser gobernadores de Buenos Aires el señor Barceló ni el doctor Siri (por su representación política, si no por sus personas) no habrían sido diputados nacionales, por su representación política y por sus personas, varios conservadores y radicales que ahora lo serán, posiblemente.

Y creemos que con esto queda aclarado, por otra parte, el significado de la intervención bonaerense. Es una intervención en un gobierno público desorbitado y desquiciado; pero es, sobre todo, una intervención en el partido conservador, que hacía ese gobierno (con rectificaciones de última hora y todo), y en el partido radical, que no habría hecho un gobierno muy diferente. De aquí que digan muchos: "El Gobernador Fresco, intervenido, se fué. ¿Cuándo se va el doctor Alvear?"

Había en la Provincia radicales que ya con la sola esperanza de una inminente posición gubernativa metían miedo. Se tenían repartidos los puestos y las sinecuras, acaparadas las coimas, sentenciadas las venganzas. Por lo demás, los radicales, exigentes de la legalidad oficial, eligieron con fraude interno sus candidatos en Buenos Aires y en la Capital federal. ¿A esta gente, que tantos justificativos le proporcionó a la infausta usurpación del 6 de setiembre, iba a entregarles el gobierno del primer Estado argentino y, por ende, la futura Presidencia de la República, un Pre-

sidente en tren de rehabilitación democrática amplia? "Percibo en todo el país, con la fuerza y pujanza de un ideal en marcha, la necesidad de recuperar la soberanía popular", dijo el doctor Ortiz; pero también: "He repudiado y repudio la demagogia, la deshonestidad, la incapacidad y el engaño en el ejercicio del gobierno. Aspiro a que los partidos políticos, lejos de preocuparse tan sólo de los simples episodios electorales y del reparto y usufructo de posiciones, orienten al pueblo en la solución de los grandes problemas que puedan decidir el porvenir de la República". La alusión al radicalismo es patente en este párrafo, como lo es al doctor Alvear en este otro: "Con la misma firmeza que nos mueve a creer en el respeto a los derechos consagrados en nuestras leyes, estamos dispuestos a poner dique al desborde de las pasiones primarias si aquellos que tienen la dirección de los partidos no pudieran contenerlos o no fueran capaces de demostrar que, lejos de ser dirigentes, son dirigidos".

QUÉ LES CORRESPONDE A CONSERVADORES Y A RADICALES

Los conservadores, que en el primer momento reaccionaron violentísimamente contra la actitud presidencial (el envío de un general a tomar el gobierno bonaerense obedeció al temor de que el doctor Fresco y los suyos resistiesen a la intervención) se aseguraron pronto, empezando por sepultar moralmente a la víctima del tiroteo de Zárate, que ya habían enterrado materialmente, y siguiendo por negarse a una ruptura política con el doctor Ortiz, aunque sin dejar de gruñir por la pérdida de la situación provincial. Desde su punto de vista, es una conducta mucho más inteligente que el desboque del doctor Fresco y de cierto pasquín periodístico innombrable. No es muy fácil que recuperen el gobierno bonaerense sin la ayuda oficial; pero más hubieran perdido ahora tomando las cosas a la tremenda, pues les es adversa la situación popular y la situación militar. Desensillando, pueden moverse aún, y puede aclarar de su lado. La intervención, para empezar, no arrasa con ellos, aunque ha de volvérselos algo más dura. ¡Quién sabe las vueltas que pueden dar las cosas!

Los radicales (oficialmente, al menos) se han dado por favorecidos, y no regatearon la aprobación. Telegramas, cartas, visitas personales, manifestaciones callejeras... de todas formas han mostrado su regocijo. Pero ¿basta con eso para ganar la jugada?

De ningún modo, según lo que dejamos expuesto. El radicalismo bonaerense debe regenerarse o es seguro de que ni el Presidente de la República ni las fuerzas armadas que ahora consin-

tieron la intervención, tolerarían su reaceramiento al poder. La intervención no va a entregarles el gobierno provincial, sino a hacerlos servir a una situación que les sea más favorable, bajo la batuta, por ejemplo, de un doctor Goyeneche; pero aun de esta situación pueden verse alejados indefinidamente si se obcecán en no entender la misión que se les exige. Y en último término, no lo dudemos: si cualquier azar restableciese en el gobierno a ese radicalismo impermeable a la contricción y a la enmienda, la razón de otro 6 de setiembre reaparecería y con un empuje y una amplitud que, por suerte, no tuvo la primera vez.

¿Será capaz de esta depuración el radicalismo?

LO QUE RESULTARÁ DE TODOS MODOS

No escribimos aquí como partidarios, sino como expositores de hechos y de posibilidades lógicas. Si fuésemos conservadores, incitaríamos a mantener la actitud de sosiego adoptada. Si radicales, nos empeñaríamos en convencer a nuestros correligionarios de la necesidad de regenerarse. Si ortizistas, remataríamos lo explicado con una arenga para todos. Como expositores sin partido, pero con una orientación, tomamos otro rumbo.

No dejemos de subrayar, ante todo, los dos caracteres típicamente argentinos de todo el proceso político que venimos tratando, a saber: el presidencialismo y el imperialismo.

Desde que Rivadavia, en un terreno ya predispuesto por el Virreinato, infundió entre nosotros el centralismo y el unitarismo franceses, reforzados con el sentimiento del caciquismo indígena, quedamos sometidos a un riguroso sistema político presidencial. El Presidente de la República —se ha dicho mil veces— lo puede todo en nuestro país; pero no es eso lo peor; lo peor es que todo en nuestro país se espera del Presidente. He ahí a un partido de masas, indudablemente mayoritario, como el radical, hace diez años sometido a todos los fraudes y a todos los vejámenes, y esperando su rehabilitación no más de la voluntad del Presidente de la República. Y si el lector siguió la campaña electoral de días atrás, habrá comprobado que toda la propaganda, absolutamente toda, de cualquier partido que fuese, giró principalmente en torno de la política presidencial, en demostración palmaria de toda la gravitación que al primer magistrado se le concede.

Por lo que hace al imperialismo, puesto que se trata de hablar claro para orientar ¿quién ignora toda la ingerencia que el capital extranjero (momentáneamente el inglés) tiene en el giro de nuestra política? También desde Rivadavia decididamente

(aunque en terreno abonado) no marchamos sino según el impulso que nos imprimen alternativamente los imperialismos extraños.

Ahora bien: puede acontecer que presidencialismo e imperialismo coincidan con el verdadero interés nacional. Parece que pasamos por una de esas coincidencias. El poderío presidencial, en manos del doctor Ortiz, y el imperialismo inglés, en trance de combatir en todo el mundo al fascismo, favorecen hoy ampliamente a nuestra democracia política, y no debemos esconderlo ni siquiera dejar de alabarlo. Pero pensemos esto: los acontecimientos pueden hacer variar de golpe los intereses políticos del imperialismo inglés; y en la política presidencialista emprendida, pueden llevar al doctor Ortiz a vías insospechadas, como lo llevaron al doctor Yrigoyen, y esto no significa situarlos a los dos en circunstancias semejantes, ni tampoco equipararlos en aptitud política. ¿Qué ocurriría entonces? Todo lo contrario de lo que hoy suponemos con razón que está ocurriendo.

Por otra parte, no podemos hacernos ilusiones respecto del partido radical, llamado a resolver democráticamente la situación política argentina. Tiene ese gran partido masas sanas, y no le faltan en su elenco directivo figuras estimables. Es seguro, por ejemplo, que si el doctor Alvear se jubilase con todos los honores y el partido se acomodase a la dirección del doctor Tamborini, podría obtenerse una fuerza política liberal considerable. Será, a lo sumo, lo que logre la intervención federal en Buenos Aires: el concurso de un radicalismo honesto, inteligente y democrático, como el del doctor Tamborini en el orden nacional o el del doctor Raúl Oyhanarte en el orden provincial, y nada más. Y acaso con eso realice el doctor Ortiz parte de sus miras políticas. ¡Ojalá sea la parte mayor!

Pero ese cuadro, ya de tintes arcádicos de por sí, es insuficiente. Permitirá, como máximo, salir del paso. Para el futuro, no nos quepa duda, el radicalismo que no puede prescindir del fraude electoral interno, que lleva a los Concejos, a las Legislaturas y al Congreso representantes que venden su voto a todo explotador del país; que no tiene principios que nunca tuvo, ni la mística popular de la época de Yrigoyen; ese radicalismo nos empantana de nuevo y nos entrega maneados a una reacción ante la cual la de 1930 no será más que un simulacro.

El interventor del Presidente lo ha dicho: no se reforman por decreto los partidos ni se crean otros. Es cierto, desdichadamente cierto, en este caso. Y si el radicalismo no se reforma por decreto ¿con qué se va a reformar? ¿Quién lo redime o lo exonera

de todos los que en él esperan una tolerancia policial de juego o un empleo o una diputación?

Por lo demás, apenas se necesita recordar que en todo este asunto la faz económica de la organización nacional permanece celosamente intacta; y siendo la política una expresión condensada de la economía ¿qué reformas políticas verdaderamente hondas se pueden producir sin reforma económica?

Todo lo cual nos conduce a esta

CONCLUSIÓN

Los que nos sentimos en el camino de la total, de la auténtica democracia, debemos aclarar en cuanto esté a nuestro alcance la actual política reparadora del Presidente Ortiz; pero debemos paralelamente:

- 1º Mantener como firme principio la actitud antiimperialista.
- 2º Recordar siempre que la reforma necesaria es económica.
- 3º Preparar las conciencias para la segura falla del radicalismo.

Cualquiera advertirá aquí la misión de un movimiento socialista que no gire, como el nuestro, en la órbita presidencial, ni sea, como otros, una sucursal moscovita.

ANTE UN MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

ESE padrón de ignominia que es el manifiesto que acaba de lanzar el Partido Comunista de España a todos sus militantes, "a la emigración española y al pueblo que sufre y lucha bajo la dominación de Franco", tiene una virtud evidente: la de ser suficientemente soez y tajante como para descubrir y denunciar como perfectos traidores a la causa general del antifascismo hispánico no sólo a quienes lo suscriben y acatan sino a cuantos antifascistas españoles, desde otras filas, sigan manteniendo la más leve relación con semejantes profesionales de la difamación y del embuste.

Como siempre, el partido "de los más y los mejores", comienza por atribuirse toda la gloria de nuestra guerra. "Convertimos la República democrático-burguesa —dicen— en República popular, que ya estaba en desarrollo sin terratenientes, sin capitalistas y sin castas militares". ¿Por qué, entonces, inundaban el país con la famosa consigna confusionista "luchamos por una República democrática"? ¿Por qué resucitaron a los terratenientes, alzando —una deslealtad de tantas— frente a la Federación de Trabajadores de la Tierra, a que pertenecían, como organismo de la U.G.T. —en la que había ingresado la C.G.T.U.— las Regionales de Campesinos, cobijo de los terratenientes de Levante? ¿Por qué crearon la más odiosa casta militar, la de los Modesto, Lister o "el Campesino", de tan triste recordación? ¿Por qué sabotearon y destruyeron por la violencia la admirable obra de las Colectividades, cuya única disculpa —infame disculpa siempre— estribaría en la conveniencia, según ellos, de no rebasar ante el exterior la etapa de la República democrático-burguesa?

Por qué ha sido derrotado el pueblo español, inquietan luego. Como en 1934, tras su ridícula intervención de entonces, pretende el P. C. que él fue el único orientador de las masas del pueblo. Y que si no ha triunfado es porque la monstruosa coalición de intereses internacionales —en la que, después de lo sucedido, tenemos perfecto derecho a creer que también estaba implicada la U.R.S.S.—, se aliaron todos los partidos y organizaciones españolas —menos, está claro, el P.C.— que “querían limitar los objetivos de nuestra lucha al marco de una república democrático-burguesa, donde dominara y mandara el gran capital”. ¡Y esto lo estampan los que, desbordando a los propios republicanos, inundaban todos los pueblos con la consigna aludida, contribuyendo así, tan poderosamente, a que cundiese el desaliento!

Tras estos desahogos, para cubrir con el pabellón de nuestra santa causa la sucia mercancía de la participación de Rusia en la guerra por la hegemonía mundial al lado del nazismo, comienza lo que de verdad interesa a los dirigentes del comunismo español, en estos momentos, como fieles criados que son de Stalin: una defensa cerrada de la posición internacional del gobierno ruso, tal vez sin más fin concreto que el de impedir que ningún antifascista español coopere, ni con el sentimiento, a la derrota de Hitler, nuestro verdugo declarado... No valdría la pena que nos preocupásemos de esos aspectos, ya que, una vez consumada la traición a España y nuestra ruina, nos tienen sin cuidado las sucesivas piruetas de la U.R.S.S., habiendo sido únicamente de agradecer, para evitar más equívocos, que Stalin se decidiese a arrancarse la careta. Sin embargo, no se puede pasar en silencio el cómodo y desenfadado enjuiciamiento que a este propósito hace de la suerte corrida por nuestra emigración, parapetándose tras las responsabilidades —enormes— de Francia y otras potencias llamadas democráticas, como tras una cortina de humo para tapar las aún infinitamente mayores del Estado Soviético, que con el dinero sustraído a España y el todavía en poder de sus servidores —que suma muchos centenares de millones de francos— pudo resolver en breve plazo y totalmente el drama de nuestra emigración, no dando lugar a que ninguna burguesía se ensañase con los revolucionarios españoles.

Tan estricta obligación de Rusia, ya que, por su culpa, fundamentalmente, fuimos víctimas del ataque del fascismo internacional —que jamás se atrevió a contrarrestar abiertamente, llegando en su record de vergüenza incluso a empujarnos a aceptar la “no intervención”— no ha sido precisado pública y debidamente con el vigor necesario. Y hora es ya de que se les desenmascare sin contemplaciones, denunciando a todos los obreros del Mundo el monstruoso sadismo de los dirigentes de la U.R.S.S. que llamándola, arbitrariamente, “el Paraíso de los trabajadores”, y repitiendo una vez y otra que, merced a la genialidad del verdugo de Finlandia, José Stalin, faltan allí varios millones de brazos, desconociéndose el paro permanente —baldón del capitalismo— no han sido capaces de trasladar a aquellas tierras, en gran parte medio despobladas, al menos a los auténticos obreros emigrados españoles, que tan beneficiosos resultados habría reportado a la cualitativamente tan atrasada industria rusa.

Repitémoslo una y mil veces: con el oro sustraído a España por la U.R.S.S. y el que todavía detentan sus servidores, los grandes duques de la emigración española, problema tan dantesco pudo haber sido resuelto íntegramente en unas pocas semanas. En cambio, se han limitado a enviar a Francia, de una sola vez, la irrisoria suma de seis millones de francos, notoriamente inferior al gasto, por tales conceptos, de un solo día de residencia de nuestros refugiados en la República francesa. Y si han consentido en recibir la grotesca cantidad de algunos centenares de emigrados, realizando un esfuerzo muy inferior al del dictador Trujillo, es para ir lanzándolos después, poco a poco, como espías a Hispanoamérica, con su documentación propia en muchos casos, en otros, para poder “trabajar” mejor a favor de la alianza germano-rusa, con la sustraída en España a muchos cientos de pobres camaradas de la Columna Internacional, que hoy están sin papeles de identificación rodando por el Mundo, en pago de su sacrificio, merced a la indignidad que al respecto se ha cometido con ellos por los siniestros controladores de aquellas fuerzas en su base de Albacete, con la complicidad de los que, al servicio de la U.R.S.S., más que de España, mangoneaban en el Ministerio de Defensa. ¡Y aún tienen la des-

vergüenza estos infames, que no han querido recoger a la flor de los trabajadores españoles, sus víctimas, de especular con el sentimentalismo, afirmando que se ha impedido que los niños españoles fueran a Rusia, donde los esperaban con los brazos abiertos! Aunque es mil veces preferible ver los hijos muertos a “educados” en un país totalitario, y menos en un paraíso de hienas, donde se obliga a un hijo a maldecir de su padre para poder seguir teniendo pan y escuela —como entre nosotros cree saber Wenceslao Carrillo que se obligó a hacerlo, bajo la amenaza de muerte, á Santiago, el fementido “líder” de la J.S.U.— no resulta menos repugnante que, tras de haber condenado a la desesperación a los padres, todavía la U.R.S.S. especule a cuenta de los hijos, igual que la catequesis española. Pero, en fin, ¿qué se puede esperar en materia de cinismo de los tales, si aún se atreven a echar en cara a los franceses que entregaron a Franco, después de su victoria, lo que, con escrúpulos de monje, prestamente desvanecidos en cuanto el fascismo triunfó, no entregaron a la España leal y legal, o sea el saldo en oro de la famosa cuenta comercial bloqueada? Hablar de oro robado a los españoles sin citar a Rusia... ¡Es algo tan inaudito, que en verdad hiede!

De paso, en su deseo de servir a la causa de Hitler, impidiendo que nadie pueda colaborar en el campo adverso, el P.C. de E. dá instrucciones públicas de cómo debe sabotearse la guerra y hacer propaganda derrotista o de traición entre los obreros franceses. Védlos una vez más al desnudo, especulando con el pobre pueblo español, al estricto servicio de los intereses del Estado soviético, sin importárseles un ardite de la suerte que puedan correr sus compatriotas, y aun sus propios militantes de las bases, de tal manera descubiertos ante las autoridades aliadas como presuntos enemigos de su causa, en plena guerra. Son los mismos que ocultaron la documentación comunista francesa en organismos de emigración españoles radicados en Francia, agravando así, al ser descubiertos, notoriamente la condición de todos los refugiados, y que luego nos lloriquean sobre la situación que ellos mismos han desencadenado. Son los mismos: no escarmentan, ni escarmentarán jamás, porque su única finalidad es la bastarda de servir los intereses

de Stalin, aunque para ello sigan pereciendo los antifascistas españoles, cuya situación va a volver a agravarse en Francia y en el N. de Africa, después de semejante imprudencia, que, por otra parte, no responde a ninguna conveniencia de carácter español, ni siquiera revolucionaria general.

¿Hay algo de tipo constructivo en la nueva posición del P.C. de España? Absolutamente nada, ni les importa siquiera. Al hablar de la necesidad de ayudar al pueblo español, los mismos tópicos irreales de siempre. Monserga declamatoria, sin una iniciativa práctica, sin el menor atisbo de plan. ¡Cuando al comunismo internacional, respaldado por la U.R.S.S. y por la todavía sin liquidar Komintern, le sería tan fácil resolver, de golpe, al menos el problema de los ya no muchos miles de antifascistas españoles que quedan en los campos de concentración, terminando con ese martirio que, literariamente, de tal modo los atormenta! Mas no hay cuidado: para ellos la triste situación presente es la ideal. ¡Los españoles sufren y mueren, dando así un bello motivo de propaganda para seguir captando a imbéciles!

Para ellos lo fundamental —hay que repetirlo, siguiendo las trazas de su manifiesto— es respaldar con el crédito que como antifascistas españoles pueda aún quedarles en los medios mal informados, la posición criminal de Stalin, al desencadenar la guerra, por su apoyo a la megalomanía hitleriana, aliviada así de la pesadilla de tener que afrontarla en dos frentes simultáneos, única garantía de paz que quedaba en Europa desde hacía tiempo, crimen histórico agravado en tercio y quinto al practicar el pisoteo sistemático del principio de autodeterminación de los pueblos, y adoptar para la política internacional las mismas falacias belicistas y racistas del fascismo, en cuyo nombre se ha “salvado” a los “hermanos de Ucrania y Bielorrusia”, empleando su cursi jerga consignada. Siguiendo tan lacayunamente la evolución del pensamiento hitleriano, que ya Rusia, como en los tiempos de los Romanof, combate pura y simplemente por un mayor “espacio vital”, ya que la inicua extorsión que hace a todos los países bálticos ni siquiera puede tener la disculpa de la vieja argumentación racista. Es, sencillamente, la bestia imperialista rusa, dominada por la

gloriosa Revolución de Octubre, que ha recobrado todos sus fueros, resucitada por ese hijo de una pequeña nacionalidad, que ha traicionado así a todas las naciones débiles del Mundo.

Mas si no hay el menor atisbo de nada práctico para auxiliar con eficiencia a los que, en gran parte, fueron vencidos por su culpa, desde la situación internacional que dió pie al fascismo para intervenir internacionalmente en España —el Pacto ruso-francés— pasando por su inepticia para impedir toda ayuda de quien no fuese partidario de una soviectización de España, que ellos hacían parecer cierta con sus ingerencias intolerables y su criminalmente indiscreta propaganda, hasta terminar por la traición de su alzamiento en armas en la región Centro, acabando con toda posibilidad de lucha, de negociación y de salvamento, ¿habrá, al menos, en ese Manifiesto, alguna directiva, alguna orientación enderezada a orientar a los que, en España, quedan bajo la bota del fascismo, o para iniciar algún trabajo serio de tipo constructivo, encaminado al mañana, para la reconquista y reconstrucción de nuestro pueblo? Como siempre, el stalinismo prefiere al análisis serio de las situaciones la verborrea consignada, y la simple difamación e injuria de quienes, aún cuando sólo fuese por las exigencias de la lucha, deberían ser tratados con respeto. Su preocupación primordial del día es agitar la posibilidad —por ahora inexistente— de que España sea arrastrada a la guerra... por si lo es contra la U.R.S.S. Y para ello, como jamás conocieron freno a su capacidad de injuria, identifican con la posición de Franco la de los dirigentes socialistas, anarquistas y republicanos, igualmente empeñados —dicen— en arrastrar a nuestra patria a la guerra, a favor del capitalismo internacional, a las órdenes del imperialismo franco-inglés. Una vez vestido así —según su satánica vocación difamatoria—, el consabido maniqueo, la reacción de semejantes malvados es la única compensación a tal torrente de veneno: con su fatuidad de siempre para marcar el paso, declaran —¡al fin!— caducado todo pacto o inteligencia con las demás fuerzas populares españolas, que a eso es equivalente decir que es más necesario que nunca el Frente Unico Obrero y el Frente Popular, mas “no en su vieja forma”, sino rehecho desde las bases contra la dictadura “burguesaterrateniente”,

y contra los jefes traidores del Partido S.O. Español, del anarquismo y de los partidos republicanos. Para ellos, no queda nada digno para encabezar la reacción contra el fascismo español, más que el P.C. y —¡oh, sarcasmo!— el P.S.U.C., que seguirán —no faltaba más— el ejemplo de P.B. ruso, bajo la inspiración del que, en una superación amadamada del bajuno florilegio que dedicarle suelen, llaman ahora “tesoro de la Humanidad trabajadora”... José Stalin, el fervoroso aliado del Tercer Reich.

Nosotros, antifascistas españoles, que a nadie cederemos en rigor para depurar internamente las conductas del pasado, no toleramos que nadie, manchando con el cieno de la traición, injurie o discrimine a nuestro movimiento. Por lo mismo, y hondamente satisfechos de que haya terminado la farsa de las “unificaciones” con la que de tal manera se ha desorientado y confundido a la clase trabajadora española, recogemos el reto y llamamos a todos a la acción, en torno a las viejas banderas, propicios a un trabajo eficaz de inteligencia con cuantos en estos momentos sepan posponer sus pasiones y egoísmos personales en aras de nuestro patrimonio común: una España de trabajo y de justicia, mas implacablemente enfrentados, para siempre, con la ralea stalinista y sus cómplices, cualquiera que sea la tienda donde se escondan para traicionarnos, empezando por las nuestras.

¡Viva la unión de todos los auténticos trabajadores revolucionarios españoles!

LA DIRECCIÓN

BIBLIOGRAFIA

PRÉCIS D'HISTOIRE DE L'U. R. S. S. Sous la rédaction du professeur
A. Chestakov. ("Coopérative d'éditions des ouvriers étrangers
en U. R. S." — Moscou.)

ACABA de llegar a nuestras latitudes esta obra de enseñanza de la historia rusa que, como el "imprimase" de los buenos tiempos de la Santa Inquisición, lleva el correspondiente y salvador —por unos meses al menos— "approuvé par la Commission gouvernementale de l'U. R. S. S.". Admirable documento para corroborar la indigencia intelectual en que yace sumido ese colosal presidio, donde 170 millones de almas, según el término caro a la vieja nobleza rusa— sufre el despotismo de un renegado, asistido por los Kaganovitch de tanda.

Una papilla elemental, cuidadosamente presentada y aseptizada contra el leve efluvio de libertad y de crítica, es este manualet, con apariencias de buen libro, que, a lo visto, se sirve para iniciar al extranjero en los misterios de la historia rusa, según la pobre visión de la cultura oficialista bolchevique. ¡Qué ramploería y qué cicatería en el enfoque de los problemas históricos, hasta descender a la miseria del partidismo de campanario más aldeano y pueril...! La mezquindad, claro está, se acentúa con la proximidad en el tiempo de los acaecimientos narrados. Por ejemplo son altamente cómicos — aunque encubren el tremendo riesgo corrido por el "profesor"— los esfuerzos que se ve precisado a hacer para no destacar excesivamente la figura de Lenin, en el proceso de la gestación y desarrollo de la Revolución. ¡Con qué angustiado cuidado se busca y fuerza la necesidad de subrayar la personalidad de Stalin cada

vez que es obligado realzar la de Lenin! Perdido, por el ejercicio frenético de la adulación, todo sentido de las proporciones, es de ver, por ejemplo, como se contraponen las figuras respectivas en pasajes de una ingenuidad ante el ridículo, tan inefable, como éste: "La *Iskra* de Lenin preparó la creación del Partido bolchevique. La lucha de los obreros se acentuó para extenderse pronto a los confines de Rusia, la *Transcaucasia* comprendida, donde militaba, desde 1898, el discípulo de Lenin, el camarada Stalin!".

La estupidez cobra altitud de cresta andina cuando tras una pobre descripción, lo más agrisada posible, de la titánica labor de teorizante y organizador de Lenin, el "profesor" se cree obligado a describir —por morde las vidas paralelas— las actividades de Stalin en... Tbilissi, cargando el énfasis sobre elementalidades como las de un genial "hay que armarse", que el futuro padre y "tesoro" del proletariado universal decía a sus camaradas en las tabernas. *¿Ri-sum teneatis?*

Naturalmente, a Trotski se le cita contadas veces, y éstas para demostrar *ab ovo* su trotskismo. Nada de que interviniese, si no era para embullarlo todo y traicionar, en la organización del Ejército rojo. Menos mal que allí estaba Stalin, para sacar de apuros a todo el mundo, cosa de la que jamás habíamos tenido noticia hasta hace unos años, después de su encumbramiento.

La "depuración" histórica a estos y otros efectos es todo lo perfecta

que puede ser en terreno tan movedido, como resulta la consigna ursiana. De Tujachevski para atrás, está perfectamente al día el histórico o antihistórico compendio. Es inevitable sin embargo, que en relación con sucesos posteriores a la redacción del libro, no se marque el paso con la corrección debida, por lo que lamentaríamos se hubiera derivado ya algún daño para el simpático "profesor", tan ágil en el enmascaramiento de la verdad histórica. Así verbi gracia, no se le puede exigir que antes de la invasión imperial de Polonia y del atropello de los pobres países bálticos, dejara de tomar en serio que Stalin era el protector de todas las nacionalidades oprimidas, por lo que, al narrar los heroicos esfuerzos de Polonia por sacudirse el yugo del zarismo, podemos leer aún en este regocijante trabajo lo que sigue, que habrá de ser cuidadosamente expurgado para la edición de 1940:

La insurrección polaca de 1863. — Desde hacía muchos años, los polacos, dirigidos por la nobleza nacional, se aprestaban a liberar a Polonia del poder del zar ruso. En Varsovia, los revolucionarios habían constituido un "Comité popular", que preparaba la insurrección.

El "Comité popular", constituido por la nobleza, desencadenó la insurrección y se proclamó gobierno de los polacos.

La insurrección ganó toda Polonia, parte de Lituania y una parte de

Rusia blanca. Por todas partes se reunían destacamentos de insurgentes, armados de escopetas, lanzas y sables. Evitando encuentros decisivos con los grandes destacamentos de tropas rusas, entablaron una guerra de guerrillas. Los insurgentes se ocultaban en los bosques, donde sorprendían a las tropas zaristas. En 18 meses hubo más de mil encuentros de este género.

La insurrección fue particularmente violenta en la Rusia blanca. En ella, los campesinos, dirigidos por Kastus Kalinovski, armados de hachas y hoces, incendiaron las propiedades, exterminaban a los pequeños destacamentos de tropas rusas, mataban a los terratenientes y a los propietarios, los funcionarios zaristas y los oficiales.

Alejandro II envió todo un ejército para reprimir el levantamiento. Los generales zaristas tardaron 18 meses en dominar a los insurgentes, que pelearon como bravos. En Rusia blanca y en Lituania la represión fue dirigida por el feroz general Muraviev. Implacablemente, hacía ahorcar a los prisioneros. El valiente Kastus Kalinovski, también hecho prisionero, sufrió la misma suerte.

Una vez aplastado el levantamiento, el gobierno zarista deportó a Siberia a los polacos por decenas de millares...

Oportunísimo el texto, y que le sea leve al "profesor".

EDITORIAL ERCILLA. — Santiago de Chile. — (Noticia de algunas de sus ediciones de 1940).

León Blum y su tiempo, por Thadée Natanson.

La flecha en el arco, por Emilio Rodríguez Mendoza.

Los perros de abajo, por Edward Dahlberg. Prólogo de Waldo Frank e introducción de D. H. Lawrence (Trad. de E. Elizalde).

El chico Lonigan, por James T.

Farrill, trad. de Inés Cane Fontecilla.

Pío XII (Vida y documentos pontificios), por Monseñor. Francisco Vives.

El Anti-Dühring (Filosofía. Economía política. Socialismo), por Federico Engels. (Trad. directa del alemán).

¡LEON Blum! ¡Qué muchedumbre de lacerantes recuerdos para un antifascista español, la simple evocación de este nombre! ¡Cuán difícil es conservar la ecuanimidad para no abandonarse al dolor que ahoga, y aprovechar la ocasión para —venga o no a cuento— gritar una mínima parte del inicuo comportamiento que León Blum y, con él, todo el Frente Popular francés, han tenido para con nuestra España, situando a la causa de la democracia universal en el terrible atolladero presente...! Sin embargo, acostumbremos a la sana y simple disciplina de "cada cosa en su lugar y en su momento", y no transformemos una sección bibliográfica en una rúbrica polémica.

En la inmensa selva de la literatura biográfica, este *León Blum y su tiempo* es una prueba terminante de que en el arte los géneros son inagotables, a condición de que el artista lo sea. Y, evidentemente, Thadée Natanson tiene talento, hasta el punto de haber hecho una de las biografías más interesantes y amenas de cuantas hemos leído, en estos tiempos en que estamos tan expuestos a que de cada tres producciones literarias cuatro, como mínimo, sean de este mismo tipo, más o menos encubiertamente...

La Francia contemporánea, a lo largo del medio siglo último de su existencia, en la doble dimensión de la política y de la literatura. He aquí el escenario en que se proyecta la figura del biografiado, tratados uno y otro con una precisión, una ternura y un garbo literario de tan excelente calidad, que hacen de la obra un relato de esos tan seductores que para ellos está estereotipado el consabido tópico de la imposibilidad de abandonar la lectura de la narración una vez que se ha adentrado el lector en ella.

Felizmente para nosotros —acallando nuestros escrúpulos de no desviarnos de esta simple referencia— el relato queda cortado en el momento mismo en que se inicia la

tragedia española, antes de que la "no intervención" cubra a Blum y a la democracia francesa de una ignominia tal que no habrá jamás Jordán suficientemente caudaloso para lograr limpiarles por completo. Gracias a ello, sin faltar a la verdad y sin ahogar nuestros legítimos sentimientos, podemos recomendar la lectura de esta interesantísima narración como algo sumamente instructivo y deleitoso para quienes quieran tener una visión del ambiente político y literario de la Tercera República francesa.

★

UNA de las más ágiles plumas contemporáneas de Chile es la de Emilio Rodríguez Mendoza, hombre de vida inquieta —diplomático, político, escritor— que en *La flecha en el arco*, recopilación de artículos, se muestra como un excelente cronista, que aprovecha la actualidad para desarrollar una obra de tipo preponderantemente político, combatiendo en buena parte de sus crónicas la significación del ex Presidente Alessandri y de la corriente que él representa.

Su estilo es fluido y ameno; garboso y brillante siempre.

★

PARA Waldo Frank, entre los escritores norteamericanos menores aún de cuarenta años, cuya ideología y cuya simpatía, son proletarias, cuyo gusto y preparación, en el sentido creador, son críticos, y cuya obra es literaria, ninguno más prometedor que Edward Dahlberg, quien con *Los perros de abajo* es presentado ahora por primera vez en nuestra lengua.

Dahlberg, criado en el duro medio de las más modestas clases sociales, ha sido un "salvaje" auténtico, que jamás libró con nada que no fuese el libre cultivo de su arte de escritor, sin hacer la menor concesión al tiempo, al público o a la crítica,

cultivando amorosamente su propia personalidad, y desenvolviendo cuidadosamente su inteligencia. Hace más interesante este noble esfuerzo de autoeducación la probidad de su obra, elocuentemente denunciada incluso por la parsimonia en el producir, en los antipodas de esos otros escritores que, aun siendo también de merítísima formación, una vez descubierta la vena del éxito se lanzan a la carrera en su pos, amanerándose lamentablemente en el cultivo de una popularidad que no siempre es un exacto índice de méritos. Dahlberg, al contrario, en sus tres únicas novelas hasta ahora publicadas, se supera constantemente, haciendo esperar que al fin llegue este autor a ser uno de los valores creadores culminantes de esta época.

Como muy bien dice el prologuista, en *Los perros de abajo* se han sondeado profundamente las tinieblas y las angustias de nuestro tiempo, pero siempre con el propósito creador de destilar de ellas la luz de la realización estética.

★

AL mismo género de la literatura proletaria —puesto que de alguna manera tenemos que entendernos cuando no hay lugar para más extensas precisiones— pertenece esta novela de James T. Farrell, *El chico Lonigan*, desnuda y veraz narración del desenvolvimiento de un muchacho "de la calle", en el duro medio de la época.

¿Autobiografía una vez más? No lo sabemos. En todo caso, el estilo sí lo es, por la acertada hermanación del realismo y la introspección, engendradora de una acabada creación de ambiente que sitúa a esta obra en primera línea entre las de su género, aludiendo ahora a ese tipo de literatura del desarrollo del hombre en la niñez, uno de los temas mejor tratados contemporáneamente.

Es una excelente pintura de ambiente y una sugestiva exposición

—con su dramatismo punzante— de ese proceso de la educación "informal", que aún no está estudiado —ni menos ¡ay! corregido— cual se debería, fuera del ambiente literario, que una vez más hace de pionero.

★

MIENTRAS la radio del Vaticano lanza al mundo entero —"urbi et orbi"— el clamor de su indignación por las ferocidades de las mesnadas del Atila rédivivo que es Hitler, atropellando en Polonia a los católicos, como un auténtico Anticristo, el Santo Padre muestra la más impudosa satisfacción por la victoria de quienes, en buena parte por la ayuda de esos mismos verdugos de Polonia, cometen los mismos o mayores crímenes con nuestro desgraciado pueblo español. Ni siquiera los numerosos sacerdotes y militantes del más ortodoxo catolicismo martirizados en el País Vasco, arrancan la menor frase de conmiseración, el más mínimo llamamiento a la concordia, la más elemental invocación a la necesidad de que el espíritu del Evangelio impregne los actos de quienes en nombre de Dios asesinan a diario implacablemente. Ahí está ese Mensaje a los católicos españoles de Pío XII, en el que con glacial frialdad, se roza levemente a su final el tema de la pacificación, simplemente para volver con la pasión de un militante a derramar toda suerte de bendiciones sobre aquel "ilustre gobierno", —para que la paz —que también reina ya en Varsovia— sea fecunda y duradera. La paz del cementerio asimismo lo es, sin la menor duda, monseñor Pacelli...

★

UNA nueva edición del *Anti-Dühring*, de Engels, siempre es un acontecimiento digno de señalar. Casualmente coincide con la muerte en el exilio de quien primeramente introdujo en quien castellano —por cierto en una excelente versión— esa obra

de la literatura socialista: el doctor Verdes Montenegro. Aprovechemos la ocasión para rendir un homenaje de consideración al viejo catedrático, que aun apartado de la lucha activa, ha seguido siempre fiel a la causa de los trabajadores conscientes. Y hagámoslo

extensivo a la editorial Ercilla, por el esfuerzo que significa una reedición como ésta, a precio tan relativamente moderado, dada las forzadas dimensiones del texto.

C. de B.

EL TRIUNFO SOBRE EL DOLOR (Historia de la anestesia), por Renée Fülöp Miller (Editorial Losada. Buenos Aires).

UNA historia de la anestesia escrita por un extraño al arte de curar, escritor distinguido por sus estudios sobre la Compañía de Jesús y sobre la Rusia bolchevita, que hace pasar un asunto hasta aquí puramente técnico al dominio de un gran público profano, pero en el cual entra como enriquecimiento de su cultura general y de su moral. Tal es *El triunfo sobre el dolor*, un grueso volumen de cerca de quinientas páginas, que se lee con el apasionamiento de una sugestiva novela. Un panorama hasta aquí conocido por los médicos desde un punto de vista técnico, pero apenas desflorado en la literatura profesional en lo que significa propiamente para la humanidad doliente y en su reverso, la tragedia de dolor y de miseria en que han vivido los descubridores de los analgésicos, la pasión puesta en sus investigaciones, las grandes alegrías del triunfo, las persecuciones de que se han visto víctimas.

Descubre Raimundo Lulio lo que él llamó "vitriolo dulce" en el siglo XIII, y Paracelso comprueba en la primera mitad del siglo XVI que ese "vitriolo dulce" tiene efectos soporíferos, y prepara un láudano partiendo del opio crudo. Son los primeros pasos para el descubrimiento de la anestesia.

En 1542 un farmacéutico, Cordus, describe la manera de preparar el "vitriolo dulce". En el siglo XVII recuerdan Newton y los químicos Godfrey y Boyle los efectos medicinales del "vitriolo dulce", ya olvidados. En el siglo XVIII recomienda un médico, James Moore, la com-

presión de ciertos troncos nerviosos para producir anestesia temporal.

Pero en 1772 el sacerdote disidente inglés Joseph Priestley descubre el óxido nitroso, otro gran paso hacia la anestesia, y Humphry Davy, el descubridor de la lámpara de los mineros que lleva su nombre, haciendo ensayos con el óxido nitroso, advierte sus efectos anestésicos e hilarantes, y por esta última característica lo llama gas hilarante en 1798, empleándolo en la práctica médica en 1799 en el Pneumatic Institut del Dr. Beddoes, cerca de Bristol.

La censura y la rebelión abierta han impedido a esos primeros investigadores continuar su obra y llegar a resultados definitivos.

En Alemania, Sertuerner, de Paderborn, partiendo del opio crudo, extrae la morfina, el primer alcaloide conocido, en 1806; pero duramente perseguido termina inventando un nuevo fusil y dejando a un lado su descubrimiento primero.

En 1818 Faraday publica una memoria sobre los efectos analgésicos del éter, que compara a los del gas hilarante.

Un médico inglés, Hickman, experimenta en 1824 en los animales los efectos analgésicos del ácido carbónico y del gas hilarante.

En 1831-32, en América, en Francia y en Alemania, es descubierto el cloroformo independientemente; el año 1834 el químico francés Dumas da su fórmula química y el nombre, pero no se piensa aun en aplicarlo a la medicina práctica.

Hacia 1840 se habla de operaciones quirúrgicas bajo la analgesia pro-

ducida por el magnetismo; Braid, de Manchester, descubre la hipnosis y Liebeault, de Nancy, lo practica en su práctica médica cuatro años más tarde. Liebeault publicó en 1884 su libro sobre la sugestión y en 1886 el referente a la terapéutica sugestiva, otro camino ensayado para vencer el dolor.

En 1842 un médico rural americano de Jefferson, Georgia, llamado Crawford W. Long, hizo la primera operación conocida bajo la acción del éter. Fue tan grande el escándalo y tantos los peligros a que se exponía que dejó enteramente sus experiencias y siguió las normas corrientes de la medicina y de la cirugía. Dos años después, el dentista Horacio Wells, de Hartford, Connecticut, hizo sobre sí mismo los primeros experimentos de anestesia con gas hilarante, pero sin éxito, ante la Facultad de medicina de Harward, los abandonó. Pero el 16 de octubre de 1846, por la tenacidad de un dentista de Boston, que hacía algunos años que venía haciendo ensayos, W. T. G. Morton, se realiza en el Hospital General de Massachusetts la primera operación pública bajo la acción del éter, con magnífico resultado, y el 1 de noviembre del mismo año se consagra definitivamente la anestesia con una amputación sin dolor en el mismo hospital, siendo en ambos casos cirujano el Dr. John C. Warren.

El 21 de diciembre, siguiendo el mismo camino iniciado en Boston, realiza en Londres la primera operación indolora con anestesia etérea el doctor Robert Liston. Y en 1847 se generalizó la anestesia en cirugía en todo el mundo.

Pero en el mismo año 1847 aparece un poderoso competidor del éter como anestésico, el cloroformo; Jacobb Bell y M. J. P. Flourens, experimentando en animales, descubren que el cloroformo tiene efectos anestésicos, y el tocólogo James Young Simpson, de Edimburgo, propone su empleo para las operaciones del parto, y en Inglaterra se aplica en seguida a todas las operaciones quirúrgicas.

El horror de las operaciones quirúrgicas ha pasado como un sueño macabro para la humanidad desde 1847, cuando por el éter americano o por el cloroformo inglés, fue vencido el dolor.

Desde entonces se han descubierto numerosos analgésicos nuevos, procedimientos más refinados, pero el gran paso había sido dado.

En 1852 James Arnott propone la anestesia local por el frío y en 1855 el químico alemán Gaedicke, extrae la cocaína de las hojas de coca, llevadas el año anterior de Bolivia por el médico Scherser.

Importante también en la historia de la anestesia es el invento de la aguja para inyecciones por Alexander Wood.

Alexander Crombil, de Calcuta, adopta en 1881 el procedimiento de administrar una inyección hipodérmica de morfina como preliminar de la inhalación anestésica, cosa que ya había aconsejado en 1869 Claude Bernard.

En 1884, Freud y Koeller estudian los efectos anestésicos de la cocaína. El 1885 William Halsted perfecciona los métodos de la anestesia local y al mismo tiempo es descubierta por Corning la anestesia espinal y por Paul Reclus la anestesia troncular y la anestesia esplácnica.

En 1905 los químicos alemanes Einhorn y Braun descubren la novocaína, sustituto de la cocaína, que carece de toxicidad; posteriormente se encuentra un producto de análogos efectos por Loevenhart y A. Schmidt, la isocaína.

¿Para qué seguir? El triunfo sobre el dolor ha sido completo. La tragedia final de la mayoría de los primeros descubridores, la muerte de Morton en la miseria más penosa, el suicidio de Horace Wells, la locura del Dr. Jackson, las amenazas contra Long, contra Simpson, etc., etc., es el lote obligado de toda innovación. Fülöp Miller ha descrito con maestría ese cuadro doloroso de la lucha contra el dolor, sacando así ese gran descubrimiento humano del dominio de la literatura técnica. S.

En prensa

EL NAZISMO COMO PROBLEMA SEXUAL

por H. E. Kaminski

Aspectos desconocidos y una nueva interpretación del hitlerismo por un escritor y periodista de prestigio. Ensayo único para la comprensión y la explicación de la degeneración totalitaria, a través de sus principales dirigentes.

He aquí el sumario: I. Dietadura de los perversos. — II. La noche nacionalsocialista de San Bartolomé. — III. La Liga masculina. IV. Hitler, el héroe de los hombres. — V. Los favoritos. — VI. Erotomanía y placer asesino. — VII. El Estado masculino. — VIII. Sadismo. — IX. Alemania tiene existencia eterna. La patología sexual como factor político. El nacionalsocialismo y el pueblo alemán.

UN VOL. DE 200 PAGS. (15x21), ESMERADAMENTE IMPRESAS \$ 2.—

EL LOCO DE LOS HUESOS - Florentino Ameghino

por José Gabriel

Biografía y exposición crítica de los descubrimientos y teorías del sabio paleontólogo argentino. Lo mejor que se haya escrito para valorar al hombre y al investigador.

UN VOLUMEN DE 200 PAGS., EXCELENTEMENTE PRESENTADO \$ 2.—

LA NEUROSIS INFANTIL - Su tratamiento psicopedagógico

por el Dr. F. Schneersohn

profesor de las Universidades de Moscú, Varsovia, Berlín. Actual Director del Departamento Municipal de Educación de Tel Aviv. Prólogo del Dr. Enrique Pichon Riviere.

Una obra de indiscutible valor por su hondo análisis psicológico, basada en la vasta experiencia obtenida por su autor en sus investigaciones médico-pedagógicas. Obra indispensable a los padres y a los maestros y médicos infantiles, para una mejor comprensión del alma del niño y sus problemas.

UN VOL. DE 230 PAGS. DE TEXTO, ENCUADERNACION EN CARTONE \$ 3.—

EDICIONES IMAN

Sarmiento 1320

U. T. 38-3885

BUENOS AIRES

DESCUENTOS ESPECIALES A LIBREROS. PIDÁSE CATALOGO.

CeDInCI

DISTRIBUCION EXCLUSIVA
EDICIONES IMAN
Sarmiento 1320
BUENOS AIRES

UN PESO m/arg.